

Reimpresión

Copyright (c) Abel Marrodán Pellejero, 2006.

Reimpresión del libro: Abel Marrodán Pellejero y Carmelo Mazo Gil, *San Vicente de Munilla: La aldea abandonada y sus gentes*. Logroño: Quintana, Industrias Gráficas, 2006.

Este material se publica aquí (<http://costa.x10.mx>) con el permiso del autor. El uso personal de este material está permitido. Sin embargo, para reimprimir / volver a publicar este material o para crear nuevos trabajos colectivos para su reventa o redistribución se debe obtener permiso del autor: Abel Marrodán Pellejero.

Al optar por ver este documento, usted acepta todas las disposiciones de las leyes de derechos de autor que lo protege.

José M Costa
j.costa@ieee.org

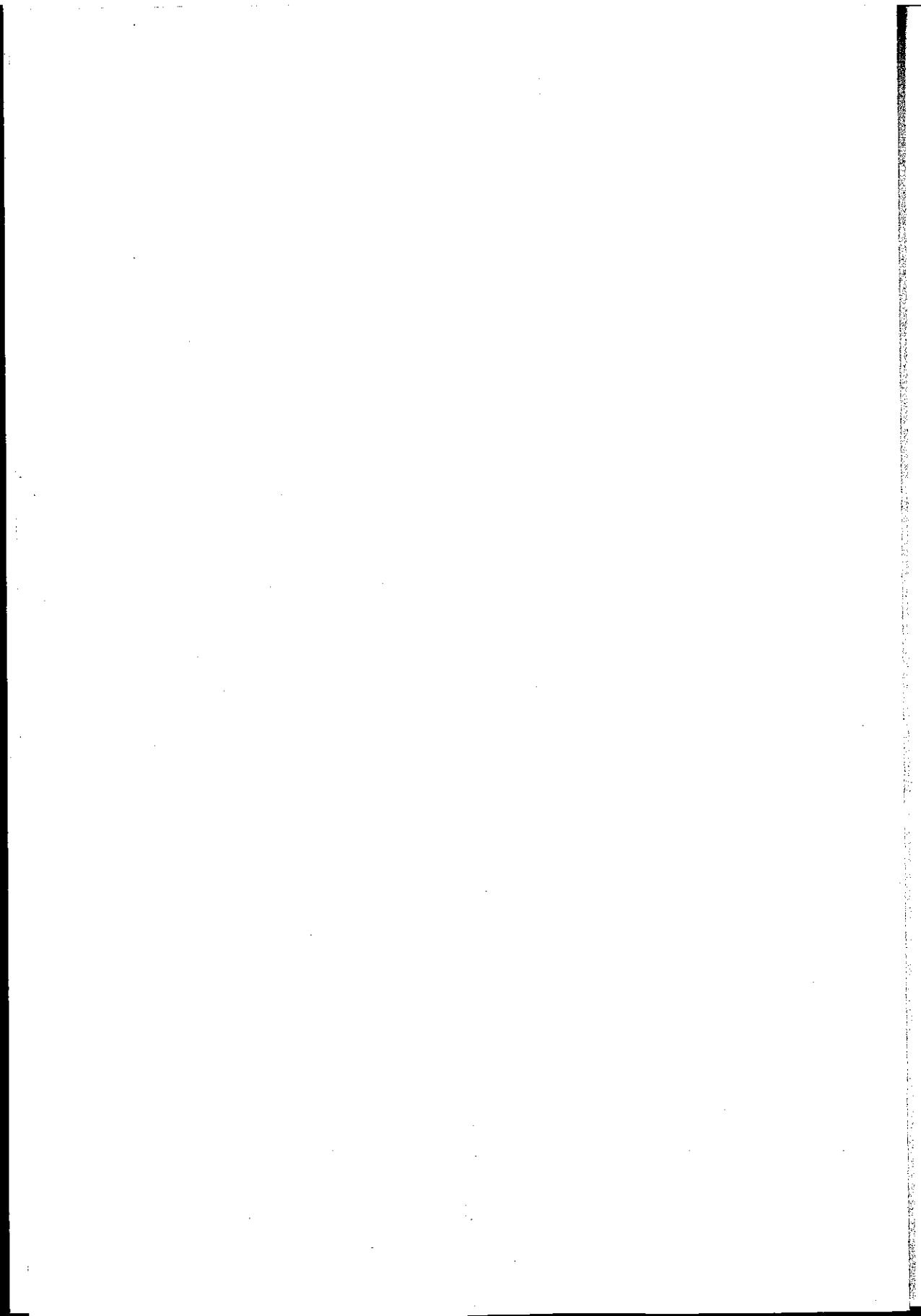


SAN VICENTE DE MUNILLA

LA ALDEA ABANDONADA Y SUS GENTES

LUGAR DE INTERÉS
ETNOGRÁFICO Y ARQUEOLÓGICO

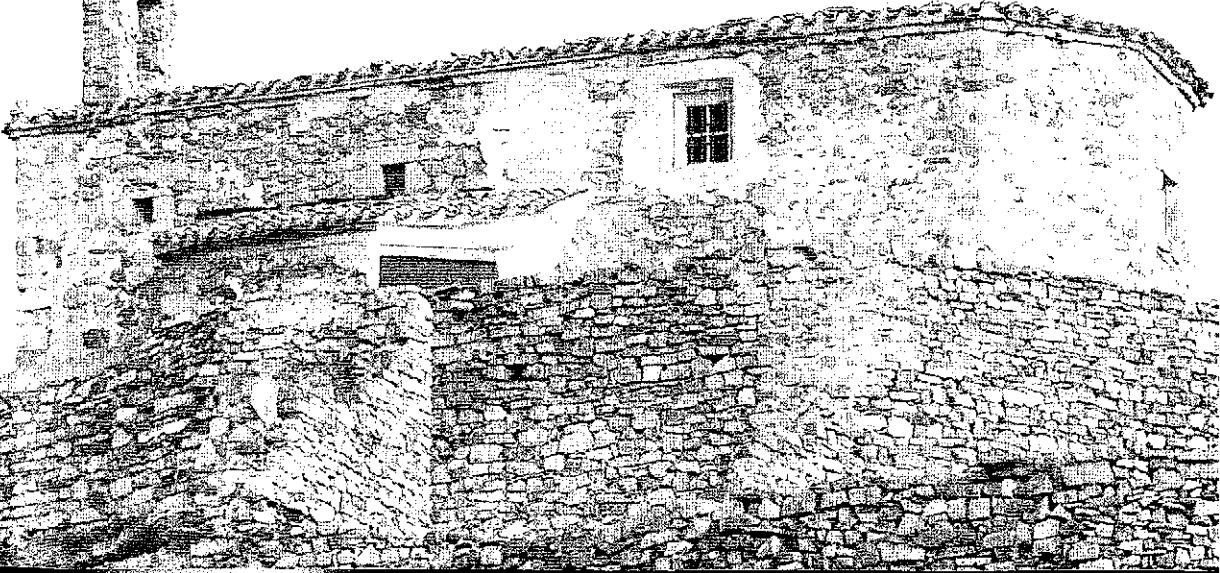
Abel Marrodán Pellejero
Carmelo Mazo Gil

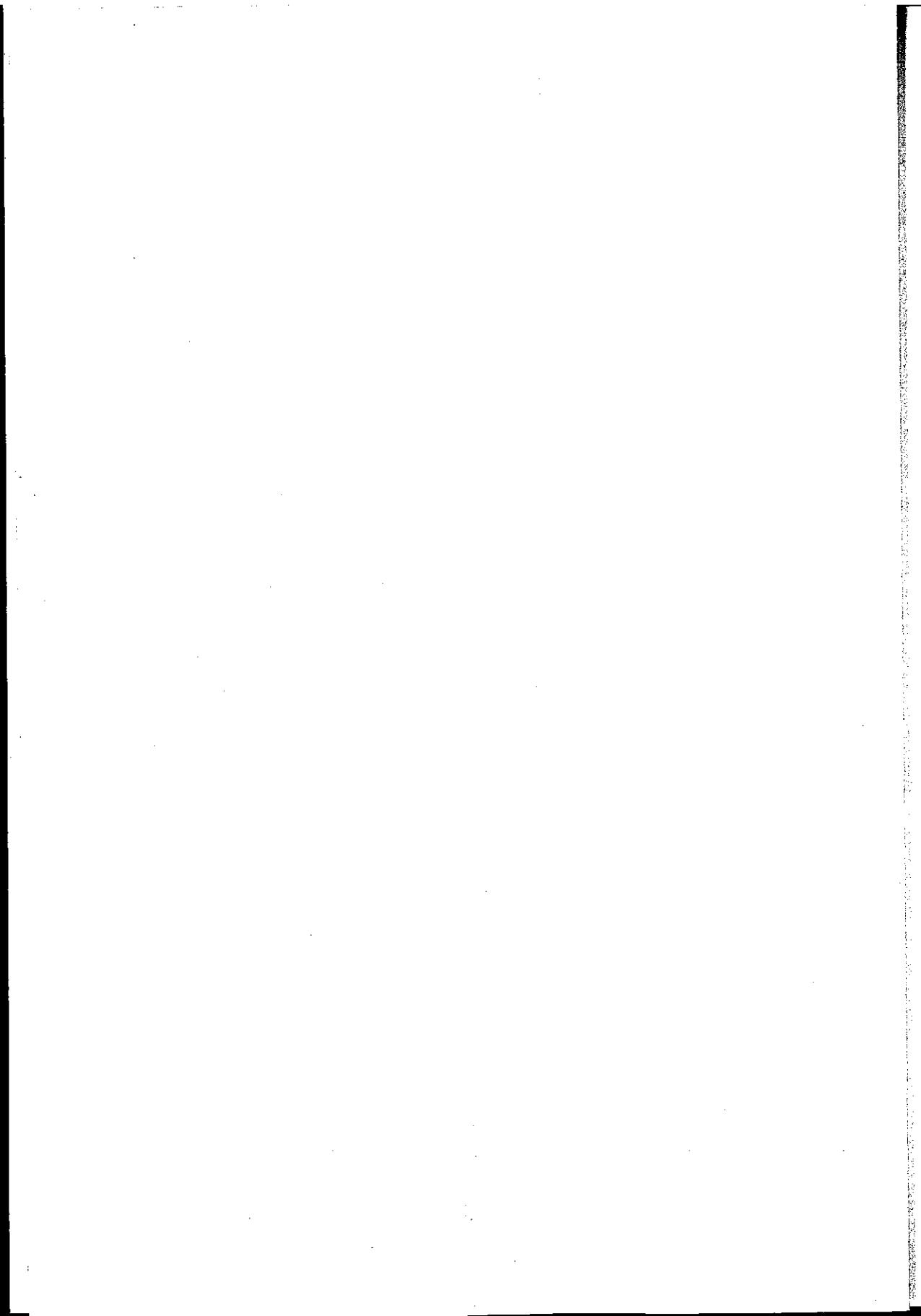


SAN VICENTE DE MUNILLA

LA ALDEA ABANDONADA Y SUS GENTES

LUGAR DE INTERÉS
ETNOGRÁFICO Y ARQUEOLÓGICO





Presentación

Leyendo un día el Catálogo de Documentos existentes en el Archivo Diocesano de Logroño, encontré uno que decía:

«Crónica Parroquial de San Vicente de Munilla»

Sentí curiosidad por saber qué es lo que contaba aquella crónica y lo pedí para leerlo.

Pasé muchas horas y meses leyendo los dos tomos que componían el documento, anoté y resumí todos sus contenidos.

Al acabar pensé que a muchas personas relacionadas con el pueblo de San Vicente les gustaría saber todas las cosas interesantes que decía la Crónica y que hasta les encantaría tener la Historia del Pueblo que les vio nacer y que les era tan querido. Aún así no me animaba a escribir un libro. Sentía que faltaban muchas cosas: la esencia íntima de sus valores humanos de convivencia, sus costumbres, dolores y alegrías, sus trabajos, su estilo de vida, sus actividades y sucesos y el modo de ser de sus gentes.

Todo esto lo encontré leyendo las Memorias de un Pastor de San Vicente De Munilla, escritas por Carmelo Mazo Gil.

Para tener una visión completa de la historia del pueblo se imponía completar y compaginar los contenidos de la Crónica y de las Memorias.

Aún así faltaban muchos datos, documentos y personas a quienes consultar... Todo se andaría.

En esta breve historia el protagonista es el pueblo y sus gentes. En él brillan sus virtudes humanas: solidaridad, amistad desinteresada, ayuda mutua, paciencia y fortaleza.

Alegres y unidos en la dura lucha diaria por la supervivencia. Muy pobres en bienes materiales, pero muy ricos en virtudes humanas, viviendo en unas tierras pobres y sufriendo un clima de lo más duro y hostil.

Objetivos del libro son: Recuperar la memoria histórica del pueblo y sus gentes, para que un día sus descendientes lejanos (quizás venidos de América) puedan conocer la vida de sus antepasados y sus virtudes. Dar a conocer la meritaria labor de la Asociación de los Amigos de San Vicente de Munilla (aunque ellos en su gran humildad no le dan ninguna importancia) que tanto y tan bien han trabajado durante 18 años y tantas mejoras han logrado para recuperar su pueblo y mantener su convivencia y amistad.

Que estas páginas sean una mínima aportación a la cultura etnográfica riojana.

Quedo muy agradecido a todas las personas que han contribuido a la elaboración de este libro, en especial a Olga Domínguez. Muchas gracias.

Abel Marrodán Pellejero

S. VICENTE. ANEJO
DE MUNILLA. PART⁰ DE
ARNAEDO. PROV^A DE
LOGROÑO.

Edita: *Abel Marrodán Pellejero*

Imprime: Quintana, Industrias Gráficas

D.L.: LR-103-2006

I.S.B.N.: 84-611-0718-7

ÍNDICE

Presentación.	3
Amanece la vida sobre la tierra.....	11
<i>La Condesa: el Santo Vicente.</i>	
<i>San Vicente, presbítero y mártir.</i>	
Relieve, clima, carácter y censo de 1533	15
<i>Las noticias más antiguas.</i>	
El Milagro de la Virgen de Arriba	19
<i>Era costumbre.</i>	
Del Catastro Marqués de la Ensenada	
a la Guerra de la Independencia.....	23
<i>Noticias del siglo XIX (1800)</i>	
Capellanías, misas y fincas amortizadas	27
<i>Amortización.</i>	
<i>Desamortización.</i>	
<i>Segunda parte del siglo XIX (mucho peor que la primera).</i>	
San Vicente y su censo de población (1874)	33
<i>Matrimonio religioso-matrimonio civil.</i>	
<i>Sacerdotes del pueblo.</i>	
<i>Cementerio.</i>	
<i>Rezo por los difuntos.</i>	
Romería a la Ermita de Santa Ana	39
Días de fiesta y otras costumbres	43
<i>Fiestas de la Virgen de Arriba.</i>	
<i>Fiesta de Acción de Gracias.</i>	
<i>Los bautizos.</i>	
<i>Otra costumbre: post-partum.</i>	
La agricultura	47
Los aperos del campo de San Vicente.....	51
La iglesia parroquial	57
<i>Características de su arquitectura.</i>	
La dura lucha de un cura rural	61
Epidemia universal: La gripe del año 1918	65
<i>Crónica de sucesos tristes.</i>	

Las obras del intrépido Don Enrique	69
<i>Aquellos obreros de la banda de música.</i>	
La curiosa costumbre de los mayordomos	73
<i>Los sucesos del siglo XX.</i>	
La Segunda República (1931-1939).	
Sucesos. Los padres y la clase de religión	83
<i>Sueldo del cura. Su traslado.</i>	
Años difíciles (1933-1950)	83
Vida y aventuras de un pastor	87
<i>La mujer perdida en el mante.</i>	
Las mujeres	93
Romería a Santa Ana contada por un pastor (1957)	97
Diversiones de los mozos	99
<i>La fiesta de Antoñanzas.</i>	
La ganadería	101
<i>Edades de las ovejas.</i>	
<i>Nombres del término de San Vicente.</i>	
Las fiestas del pueblo	105
La fiesta del Domingo de Ramos	109
La Virgen de los Dolores	111
La mítica fiesta de San Juan	115
<i>La fiesta de la Virgen de Arriba (la Madre del Amor Hermoso)</i>	
«A matar el cuto»	117
Todos los Santos y Navidad	121
El trasnocho	125
Calzado y manta	127
El pueblo y la luz eléctrica	129
Tormentas con rayos. Fuego en la escuela	133
Valeriano el cabrero. Todo un héroe. Niña abandonada	135
Humor. Cosas de niños. Tres anécdotas	139

La juventud y la música. La orquestina	143
Vecinos que había en el año 1950	145
Don Bernardo Fernández del Rincón	149
La emigración.....	151
La Asociación Cultural “Amigos de San Vicente de Munilla”	157
Recuerdos	167
Anexos:	
Anexo 1. Fechas y hechos	171
Anexo 2. Habitantes de San Vicente en el año 1874.....	176
Anexo 3. Léxico. Voces y palabras usadas por las gentes de este pueblo.....	184
Fuentes documentales y bibliográficas	191



Amanece la vida sobre la tierra

Hace millones y millones de años, tantos que nadie sabe contarlos, el paisaje era de tierras pantanosas, donde se confundían las aguas dulces con las saladas de un mar indefinido. Los bosques de grandes helechos alimentaban a enormes y monstruosos dinosaurios herbívoros, que a su vez eran pasto de gigantescos y ferocísimos saurios carnívoros y todos ellos eran los únicos pobladores de los lugares que muchos siglos después serían el hábitat de los seres humanos con sus vidas, alegrías, dolores y trabajos; sociedades en evolución continua, incesante paso de siglos y de generaciones... Pero entre aquellos dinosaurios y los primeros humanos, a lo largo de otros millones de años, tenía que dar sus estruendosos latidos el planeta Tierra, con sus temblores y gemidos, con sus terremotos y basculaciones, mientras se retiraban los mares, se alzaban los montes y se hundían los valles «cada cual a ocupar el puesto asignado»...

Aún no habían llegado los seres humanos a perturbar la paz de la Madre Naturaleza cuando la superficie terrestre mostraba así su faz salvaje: Praderas, montes y barrancos cubiertos de bosques y matorrales, largos y paralelos bancos de rocas cruzaban los montes estrato terrestre fracturados... los torrentes arrastraban caracolas y bivalvos hechos piedra, en otros tiempos llanuras fangosas eran ahora lastrones inclinados de rocas lisas que encerraban como joyeros misteriosos las ocultas pisadas de los desaparecidos dinosaurios y hasta en los farallones rocosos de algunos montes, quedaba el lejano recuerdo del mar en forma de pequeñas oquedades de paredes pulidas.



Y a su debido tiempo llegaron los humanos: escasos, desvalidos, indefensos, buscando el amparo de las cuevas, defendiendo su super-

vivencia a diario y sin cesar contra inclemencias y fieras. Con sus brazos y su inteligencia lo dominaron todo.

Con inusitada rapidez pasaron los siglos y con ellos las hordas invasoras, sus guerras, sus efímeros reinos, sus sociedades primitivas. Hojarasca de la Historia fueron sus gentes: celtas, berones, pelendones, celtíberos, romanos, visigodos, musulmanes y reinos cristianos, cada cual con sus leyes, su lengua, sus jefes y costumbres, con su variopinta organización social, su política defensiva y de dominación.

Fundado el pueblo de Munilla en fecha muy remota e indefinida (su nombre parece indicarnos que fue fundación de los romanos) pronto hubo alguna familia que rebuscó por las alturas su medio de subsistencia: tierras cultivables, pastos, caza, frutos, madera... Creció la familia y llegaron forasteros buscando lo mismo y su fue formando el pueblo casa con casa, calle tras calle... Pero aquí salta la leyenda: ¿Dónde su fundó el primer pueblo de San Vicente? Porque la tradición oral contada de padres a hijos nos dice que se fundó por primera vez en el lugar y término llamado «la Condesa» en tierras situadas a la orilla izquierda del barranco llamado de «Sobaquillo». Añaden que allí hubo un cementerio que se quemó y por ello los habitantes se fueron y fundaron el pueblo por segunda vez en el emplazamiento donde hoy se encuentra. Parece confirmar esta leyenda los restos humanos encontrados en «Sobaquillo», en lugar llamado «la Condesa». Pero ¿Existió esa condesa? ¿Quién fue? ¿Cuándo vivió? La Historia de Munilla nos lo dice.

«La Condesa»: El Santo Vicente

Algún tiempo después del año 1040, Don García Sánchez, rey de Navarra y de Nájera, de acuerdo con su esposa Doña Estefanía Berenguer de Foix dio el «Señorío de Cameros» a su yerno Fortún Oxoiz, casado con su hija Mencía. Fortún tenía que defender y gobernar como «Tenente» las tierras y pueblos de los Cameros y el Valle del río Cidacos, desde Yanguas hasta Arnedo. En el Señorío entraban además de Munilla, Zarzosa, San Vicente de Munilla, Peroblasco y muchas tierras y pueblos más.

Era el siglo XI y ya existía San Vicente de Munilla. Los descendientes de Fortún Oxoiz se llamaron «Los Fortuniones» que siguieron gobernando el Señorío, sentenciando juicios, cobrando tributos, nombrando alcaldes, etc., hasta 1334. Después vendrían los Ramírez de Arellana (1366 - 1837). Pedro Ximénez, séptimo Señor de Cameros, tenía tres hermanas Sancha, Urraca y Teresa. Pues bien, dice la Historia que Doña Sancha era propietaria en Munilla de muchas tierras y montes y que se fue a vivir a

Munilla. A esta señora le llamaban «La Condesa». Antes de morir, la condesa hizo testamento y dejó todas sus propiedades a los frailes del convento del monte Laturce (Clavijo).

Era el año 1189 (siglo XII). Si el pueblo de San Vicente fue fundado en el término de la Condesa, o no fue así, no lo podemos saber. Habría que hacer costosas excavaciones que actualmente nadie asume.

Lo cierto es que los primeros habitantes del pueblo eran gentes enormemente duras y sufridas. Se enfrentaron a la difícil y durísima tarea de colonizar tierras y montes: desbrozaron bosques, abrieron caminos, roturaron tierras, formaron bancales y los defendieron a de las aguas con buenas paredes de piedras encajadas que resistieron durante siglos.

El pueblo está situado sobre un alto cerro, a mil metros de altura sobre el mar, en un cerro escalonado de los muchos que, partiendo del monte Nido Cuervo, descienden hasta el río Manzanares de Munilla.

Tampoco hoy podemos asegurar desde que año San Vicente fue tomado por Patrono del lugar al que dio nombre. Quizá fue porque el día 22 de enero, fecha de la muerte del Santo, fue un día importante en la fundación del pueblo.

San Vicente, presbítero y mártir

Nació en Huesca y fue ordenado en Zaragoza por el obispo Valerio, el cual conociendo bien las virtudes, el talento, la elocuencia y el amor a los pobres lo nombró ayudante. Vicente fue apresado en Valencia por el gobernador romano Daciano, el cual siguiendo las órdenes del emperador romano Diocleciano dio persecución y muerte a todos los cristianos del Imperio. Sometió a Vicente a toda clase de malos tratos y torturas.

Durante 300 años fueron torturados y asesinados a millares en todo el Imperio, desde Asia Menor hasta España, y desde Inglaterra hasta el norte de África. Empezó Nerón en Roma matando a Pedro y a Pablo (año 64), y terminaron pasado el año 300 Diocleciano y Maximiano. Los cristianos se negaban a adorar al Emperador como un dios, se negaban a quemar incienso ante los ídolos de Roma. Acabaron las persecuciones y muertes en el año 313, cuando el Emperador Constantino publicó el «Edicto de Milán» y con el dio total libertad a los cristianos.

Referente a San Vicente, escribió San Ambrosio obispo de Milán en el año 390: «San Vicente fue torturado, golpeado, flagelado y asado al fuego sobre una parrilla; pero no vencido. La valentía con la que en todo

momento confesó el nombre de Dios y de Jesucristo, no sufrió el menor fallo. Murió en el año 304 y Daciano ordenó que su cuerpo fuera abandonado en el desierto para comida de aves y fieras, pero un cuervo misterioso lo defendió día y noche hasta que lo hallaron los cristiano y le dieron sepultura. Su muerte y entrada en el cielo fue el 22 de enero.

Relieve, clima, carácter y censo de 1533

El cerro en el cual se asienta el pueblo está flanqueado por dos barrancos; al este «la Cárcara», es el más profundo y por su izquierda recibe dos barranquitos menores. Al oeste y de norte a sur, baja el barranco de «Fuentemarín». El de la Cárcara desagua en el río de Munilla, el Manzanares. Al mediodía está el ancho valle del río «Aydillo» que recibe las aguas de Fuentemarín y también va al Manzanares. Las parcelas de regadío son pocas y pequeñas. Todo el terreno está bien aprovechado. Los suelos rocosos de las montañas abren sus breves paréntesis para encajar los bancales en los cuáles la escasa profundidad del suelo vegetal apenas permiten a las aceradas rejas de los curvos arados romanos profundizar unos veinte centímetros. A poniente se alzan «los Cabezos», dos montañas de cierta elevación que dominan el valle del Aydillo.



A este relieve que es alto, duro y escabroso, corresponde un clima extremado de largos y muy fríos inviernos; cortos, secos y muy calurosos veranos. Las lluvias son escasas. Las precipitaciones en forma de nieve son menos frecuentes que en siglos pasados, cuando caían grandes nevadas en

los inviernos. Todos los vientos baten el paisaje especialmente el cierzo del norte y el viento del poniente de Nido Cuervo. Por esto se construyeron las viviendas mirando unas hacia el este y otras a mediodía.

El clima, el suelo y los duros trabajos forjaron el carácter de los habitantes a través de generaciones: «serios, callados, ahorradores, calculadores en extremo», pero siempre «educados, amables, sencillos y hospitalarios».

Al estudiar los documentos referentes al pasado de este pueblo, llama mucho la atención la insistente repetición de los mismos apellidos «Gil», «Pellejero», «Ocón», «Torre», «Fernández», «Benito» y el más nombrado «Santolalla», que luego deformaron escribiendo «Santolaya». Todo lo cual demuestra que hubo una continua endogamia familiar.

El censo de población del siglo de 1533 cuando gobernaba España el rey Carlos I, (Carlos V de Alemania), Emperador, nieto de los Reyes Católicos, se hizo el censo, contabilizando que entre Munilla y sus aldeas reunían 136 vecinos (no dice cómo se repartían entre las cuatro localidades) Se calculaba a cinco personas por cada vecino, luego el total era de 650 habitantes. De ellos se pueden atribuir a Munilla, pueblo de tejedores y exportadores de mantas «munillanas» para los pastores de «la Mesta», unos 450.

También Zarzosa era importante por sus rebaños de ovejas merinas en la mesta, porque exportaba lana fina y poseía telares; tenía 90 habitantes. San Vicente en aquellos años tendría unos 70 y Peroblasco que siempre estuvo menos habitado, tendría 40 habitantes.

Teniendo San Vicente en el siglo xvi esos 70 habitantes se podían mantener bien con sus rebaños y con sus cultivos de cereales; pero tenían que esforzarse también mucho para poder vivir y pagar los impuestos del rey, del Señor de Cameros, que ya se le llamaba «Conde de Aguilar», sin olvidar que a la Iglesia se le pagaban los diezmos.

Las noticias más antiguas

Datos que nos dejó escritos en su crónica parroquial, en 1916 el párroco Don Enrique Calleja Teruel.

En el año 1588 reinando Felipe II, hijo de Carlos I, se construyó «El Hórreo» pagando por ello 227 maravedíes, que era tanto como 6 reales y medio. Era un habitáculo grande que suponemos serviría como iglesia para actos de culto cuando la iglesia del pueblo no estaba terminada de

construir. En la década de 1940 este hórreo se usó como salón de baile. En 1950 aún existía cerca de la casa de Bernardo, la cuesta del hórreo, bajando a Aydillo.

Ese mismo año de 1588 compraron una custodia pequeña de plata sobredorada, les costó 1.462 maravedíes, en moneda de entonces 3 ducados y 10 reales. A finales del siglo XVI ya tenían construida la iglesia del pueblo, les faltaba poner el retablo mayor, realizado por Martín Sebastián (no dice de donde era). Le pagaron por la obra, mesa, un cuerpo y ático con sus cajas, tres imágenes y columnas 36.311 maravedíes (97 ducados y 33 maravedíes).

En 1622 visitó San Vicente el Sr. Obispo (no dice su nombre) les mandó dar cuenta de los ingresos y gastos de la ermita de la Virgen de Arriba y hacer la lista con los nombres y apellidos de los mayordomos con las cantidades que debían a la fábrica (edificio) de la iglesia.

En 1647 hace el obispo nueva visita al pueblo y ordena a Pedro Gil que había sido mayordomo de la iglesia (para el pueblo era mayordomo del Señor) que pague los bienes que han faltado de la sacristía del templo. Al año siguiente (1648), los hombres del pueblo trabajan duro para fundir la campana. Está claro que tendrían que traer de fuera los materiales a fundir (cobre y estaño) para formar el bronce y hacer esto bajo la dirección de un técnico.

En 1655 compraron una cajita de plata que llevar el Viático de los enfermos; pagaron 756 maravedíes (22 reales y 8 maravedíes) En 1668 traen un gran cuadro de «San Buenaventura». Como más tarde se verá, un día sentirían la protección de este Santo. Dieron por el 6 ducados y 6 reales

En 1671 los carpinteros les hicieron los grandes cajones de la sacristía donde se iban a guardar las albas, roquetes, casullas y demás vestiduras del sacerdote para el culto litúrgico.

Y llegó el año memorable, digno de ser recordado por todos los siglos, fue el 14 de julio de 1677, fiesta de San Buenaventura cuando la Virgen del Amor Hermoso intervino con maternal poder para salvar al pueblo de San Vicente de una gran catástrofe, de muchas muertes de inocentes (este hecho se relata aparte).

En 1695 la Parroquia compró un Palio que era necesario para las procesiones eucarísticas. Costó 34 ducados y 7 reales a la ermita de la Virgen de Arriba, a los que se añadieron 24 reales y 3 maravedíes de la Parroquia. De todo lo anterior se deduce que si en el siglo XVII la vistieron

y completaron: custodia, campana, cajita, retablo mayor, cuadro, palio, cajonería; cómo, si antes no tuvieran nada.

¿De dónde salía tanto dinero para pagar las construcciones religiosas y sus objetos de culto? Salía de los «diezmos». Además de los diez Mandamientos de la Ley de Dios los cristianos, como personas bautizadas obedientes a la Iglesia tenían otros cinco Mandamientos que cumplir: oír misa los domingos, confesar y comulgar por lo menos una vez al año, abstinencia de carne los viernes y el quinto... pagar diezmos a la iglesia. Tenían que dar a la parroquia la décima parte (diezmo) de todos sus ingresos, de la agricultura, de la ganadería, de la industria y del comercio. Así se levantaron durante siglos en toda Europa las grandes catedrales, miles de iglesias y ermitas en todas las naciones. En los archivos se pueden leer los «LIBROS DE TAZMÍAS» donde se apuntaban los ingresos de los diezmos.

El milagro de la Virgen de Arriba

En San Vicente, aldea de Munilla. Construida en tiempo inmemorial sobre el morro de un cerro rocoso que antecede al pueblo, se alza una sencilla y espaciosa ermita destinada a cobijar una imagen de la Virgen María llamada «Virgen del Amor Hermoso» (vulgo Virgen de Arriba).

Por delante del edificio y rodeándolo hay un pasillo o mirador, como de tres metros de anchura, defendido por un murete bajo, que se asoma en alto sobre las eras. Por detrás del templo el suelo es una suave pendiente verde que llega a la iglesia hoy derruida. Desde el mirador se contempla al sur un dilatado y maravilloso paisaje, es el valle del río Aydillo y sus montañas; por el este se admira el profundo barranco de la Cárcara con los montes de Caralavilla... y al fondo está Munilla y se ve su cementerio. Este fue el escenario del prodigo.

Corría el año 1677, día 14 de julio, mes de muy calurosos días y a veces de terribles tormentas, espanto de los pobres labradores. Se formó aquel día una tormenta formidable, estaba el cielo negro y se hizo el día en tinieblas. Truenos horribles hacían temblar a personas y animales despavoridos de miedo. En tales circunstancias era costumbre que las gentes del pueblo subieran a la ermita del Amor Hermoso, a implorar de la Virgen auxilio, amparo y protección. Pero aquel día, en el fragor del temporal nadie pudo entrar en la ermita. Estaba bien cerrada y el mayordomo se volvía loco buscando la llave, pero no la encontró, Francisco Santolalla se llamaba.

De pronto estalló un trueno horrisono, el mayor, brilló un relámpago vivísimo y de las poderosas nubes bajas y negras fulminó un rayo. Una enorme descarga eléctrica cayó sobre la ermita y dentro de su interior se derrumbó el tejado con gran estruendo. ¿Y si las gentes hubieran estado allí dentro rezando como querían hacer? Huyó despavorido todo el pueblo; también Francisco el mayordomo corrió y al llegar a su casa palpándose todo el cuerpo mojado palideció al descubrir... que la famosa llave de la ermita la había llevado él durante horas metida entre su faja. Comprendió que la Virgen le había obnubilado el cerebro, le había quitado la memoria para que no abriera la ermita, para que así se salvaran de la muerte

docenas de personas. Este suceso lo dejó escrito en el Archivo parroquial el sacerdote que lo presenció. Don José Eugenio Santolalla.

Año 1703, las andas para llevar la imagen de la Virgen estaban en mal estado, tuvieron que hacer andas nuevas que les costaron 800 reales (72 ducados y 8 reales). Al año siguiente 1704 dieron 354 reales (32 ducados y 3 reales) al pintor Bernardo Alesón para que trajera oro y con el dorase las imágenes. No era oro en polvo sino delgadísimas láminas de oro llamadas «panes de oro». No sólo las imágenes, sino también el antefrontal y por el trabajo cobró 54 reales (4 ducados y 10 reales).

En el año 1666 había nacido en San Vicente un niño que de mayor fue monje benedictino en el monasterio de Santa María La Real de Nájera, de la cual llegó a ser abad en 1711. Se acordó de su pueblo y les envió un regalo muy apreciado en aquellos tiempos: «las reliquias de San Marcial y otros santos». Estas y otras que se dirán se guardaban en relicarios, (especie de hueco o cajas cerradas bajo llave) y situados en el retablo mayor. Estas reliquias se sacaban el día de la fiesta del Santo para darlas a besar a los fieles, después de los oficios.



Imagen de la Virgen de Arriba (del Amor Hermoso)

En 1717 hicieron la gran obra de reconstruir la ermita de la Virgen de Arriba. Se llamó en siglos anteriores ermita de S. Pedro y su cofradía recibió donaciones de fincas que se llamaban Piezas de S. Pedro. Casi en ruinas permaneció durante 40 años. En 1717, los del pueblo, movidos por su gran amor a la Virgen María, decidieron reconstruirla, haciéndola de nueva planta. Con el dinero de la cofradía, donativos y el duro trabajo de todos, durante nueve años, la edificaron, rebajando el suelo del monte más de una vara (0,86 m.) y con paredes de gruesos muros.

El día 10 de octubre de 1726, se bendijo y se abrió al culto esta ermita. A su titular llamaron la Virgen del Amor Hermoso, hoy conocida por Virgen de Arriba.

En 1728, dice textualmente el libro Crónica Parroquial:

Reunido el pueblo a campana tañida el día 1 de diciembre del año 1728, en la ermita de la Virgen de Arriba, y debido a las grandes calamidades públicas, enfermedades contagiosas y pestilentes existentes, el pueblo hizo la promesa de ayunar (hacer una sola comida al día) la víspera de la Fiesta de la Inmaculada Concepción, o sea el 7 de diciembre, todos los años y a perpetuidad.

Es asombroso constatar que este Voto lo hacía un pueblo humilde a cientos de kilómetros de Lourdes, 130 años antes de que la misma Señora se apareciera en 1854 y confirmara «Yo soy la Inmaculada Concepción».

En 1731 estaba rota la campana mediana. Fundiendo sus restos y otros materiales sacaron dos campanas pequeñas. Del año 1733 es el legajo número 10 que certifica que las reliquias que tenían en el pueblo y eran de los mártires San Vicente y San Constancio eran reliquias auténticas, se las había donado (no dice por qué) fray Sebastián de Amatriain que era abad del monasterio de Ayerbe (Aragón). El obispo les dio permiso para exponerlas y venerarlas. En el inventario del año 1735 aparece el nuevo retablo con la imagen de Santa Catalina y la gran verja de hierro que hubo en la ermita de la Virgen de Arriba. ¿Cómo es posible que en el año 1736 no tuvieran sagrario para guardar la Eucaristía? Pues la crónica parroquial dice que en el pueblo de Navarrete les hicieron un Tabernáculo, costándoles 462 reales (42 ducados). El pago del mismo motivó un juicio con la viuda del artífice María Andrés Urízar. Ese mismo año de 1736 los vecinos reconstruyeron la ermita del Humilladero, que así llamaban a la ermita de la Dolorosa. No les salió barata la obra pues pagaron por ella 3.000 reales (272 ducados y 8 reales). Además de la imagen titular, tenían la de S. Juan.

Era costumbre

Que desde el día de la Cruz de mayo hasta el día de la Cruz de septiembre los niños tocaran la campana a la hora de comer (oración del Ángelus). El 3 de mayo de 1926 y debido al desorden, los abusos y los desperfectos que ocasionaban los niños se suprimió esta costumbre.

Del Catastro Marqués de la Ensenada a la Guerra de Independencia

El Marqués era riojano, nacido en Hervías y llegó a ser ministro de Hacienda, Guerra, Marina e Indias con el rey Fernando VI (1746-1759) En 1751 ordenó el Marqués de la Ensenada, Don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, que en toda España se hiciera una investigación, un catastro para conocer la producción agrícola, ganadera e industrial que tenían los pueblos de España, los bienes de los Ayuntamientos, así como todos los ingresos que tenían todos los españoles en sus variados oficios. Y todo esto ¿Para qué? Pues para que cada español pagara un impuesto anual «único» y no como ocurría entonces que cada persona pagaba impuesto anual por 8-10 conceptos.

En Munilla se hizo el catastro en 1753. Se formó una Comisión para ello. El subdelegado del Intendente General de Soria, dos regidores de Munilla, un regidor de San Vicente, un regidor de Peroblasco, el cura mayor de Munilla, dos peritos de Munilla y dos peritos de oficio. Se trataba de asegurar que las valoraciones de fincas y las declaraciones de los ingresos de los vecinos fueran datos verdaderos.

Munilla y sus aldeas (ya no estaba Zarzosa, desde 1708) pagaban al rey contribución al año por 10 conceptos y le daban 6.825 reales. También pagaban al Conde, Señor de Cameros, 2.529 reales. El total era de 9.354 reales.

Cada localidad pagaba según los vecinos que tenía: Munilla 1.035 habitantes, San Vicente 205, Peroblasco 139 y Antoñanzas 71. Pagaban con fanegas de trigo, de cebada y en metálico. Se contaron las casas: Munilla 260 casas, San Vicente 50, Peroblasco 32 y Antoñanzas 15. Entre todos tenían 357 casas, 134 pajes, 102 corrales, 56 eras de trillar. Los jornales declarados eran: labradores y pastores ganaban 3 reales al día, los obreros pañeros (pelaires) 4 reales, los oficiales pañeros 5 reales. El médico era el que más ganaba 4.350 reales al año, pero tenía que curar a los enfermos de cinco pueblos: Munilla, dos aldeas, Zarzosa y Lasanta. La ganadería era lo más boyante, pues reunían entre Munilla y sus dos aldeas, más el barrio de Antoñanzas 4.022 ovejas, 870 cabras y otros 244 animales varios.

Calcularon los ingresos por la lana de las ovejas churras: cada 6 ovejas daban una arroba de lana. Podían sacar 650 arrobas de lana que 52 reales la arroba (1 arroba tenía 11,5 kg.) podían sacar 33.800 reales. Se apuntó toda la industria textil de Munilla y el valor de su producción pañera. Como San Vicente no tenía telares, no contó esto. ¿Cuántas ovejas y cabras podía tener entonces San Vicente? Algunos dicen que tuvo diez rebaños o sea, más de 1.000 ovejas y más de 200 cabras.

Pasaron 35 años, al rey ilustrado que era Carlos III (1759-1788), le sucedió su abúlico hijo Carlos IV (1788-1808) acompañado por su esposa, la inmoral María Luisa, que dejaban gobernar a Manuel Godoy «amigo» de María Luisa. Antes de 1808 el emperador de Francia Napoleón Bonaparte invadió España con sus ejércitos y colocó a su hermano José como rey de España.

En 1801 dice la crónica parroquial que se sacaron del depósito de trigo de San Vicente (arca de misericordia) 20 fanegas de trigo (920 kg.) para remediar el hambre de los pobres del hospital de Munilla. Tenía que haber devuelto el Ayuntamiento a Munilla y a San Vicente ese trigo, más (92 kg.), pero nunca se devolvió.

En la posguerra de 1814 era tanta el hambre y la pobreza de la gente de San Vicente, arruinada por los impuesto y malas cosechas que la parroquia tuvo que venir en auxilio de la gente. Para ello vendió las tierras que tenía en el pueblo de Herce y sacó 11.090 reales (1.008 ducados) También vendió todos los objetos de oro-plata que poseía: Incensario, naveta, platillo, cáliz, cruz de estandarte etc., y sacó 1.859 reales (169 ducados) que unidos a los anteriores sumaban 11.200 reales o sea (1.008 ducados y 2 reales) Esta cantidad se la entregó la iglesia al concejo en 1814. Se formó así un «censo» o préstamo de la iglesia al pueblo por el importe anteriormente mencionado que no sabemos si el pueblo devolvió a la iglesia.

Noticias del siglo xix

1803. Se revisaron las cuentas para comprobar las deudas del concejo (Ayuntamiento) y de los mayordomos de la iglesia.

1811. Se formalizó el «censo del pueblo a la iglesia de San Vicente». Esto nos obliga a hacernos una pregunta ¿De dónde le venía a la parroquia de San Vicente la propiedad de estas fincas que tenía en Herce? Desde 1246 Herce era un Señorío y la Señora era la abadesa de las monjas Bernardas (del Cister) que fueron expulsadas por la ley del 19 de febrero de 1836 del ministro J. A. Mendizábal que

además les arrebató sus propiedades. Fue una suerte que se vendieran las fincas que San Vicente tenía en Herce, pues de otro modo se las hubiera arrebatado Mendizábal (ley del 29 de julio de 1837) sin indemnización.

1814. Con aumento del metal y por 330 reales (30 ducados) se fundió la campana grande. Aún tuvieron que poner 500 reales más (45 ducados y 5 reales) por herrajes, jornales, leñas... ¡y huevos para el molde! Etc., Estos vecinos de San Vicente eran grandes trabajadores y al año siguiente 1815 arreglaron la ermita situada dentro del cementerio del pueblo. Ermita de los Santos Santiago y Felipe.

1817. Surgieron pendencias y disputas entre los alcaldes pedáneos de San Vicente y Peroblasco sobre las preferencias de las aldeas con Munilla. Hicieron juicio y el juez basándose en un documento del año 1730 dictaminó que: después del alcalde de Munilla será la preferencia para el pedáneo de San Vicente. Que su demarcación empieza en la Peña Maiserranos y para Peroblasco empieza en el Barranco Landano (Barandano). Fuera de los territorios de la preferencia del pedáneo, su cruz, pendones, etc., después de Munilla pasa a San Vicente los años pares comenzando en 1730, y la de Peroblasco, los impares empezando en 1731. Esto por siempre, comprendida ida y vuelta.



1821. Se bendijo el cementerio de San Vicente y desde entonces ya nadie fue enterrado ni en el suelo de la iglesia, ni en sus alrededores, «ya nadie volvió a pagar a la iglesia el canon de romper sepultura».

1832. Construyeron el Pórtico de la iglesia y no les salió barato, pues les costó 1.050 reales (95 ducados y 5 reales).

1837. Año de gran alboroto nacional, pues el ministro de Hacienda, Juan Álvarez Mendizábal (era tan alto que le llamaban Juan y medio), reinando María Cristina, viuda del rey Fernando VII (1814-1833), dio la ley del 25 de enero de 1837, por la cual el gobierno liberal arrebató para sí todas las casas y fincas de los obispos, parroquias y cofradías y todos los bienes y objetos de oro y plata que poseyeran. Vinieron a San Vicente comisionados del gobierno y se llevaron la «Cruz Procesional» que era de plata. Era un símbolo muy querido del pueblo, pues siempre iba delante de la gente en las romerías, procesiones y entierros. Todo el pueblo sintió mucho aquel «robo legal». El gobierno llamaba a la cruz «un bien nacional».

No era bastante con lo anterior y con la gran desgracia que tenía España metida en la primera guerra carlista (1833-1839), donde se disputaban el trono español los ejércitos liberales de la reina niña Isabel II y las tropas de su tío Carlos (carlistas «los de la boina roja»). Fue una guerra salvaje, brutal e inútil. Ganaron los liberales. A esta catástrofe se unió otro mayor pues en el verano de 1834 se extendió por toda España, matando a miles de personas la epidemia del «cólera morbo». Era una bacteria que producía fuertes vómitos, diarreas y muerte por deshidratación.

En Munilla murieron 319 personas (191 eran niños) En San Vicente murieron 54 personas (38 eran niños) Como las defunciones dejaban solas a muchas viudas, viudos y huérfanos, además del vacío, les quedaba la pobreza, la miseria y el desamparo. ¡Terribles tiempos aquellos!¹

1.- Libros de Finados del Archivo Diocesano

Capellanías, misas y fincas amortizadas

En el año 1662, reinando el rey Carlos II de Austria («el Hechizado») el vecino de San Vicente Pedro Fernández Corral fundó en la parroquia una capellánía de ánimas (cosa distinta de la cofradía de ánimas) ¿Qué era una capellánía? Era una fundación religiosa que disponía de bienes y dinero para tener un sacerdote que ofreciera misas y oraciones por el alma del fundador cuando éste hubiera fallecido. En los siglos xvi, xvii y xviii el pueblo católico creía firmemente en el «Dogma de la Comunión de los Santos», según el cual las almas de los cristianos después de la muerte iban al purgatorio para allí, sufriendo, purificarse por las malas obras que habían hecho en la tierra, aunque estas obras hubieran sido confesadas y perdonadas. Las penas del purgatorio se podían acortar y suavizar ofreciendo a Dios misas, oraciones, limosnas y sacrificios de los vivos. Cuando las almas purificadas entran en el Cielo ruegan por los fieles de la tierra. Pues bien, en ese año, Pedro Fernández dejó dinero, deudas a cobrar, censos y fincas en San Vicente y en Peroblasco, por su alma. A esta fundación y con el mismo fin ultraterreno en 1797, Bautista Santolalla fundó un Aniversario Perpetuo en sufragio de su alma para lo cual dejaba una heredad de su propiedad en el término «La Cuesta».

En 1881 Julián Torre, consorte de Justina Gil fundó una «misa perpetua» al año por su alma y para ello dejaba a la capellánía de ánimas un pajar, un corral y un huerto de su propiedad situados en el término «Posairo». Pasaron tres años y en 1884 Juana Gil, viuda de Julián Torre fundó una misa anual por su alma, dejando a la capellánía una casa suya que tenía en la plaza.

En años sucesivos se unieron a la capellánía otros bienes, frutos y fincas donados por varios vecinos y otras heredades compradas con el importe de las ventas o préstamos hechos. Al pasar los años la Administración de la capellánía la llevaron los alcaldes pedáneos del pueblo, luego, el secretario de Munilla, Don Pedro Aguirre Morales; por espacio de mucho tiempo y últimamente por los curas de San Vicente nombrados por el obispo.

De ocho en ocho años se hacían públicas subastas de los arriendos de las fincas: los años pares los de una hoja y los impares los de la otra. Así se

hacía porque el sistema de cultivo era el «barbecho», también llamado de «año y vez», según el cual cada pieza se cultivaba un año si y al siguiente se le dejaba descansar en barbecho. Las piezas se adjudicaban por cuatro años de sembradura al vecino que más trigo había ofrecido de renta. Las rentas se cobraban en septiembre y se remitían las cuentas a la Comisión de capellanías del Obispado, al menos mientras han sido subastadas y adjudicadas. El administrador general de Calahorra revisaba las cuentas y enviaba el importe deducidos gastos al pueblo, para que se hicieran los sufragios por las personas fundadoras de la capellanía y de misas anuales y perpetuas.

Amortización

Con el paso de los siglos se formaron en los pueblos de España miles y miles de capellanías y fundaciones con el mismo fin. Tenían cientos de miles de fincas rústicas y urbanas que quedaban amortizadas es decir, que no pagaban contribución al gobierno, pues eran de la Iglesia, «de manos muertas» (aunque estaban alquiladas y cultivadas).

Desamortización

El gobierno dejaba de ingresar cada año muchos millones por las fincas amortizadas... Al llegar los liberales al poder en 1834 estas fincas y todas las de la iglesia se las arrebataron por las leyes de desamortización; las subastaron y malvendieron a los ricos. Una vez desamortizadas entraron a pagar contribución, pero los labradores que las tenían alquiladas tuvieron que pagar una fuerte subida de alquileres y si no podían pagarlos a los nuevos ricos pasaban a ser jornaleros.

El diputado liberal Álvaro Flórez Estrada propuso una solución más justa por la cual las fincas podían haber pasado a los labradores y así hacerlos propietarios. Consistía en dar una ley por la cual los colonos se harían dueños de las tierras que cultivaban pagándoselas al gobierno a plazos, con el alquiler que pagaban y con los diezmos que también pagaban a la iglesia. El ministro de Hacienda Juan Álvarez de Mendizábal no le hizo caso. Así se consumó el gran expolio en perjuicio de los más pobres. La buena noticia es que las fincas de la capellanía de San Vicente se salvaron de las muchas rapiñas de los gobiernos liberales. No sabemos cómo se salvaron, pero la crónica parroquial dice que fue el 1 de enero de 1917 cuando se hizo la última subasta de arriendo de las fincas de la capellanía.

También está escrito que en 1924 todas estas fincas se vendieron en subasta y que se las quedó por 3.720 pesetas el vecino Timoteo Ocón Benito unido con otros vecinos.

Segunda parte del siglo xix (1850-1900)
(Mucho peor que la primera)

1848. Otra vez a vueltas con las campanas. Este año se fundió la campana grande y se le puso yugo nuevo y herrajes. También se repararon los yugos de las dos campanas pequeñas. Todo por 2.178 reales (198 ducados) ¿Cuántas veces fundieron campanas? Años: 1648, 1731, 1814 y 1848. ¿Es qué no las fundían bien y se rajaban pronto? Otra cosa inexplicable es de ¿Dónde sacaban el dinero para esta y otras obras?, Porque antes de 1840 el dinero provenía de los diezmos que pagaban los vecinos, pero en 1843 el gobierno liberal ya tenía prohibido a la iglesia que les cobrara diezmos para el culto y clero.

También ocurrió que al ver los vecinos el gran peso de la campana que habían fundido comprendieron que la pared de espadaña donde iban a colocarlas no resistiría y elevaron la pared de las campanas, la reforzaron en lo alto con otras paredes y les salió el extraño campanario que hoy vemos, ya destartalado.



Pinturas en la Ermita de la Virgen de Arriba

El año 1855. Fue tremadamente malo para este pueblo y para casi todos los de España por dos grandes y penosos sucesos: «la desamortización del ministro de Hacienda, Pascual Madoz» y por «la epidemia de cólera morbo».

La ley desamortizadora no sólo arrebató a la Iglesia los pocos bienes que se habían salvado de otras desamortizaciones anteriores, sino que además expolió a los municipios, quitándoles para venderlos en su beneficio; montes, dehesas, bienes del común y de propios.

En San Vicente diremos que los agentes del gobierno declararon «bienes nacionales» los ingresos, bienes y fincas de dos cofradías antiquísimas: la Cofradía del Rosario y la Cofradía de la Vera Cruz (esta última conocida desde el año 1622).

Las limosnas y donativos que estas cofradías recaudaron durante siglos ayudaron en miles de ocasiones a los vecinos a salir de problemas económicos angustiosos y a remediar muchas necesidades.

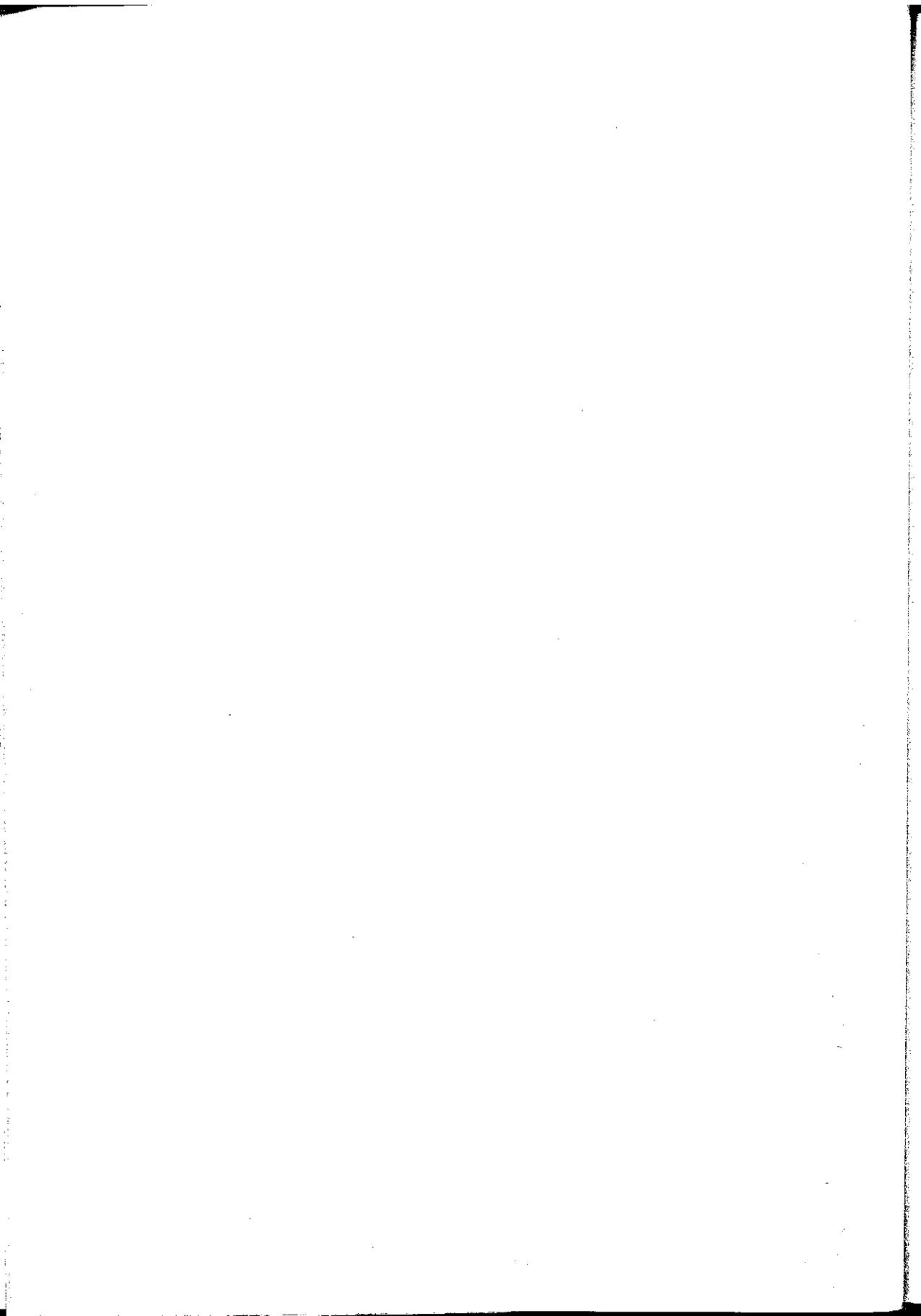
La bacteria del cólera (vibrón) productora de la pandemia se transmitía por las aguas, verduras y viandas infectadas y por las aguas residuales. El cólera atacó a todas las regiones de España matando a 40.588 personas y enfermando a más de 120.000.

Munilla tuvo en el quinquenio (1854-1858) 416 muertos, de ellos 219 eran niños. En San Vicente el registro de finados señala que el 31 de mayo de 1855 murieron 17 personas. Nos podemos imaginar lo que serían, 17 entierros en un solo día; en un pueblo pequeño y en un cementerio también muy pequeño. En los meses siguientes siguieron falleciendo enfermos hasta contarse 31.

En el quinquenio (1854-1858) se certificó la defunción de 82 personas: 22 hombres, 24 mujeres y 36 niños. Las autoridades prohibieron tocar a muerto las campanas. Prohibieron llevar a los muertos a la iglesia para hacerles funerales. En cuanto moría una persona se la enterraba inmediatamente y se quemaban sus ropas y el colchón. Los médicos no tenían medicinas para curar esta enfermedad. ¡Cuantos dolorosos dramas familiares en las casas! ¡Cuantas viudas, ancianos y huérfanos quedaban desamparados en la mayor pobreza!



Pinturas de la Ermita de la Virgen de Arriba



San Vicente y su censo de población (1874)

Tenemos a la vista un libro que es el censo de población que había en Munilla, San Vicente, Peroblasco y el barrio de Antoñanzas en el año citado. ¿Cómo se hizo? Un paciente y detallista secretario del Ayuntamiento fue tomando nota de cada persona: nombre, apellidos, edad, estado, profesión, numerando uno por uno desde el 1 al 1768 a todos los de Munilla, agrupados por familias y por calles.

Del 1.768 al 2.075 son personas de San Vicente	306
Del 2.076 al 2.287 son personas de Peroblasco.....	211
Del 2.288 al 2.330 son personas del barrio de Antoñanzas.....	42

Así, pues, el total de habitantes de Munilla, sus dos aldeas y su barrio era de 2.330 habitantes.

Resumen de lo referente a San Vicente en el citado censo:

En pleno siglo xix hace 131 años San Vicente tenía: 63 labradores, 29 jornaleros, 7 pastores, 105 niños de pocos meses a 14 años, 3 propietarios de tierras, 4 criadas, 2 empleados, 1 sastre, 1 tabernero, 1 comerciante, 1 herrero, 1 calderero, 1 maestro... 75 matrimonios, 10 viudos y 6 viudas.

Es lógico que las esposas ayudando a sus maridos tuvieran la misma profesión que ellos, así se contaban 45 mujeres de labradores, 19 de jornaleros, 12 amas de casa con maridos profesiones varias.

En el censo no figura el párroco pues había fallecido el año anterior (1873) Se llamaba Don Félix Martín Martínez.

Si comparamos este censo con el que se hizo 121 años atrás en 1753 vemos que la población de este pueblo había pasado de 176 habitantes a 306, con un crecimiento demográfico de 130 personas y todo a pesar de las épocas de hambre, de las epidemias y de la emigración.

Se observa la falta de industria en el pueblo, aunque es verdad que muchos de los 29 jornaleros eran obreros en las fábricas de Munilla. Si había 7 pastores se podía calcular el número de ovejas que tenían: en 700

y 800, además de las 200 cabras que reunían entre todos los vecinos y que turnándose las sacaban campo cada día.

Las 4 criadas lo serían de los 3 propietarios de tierras. Los 63 labradores formaban la masa popular más productiva. Había 105 niños / as desde 1 hasta 14 años pero no hay que asustarse pensando que el maestro tendría en la escuela 60-70 alumnos, pues no era así. En 1874, año del censo, todavía regía la ley que obligaba a ir a la escuela a los niños / as de 6 a 9 años. Y en esas edades sólo había en el pueblo (lo dice el censo) 30 niños / as, aún así eran muchos para un local pequeño. Esta ley ocultaba una explotación infantil pues permitía trabajar a los niños desde los 10 años.

Tenían que pasar 35 años para que el gobierno liberal se diera cuenta de la explotación infantil que imperaba en los pueblos de España y dio una severa ley el gobierno de Don Antonio Maura, ordenando que la edad escolar sería a partir de 1909 de los 6 a los 12 años, imponiendo multas a los padres que no la cumplieran.

El comerciante que cita el censo se dedicaría a traer al pueblo alimentos y materias básicas como vino, aceite, azúcar, pienso, etc., Los dos empleados eran el maestro y el cartero.

También el número de casas habría aumentado desde las 50 que tenía en 1753, ahora con 130 habitantes más, el número de viviendas sería mayor aunque de ello no hay datos seguros.

Matrimonio religioso - matrimonio civil

Hoy, en el 2005 también este aspecto social - religioso creemos tenerlo resuelto, pero no es así. Las posiciones Iglesia Católica- Estado Español, a veces están enfrentadas. Venimos a estar casi como en el año 1906.

Hasta el año 1870 no hubo problemas: el 90% eran católicos que se casaban por la Iglesia y el resto, los no bautizados lo hacían por lo civil. Pero llegó la «revolución de septiembre de 1868». En ella las tropas de los generales Juan Prim y Francisco Serrano derrotaron en el puente de Alcolea (Córdoba) al ejército de la Reina Isabel II, ésta fue destronada y huyó a Francia. Gobernó a España el general Serrano y sus liberales progresistas. Empezaron las reformas. En 1870 dieron una ley por la cual era totalmente obligatorio para todos los españoles casarse por lo civil. Esta obligación no gustó nada ni al pueblo ni a la Iglesia. ¿Para qué casarse por lo civil si ya lo estaban por la Iglesia? Ésta reaccionó como hoy: "Todo bautizado que se casaba sólo por lo civil renegaba a su religión, rechazaba el sacramento del matrimonio". Los liberales impusieron después que todo

el que no quisiera casarse por la Iglesia y quisiera hacerlo sólo por lo civil tenía que presentar al juez «una renuncia escrita a su religión». Para la Iglesia el que hiciera esto cometía una falta muy grave: «Era apostasía».

En septiembre de 1906 los obispos comenzaron una gran campaña contra esta exigencia y esta coacción. Cedió el gobierno presidido por el Conde de Romanones, Don Álvaro de Figueroa y Torres y suprimió la obligación de la renuncia escrita, pero ¿Qué pasaba con las gentes que la habían hecho y luego querían casarse por la iglesia?, como les ocurría a Silvestre Ocón Benito y a María Gil Gil (de San Vicente) Por lo civil y con renuncia a su religión se habían casado en el año 1904. Habían vivido juntos 12 años y tenido hijos. En este caso el Tribunal Eclesiástico les hacía un «expediente de abjuración» de la apostasía en que habían incurrido y se lo envió al párroco de San Vicente, Don Enrique Calleja, dándose poder para que lo tramitara «Había que levantarles la censura de apostasía». La pareja tenía que abjurar (renegar) de la renuncia que habían hecho ante el juez. Tenían que hacer profesión de fe católica. El párroco los absolvía (perdonaba) y luego los casaba dándoles el Sacramento del matrimonio con la ceremonia religiosa más o menos solemne de costumbre. Así se hizo el 6 de marzo de 1916.

Sacerdotes del pueblo

Este pueblo siendo pequeño dio bastantes vocaciones sacerdotiales a la iglesia. Varios seminaristas una vez consagrados fueron luego párrocos de su pueblo natal. El hijo del pueblo que alcanzó un cargo más destacado fue fray Juan Martínez Santolalla que llegó a ser abad del famoso monasterio de Santa María la Real de Nájera. Nació en San Vicente el año 1666. Fue abad en 1711. En ese año donó a su pueblo las reliquias de San Marcial y otros Santos que se guardaron en relicarios de la parroquia, en el retablo mayor.

En 1761 falleció Don Eugenio Santolalla, cura del pueblo y nacido en él. Fue enterrado en el presbiterio, debajo de la lámpara, frente al Sagrario.

En 1855 murió otro del pueblo, Don Jerónimo Morales, también sacerdote y de San Vicente. Fue enterrado en la ermita del cementerio de Santiago, entrando a la derecha.

Don Higinio Ocón Santolalla. Era párroco del pueblo de Armejún (Soria), pero por ser hijo del pueblo, lo enterraron en San Vicente en 1864.

En 1873 ingresaba en el cementerio de San Vicente el párroco sanvicenteño, Don Félix Martín Martínez.

En 1914, durante 37 años había sido párroco de San Vicente y nacido allí, Don Juan Martínez Sobrón (1877-1914) se le enterró en el centro del cementerio.

En 1918, el 29 de mayo cantó su primera misa en San Vicente, su pueblo natal, Don Rufino Santolalla Pellejero. No dice La Crónica donde fue destinado.

En 1915, el 1 de agosto, tomó posesión como párroco de San Vicente, Don Enrique Calleja Teruel, nacido en Arnedillo y que había sido párroco durante 9 años de Hornillos de Cameros. Estuvo hasta el 12 de septiembre de 1932. Hizo por San Vicente muchas obras buenas y recibió ingratitudes y desprecios. Dejó escrito un libro en dos tomos: «Crónica parroquial».

Cementerio

En 1821 se bendijo e inauguró el cementerio del pueblo. La primera que se enterró fue una niña de 17 meses, María Santolalla Torre. El primer adulto sepultado, Vicente Santolalla Pellejero.



Entrada al pueblo

En siglos pasados, hasta ese año, a los muertos se les enterraba en la iglesia, debajo del pavimento, cada familia en un lugar donde en el Día de Difuntos cada una ponía velas encendidas. Por ello había que pagar a la parroquia un canon llamado «romper sepultura». Al crecer mucho la población los enterramientos eran en el pórtico o alrededor de la iglesia y ya antes de 1800 se necesitaba un cementerio.

En 1824 los del pueblo se negaron a pagar el canon, pues el cementerio lo habían hecho ellos. Se les dijo que tenían que cuidar de él, pero la ermita del cementerio era propiedad de la Iglesia.

Rezo por los difuntos

Durante 175 años o sea desde 1700 hasta 1875 era costumbre en los días festivos que los vecinos se fueran alternando en la tarea de ir por las casas pidiendo limosna por los difuntos. Iban tocando, agitando una campanilla. Llamaban en cada casa y en aquella que recibían limosna, en su puerta rezaban un Padrenuestro por los muertos de esa familia.

Todos los lunes del año, el párroco iba a la iglesia y rezaba por los difuntos del pueblo: vísperas, invitatorio, un nocturno y tres responsos. A estos rezos asistían todos los fieles que lo deseaban.



Romería a la ermita de Santa Ana

Era el día 13 de septiembre de 1598, en sus austeras habitaciones del monasterio de San Lorenzo de El Escorial (Madrid) moría el rey más poderoso de Europa, Señor de millones de vasallos, ciudades y tierras en cuatro continentes, Emperador de dos Imperios, el de España y el de Portugal. Sin embargo moría sumido en un infierno de dolores, cubierto su cuerpo de llagas purulentas y agusanadas... «sic transit gloria mundi». En muchos pueblos de España también sufrían y morían a millares a causa de la peste. Acabó el año terrible no así la pandemia infecciosa y mortal que siguió segando vidas hasta el 26 de julio de 1599, fiesta de Santa Ana, Madre de la Virgen María. Los pueblos de España no cesaron de rezar, llorar y enterrar. Los habitantes de Munilla y sus aldeas hicieron voto perpetuo de que todos los años el 26 de julio subirían a la ermita de Santa Ana en rogativas y Acción de Gracias.

La ermita de Santa Ana está situada al noroeste de Munilla, edificada sobre una de tantas lomas que partiendo del monte Nido Cuervo van en dirección este hasta asomarse al barranco del Vadillo, al pie de la sierra de la Hez. La loma de la ermita señalaba la divisoria de aguas: al norte de ella unas aguas van al río Jubera y otras, al sur descienden al río Cidacos por el Manzanares y sus afluentes. Esta ermita era conocidísima desde muy antiguo. Junto a ella se reunían los pastores y ganaderos de Munilla, La Santa y Hornillos para hacer «la Concordia del reparto de pastos». La historia cita la reunión para ese fin efectuada el año 1412, el día 8 de febrero (siglo xv) Después en el año 1550, llegó a La Santa el canónigo visitador (enviado por el obispo de Calahorra) Juan Vernal de Lugo. Este clérigo hizo un informe y en él describió las iglesias Santa María de La Santa, la de Santiago en Ribalmaguillo, la de la Magdalena en la Mongía y las ermitas de Santa Ana y Santa María de la Torre.

La ermita de Santa Ana es un templo pequeño, rústico, achaparrado, con paredes de piedras encajadas, sin tallar, los muros están sostenidos por machones o contrafuertes del mismo material que las paredes, la cubierta es de maderas que hacen tejado a dos aguas. Todo el edificio está

orientado al este con ingreso al sur. En el presbiterio tiene un retablillo de un solo cuerpo y a la derecha, una pequeña sacristía con ventana. El retablo presenta en relieves el grupo familiar que llamaron la Santa Generación: Joaquín, Ana, José, María y el niño Jesús.

Como anexos tiene la ermita dos habitáculos: uno ante la entrada al exterior, a la derecha, con tejado y dos paredes, adosado a la ermita y otro también adosado al exterior en la pared oeste.



Retablo de la ermita de Santa Ana

La Hermandad de la ermita de Santa Ana fue formada en los años 1990 por afiliados originarios de La Santa, Ribalmaguillo y Munilla. Se ha esforzado año tras año en mantener la tradición de la fiesta que se hace el primer domingo después del 26 de julio. Se ha procurado arreglar el

edificio y mejorar su entorno que luego se ha visto tan trasformado por la instalación de los aerogeneradores productores de electricidad.

Vamos a evocar el día 26 de julio de un año cualquiera entre (1600 y 1960) ¡cuatro siglos y medio!

En el pueblo de San Vicente el día comienza con un rito un tanto extraño, cuyo significado no alcanzamos a comprender y cuyo origen se pierde en la noche de los siglos pasados... Es la costumbre del «cuartal de pan». Al amanecer y cumplidos los tres toques de campana, uno cada cuarto de hora, empezaba la misa de alba en la parroquia, pero antes de ella, en la sacristía, el párroco revestido de alba y casulla reza, bendice y echa agua bendita a un «cuartal de pan» que después el sacristán y los monaguillos se apresuran a partir en trozos pequeños y ponerlos sobre dos bandejas. Acabada la misa con la bendición y el «ite, Misa est» los mismos partidores de pan se dan prisa en repartir los trocitos a todos los asistentes. Era costumbre que ese cuartal de pan (torta de 2 y 3 kilos) lo diera a la iglesia cada año la familia en la cual hubiera muerto el último fallecido antes de ese día. Quizá con todo esto querían recordar a través de los siglos aquel año de 1598 cuando rezaban y bendecían los alimentos para que Santa Ana les librara de la peste.

Después de la misa, el pueblo se preparaba para ir en rogativa a la ermita uniéndose a la procesión formada por las gentes de Munilla y Peroblasco. Era verano. El cielo lucía un grandioso y brillante manto azul, la gloria del sol llenaba los montes y los valles, una suave brisa templaba los ardores del día, las doradas mieses de los bancales cubrían las montañas. Desde su alto mirador de la Virgen de Arriba los de San Vicente contemplaban la larguísima procesión multicolor de gentes, pendones y voces que en los montes de enfrente había pasado ya el término de Revillalhombro y caminaba en llano, a media ladera por Río de la Dehesa, ribera derecha del río Aydillo.

Las campanas de San Vicente volteaban saludando a aquellos de enfrente y a estos del pueblo que iban a su encuentro con su alcalde, sacerdote, pendones y fieles. Caminaban presurosos y ordenados cantando las letanías de los Santos. La cruz parroquial, los hombres y los pendones los primeros, después el cura, el alcalde y las mujeres. Salían de la iglesia, iban por la calle del Sol y el lavadero, cruzaban el barranco de Fuentemarín, con sus frescos y sombreados huertos, pasaban por el término de «La Condesa» y luego por el barranco Sabaquillo y llegaban al punto de encuentro que era el camino de Aldamejo en unas lastras rocosas que llamaban Estapuelas. Allí se juntaban las dos procesiones, la de Munilla y la de San Vicente.

Se saludaban los pendones tocándose las cruces de sus puntas, se saludaban las autoridades, los clérigos y los vecinos y marchaban todos barranco arriba, por un estrecha y empinado camino durante más de una hora. Después de llegar a la fuente y corrales de Aldamejo, tenían que subir La Cuesta de las Sillas muy empinada y rocosa que les hacía sudar.

Ya en la ermita de Santa Ana se reunía una muchedumbre de gentes pues habían llegado procesiones de La Santa, Ribalmaguillo, La Monjía, Hornillos, Larriba y Oliván. No había tiempo que perder, tenían que oír la misa, rezar, cantar, bendecir las ofrendas, subastarlas y marchar. Eran diez pueblos en plan de rogativas y cumpliendo un voto secular. Acabadas éstas, volverían a sus casas para la hora de comer. Así se hizo hasta 1900, pero cuando la fiesta degeneró porque muchos desocupados de Munilla, se quedaban a comer junto a la ermita, hacían gamberradas con el vino y bromas groseras, entonces el clero, las autoridades con los pendones, las gentes más laboriosas se iban antes del mediodía y los dejaban solos. La vuelta la hacían por el mismo camino por el que habían venido y cantando la letanía de la Virgen.

Desde el día anterior, en San Vicente, el alcalde había nombrado a dos comisionados cuya misión era tocar las campanas cuando se iban los de San Vicente y cuando veían subir por el camino a la procesión de Munilla y tocarlas de nuevo cuando retornaban a sus casas los del pueblo y a lo lejos los de Munilla.

Cuando volvían, los de Santa Ana subían a la ermita de la Virgen de Arriba cantando «Regina coeli laetare» y bajaban a la iglesia cantando «Pange lengua». No daban descanso a sus gargantas.

A la hora de comer, sacaban los bancos de la iglesia al planillo y acompañados por el cura y el alcalde comían lo que las mujeres traían de las casas. Al final rezaban por sus muertos y se iban a trabajar. Eran gente dura e infatigable. La tarde era larga. Había muchas horas de sol y muchas tareas agrícolas y ganaderas que hacer.

Días de fiesta y otras costumbres

Fiestas de la Virgen de Arriba

Se celebraban estas fiestas el primer sábado y domingo después del 1 de junio. A las 7 de la tarde del sábado volteaban las campanas llamando al pueblo para cantar las vísperas en la ermita. Después rezaban el rosario y después con la música de los gaiteros acompañaban al cura a su casa parroquial en la calle Estrecha. Allí eran obsequiados los gaiteros con vino.

El domingo, el volteo de campanas era a las diez, momento en el que salía la procesión con la imagen de la Virgen del Amor Hermoso (Virgen de Arriba) iban por la calle Estrecha hasta la calle de Abajo, de allí, a la esquina y luego a la iglesia. Entraban en esta para hacer misa solemne y al ofertorio el mayordomo de la Virgen de Arriba hacía colecta destinada al fondo de la cofradía para el culto, arreglos y mejoras. Al finalizar y fuera del templo hacían la subasta de las rosas, regalos ofrecidos por el pueblo y cuantos donativos hubieran puesto en las andas. Nuevo acompañamiento de los gaiteros al cura hasta su casa y allí se les obsequiaba con licores y pastas.



La procesión sale del planillo de la iglesia

A las tres de la tarde nuevos toques de campanas llamaban a las vísperas y al rosario. La imagen se quedaba en su urna de la iglesia para todo el verano. Por tercera vez iban los gaiteros tocando cruzando la Plaza hasta la casa parroquial y de nuevo eran obsequiados.

Fiesta de acción de Gracias

Se celebraba cuando el pueblo había acabado las faenas de la recolección. Se ponían de acuerdo el alcalde pedáneo, el pueblo y el cura. Muchos años se celebró el día 10 de septiembre. A las 6 de la tarde del día anterior las campanas llamaban a vísperas y al rosario. La música de los gaiteros alegraba el pueblo. En la casa del cura se daba a todos presentes, pedáneo, mozos y gaiteros, vino abundante.

Al día siguiente, fiesta principal, gran volteo y procesión con las imágenes, de la Virgen de Arriba, la Inmaculada y San Antonio. Al acabar la misa solemne hacían la subasta de las ofrendas.

Todos se desplazaban detrás de la música de los gaiteros a casa del pedáneo y mientras este obsequiaba al cura con la taza de chocolate y pastas, a todos los demás les daba licor y pastas. Por la tarde, a las 3 lo de siempre, campana, vísperas y rosario, con mayor o menor asistencia; pero nadie faltaba a la procesión en la cual subían a la Virgen de Arriba desde la iglesia a su ermita. Se trasladaban cantando las letanías.

Al domingo siguiente salía el mayordomo del Señor a pedir limosna casa por casa. Solía recoger 4-6 celemines de trigo (la fanega de trigo pesaba 46 kilos) y se dividía en 12 celemines, luego cada celemín pesaba 3'830 kg. y la cantidad recogida (en 1930) sería de 15 a 22 kilos de trigo que vendidos a 5 pesetas el kg. eran entre 76 y 114 pesetas; todo dependía de la buena o mala cosecha del año y de la mayor o menor generosidad de los donantes.

Los bautizos

También eran fiestas populares, sobre todo para los niños y niñas del pueblo que no se perdían ningún bautizo. Se hacían en la iglesia, los domingos por la tarde, después de rezar el rosario.

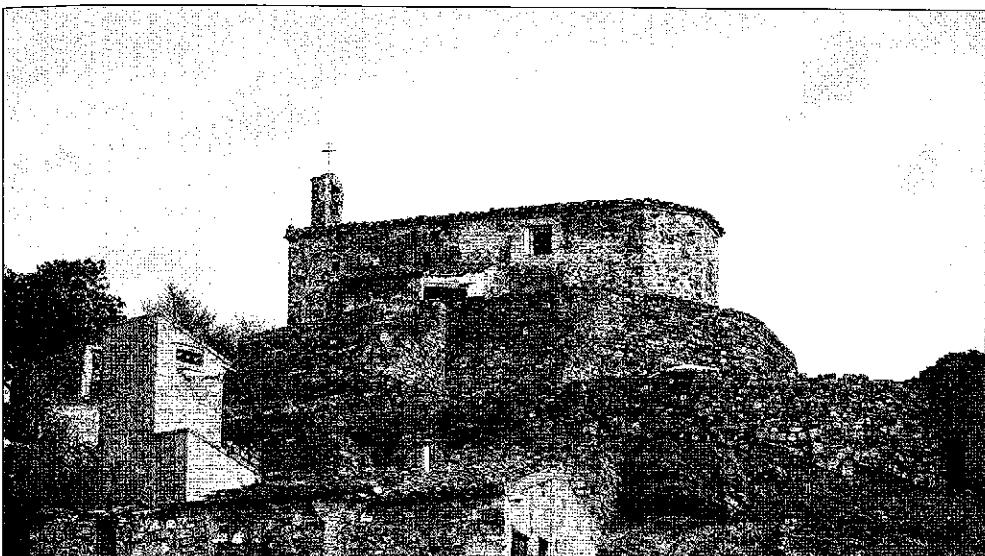
Los niños esperaban fuera de la iglesia y los más atrevidos se colaban al interior para fisiognear y no perderse detalle. Cuando salía del templo el niño o niña bautizado con sus padres, padrinos, familiares y amigos, un tropel infantil los seguía alborotando. Al llegar a la casa del bautizado los niños gritaban en la calle: ¡echa! ¡echa!. Salía el padrino a la ventana y arrojaba a la chusma puñados de caramelos y monedas pequeñas que los

niños recogían del suelo empujándose y peleándose. Si no había suerte porque la casa era de gente pobre o muy tacaña y no les echaban nada a la tropa infantil ésta se indignaba y gritaba: «¡bautizo cagao, si cojo al chiquillo lo tiro a un tejao...!»

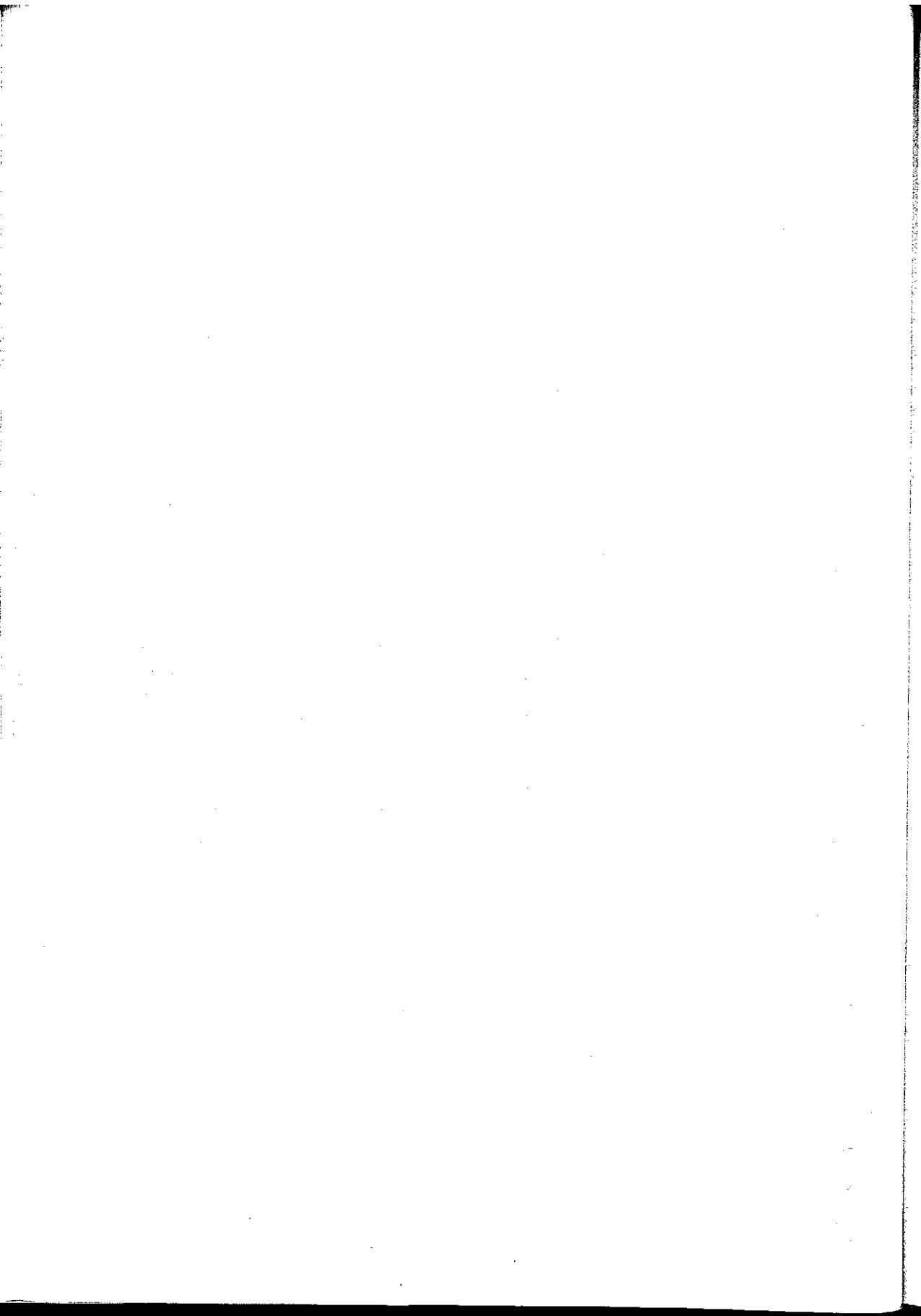
Otra costumbre: post-partum

Era una costumbre religiosa muy antigua. Las mujeres que cumplían un mes después del parto iban a la iglesia con su hijo o hija en brazos y ofían misa teniendo en sus manos una vela encendida. En el ofertorio sus familiares daban unas monedas.

Con esta ceremonia daban gracias e imitaban a María en su Purificación y Presentación del Niño en el templo.



Ermita de la Virgen de Arriba



La agricultura

Si al principio de los tiempos, allá por el año 1000, cuando en el pueblo empezaron a vivir unas pocas familias, éstas podían dedicarse a la ganadería para vivir con sus productos, también se vieron obligados a formar terrazas, bancales o piezas en las tierras más fértiles para sembrar trigo, alimento básico entonces de la raza blanca. Practicaron una agricultura de secano y de subsistencia.

Con el paso de los siglos, a pesar de todos los males, la población aumentó de forma imparable, sobre todo en el siglo XVIII, y para alimentarla se vieron forzados a renunciar a baldíos y pastizales poniéndolos en cultivo, aumentar mucho la producción cerealista para alimentar al creciente número de bocas. Sembraban también cebada, centeno y avena.

En el año 1854 tenían Munilla y sus aldeas 1.450 fanegas de tierra de las llamadas «de pan llevar». Eran unas 310 hectáreas... ¿Cuántas de éstas eran labradas por los vecinos de San Vicente? ¿Recogían bastante trigo para que se llegara a dar pan a las 306 personas que vivían en el pueblo en el año 1874?

Con los pocos datos que tenemos facilitados por personas que vivían en la aldea en el año 1950 podemos hacer algunos cálculos aproximados de la producción cerealista, en concreto del trigo, aunque también era importante la producción de cebada, avena y centeno con destino a la alimentación de la numerosa cabaña ganadera que poseían y que era el otro pilar de su subsistencia.

Un testigo dice que en su juventud vio trillar en el mismo día 12 parvas en la eras bajeras y otras 12 en las eras someras. Sabemos que de una parva pequeña podían salir, en cosecha normal, de 350 a 400 kg. de trigo; suponiendo que en todas las eras se estuviera trillando gavillas de trigo, cosecharían aquel día entre 8.400 y 9.600 kg., que repartidos entre los 300 habitantes del pueblo les correspondía una media de 300 kg. por persona y año. Descontadas las mermas por el salvado y la molienda, la ración de pan por persona al día se quedaba escasa. Seguramente trillarían trigo otros días más y la producción pasaría de los 10.000 kgrs.

Es posible que estos cálculos hayan sido hechos a la ligera y a la baja, pues otro testigo asegura que su padre trillaba diez parvas, aunque no todas eran de trigo.

También sabemos que en el pueblo había, en 1874, 63 labradores y 29 jornaleros. Todavía hay casetas en las que se guardaban máquinas aventadoras fabricadas en Vitoria, que aunque las trajeran en camiones hasta Munilla tenían que subirlas desmontadas en mulos por caminos de herradura hasta San Vicente. Era un trabajo improbo, muy duro.

El tío Perulo fue más ambicioso y trajo una máquina del n.º 7, con lo que los trabajos para subirla al pueblo fueron doblados. La existencia de estas máquinas nos dice que tenían dinero para comprarlas, que era negocio cederlas en alquiler y que había buena producción de cereales trillados que las hacía necesarias.

El trabajo de moler el trigo cosechado era otra dura y penosa tarea para los hombres y sus mulos, pues aunque tenían cerca el molino de la Cari y en Peroblasco el de Parrango, por la razón que fuera, los labradores de San Vicente llevaban su trigo a moler a la fábrica de harinas en Enciso. Largo camino de varias horas cruzando montañas y valles, ida y vuelta.



Con la harina producida, las mujeres amasaban en sus casas tortas grandes, cuyo peso oscilaba entre los 2 y 3 kilos. Cina, así llamaban al gran montón de haces que tenían apilados en la era para luego hacer la parva. Y después trillar y aventar para separar el grano de la paja.

Cantil de pan: así llamaban las mujeres a un gran trozo de pan que cortaban de la torta y la daban a los pastores para que se alimentaran en el campo durante el día acompañado de un trozo de tocino o de chorizo.

En San Vicente se trabajaba mucho y se cogía poco, las tierras eran muy malas y muy trabajosas, cuando iban labrando aquellas tablas (bancales o piezas) que a veces cogían lo justo los machos (mulos) y cuando iban por el orillo, enseguida tropezaba el aladro (arado) con las peñas del subsuelo.

En este pueblo eran todos muy trabajadores y les parecía que no había otra cosa. Todo era cavar con la azada todos los rincones y trabajar más que las caballerías. La gente se había hecho a esa vida y les parecía que tenía que ser así.



En la cruz se ve el horno de hacer el pan

En el pueblo vecino de La Santa iba a labrar un hombre con la yunta y en San Vicente iban 2 o 3 para no dejar poyo ni orillo sin cavar. Estas tierras se sembraban un año si y otro no. En dos años sólo había una cosecha. No sembraban más que trigo y cebada. Lo justo para mantener a los animales y dar de comer a las personas. También se ponían muchas berzas (coles).

Eran para dar de comer al ganado en el invierno en los corrales. Se plantaban en verano. Se regaban llevando a las tierras de secano cuatro cántaros de agua en cada caballería. Se les echaba un bote de agua a cada planta tres veces. Los cogollos de las berzas eran tiernos y los comía la gente. A cada planta se le hacía una pocita alrededor del tallo y allí mantenían la humedad. En los inviernos nevaba mucho y pasaban los días picando berzas para dar de comer a las ovejas. En el mes de junio empezaban las faenas del campo, comenzando por las esparcetas (planta herbácea), luego la cebada y después el trigo.

El oficio de segador era duro porque dolían mucho los riñones (lumbago) lo cogían con resignación y ganas. Salían al campo y en la mayoría de los tajos todos cantaban. Los que mejor cantaban eran Sergio y su hermana Petra. Tenían unas gargantas estupendas y hasta cantaban a dúo. Animaban mucho a todos. Luego venía la trilla.

Tenían los machos unos collares de cascabel o campanillas y con el sonido de ellas le salía mejor el cantar al hombre que montaba el trillo. Lo peor era si llovía y se mojaba la parva. Paraba el trillo de dar vueltas cortando los tallos de las haces de trigo. Hacían una parada para beber agua fresca, fumar y charlar y luego otra vez vuelta sobre el trillo, hasta que se molía bien la paja. Luego se amontonaba la mies ya trillada y se reunían para merendar conejo con caracoles (si los había) guisados en caldereta. Se colocaba ésta en medio de todos y de allí cogían todos, no había platos ni vasos. La bota de vino no paraba de pasar de mano en mano. Luego, si venía viento abalentaban (aventaban) echando a lo alto paletadas de trilla. El viento se llevaba la paja haciendo un montón. Así se hizo durante cientos de años, hasta que en 1900 se fabricaron aventadoras marca «Ajuria», hechas en Vitoria. Del nº 3 se compraron muchas.

En el pueblo estaban todos muy unidos, se ayudaban los unos a los otros en lo que fuera, y en lo que hiciera falta, y sin interés, porque hoy le toca a uno y mañana a otro. El que no tenía aventadora le daba su parva para que la ablentara al que tenía máquina. Al terminar el dueño del trigo daba al de la máquina 1'9 kg. por cada fanega de trigo (46 kg.) que saliera de la parva. Se cogía poco trigo de cada parva porque las tablas (bancales) eran muy estrechas. ¡Cuantísimo trabajarían nuestros antepasados para construirlas! Parece que hay tierra y es todo piedra y en el fondo hay capa rocosa.

Para labrar las tierras se juntaban dos hombres (coyunteros) e iban a labrar, un día para uno y otro día para otro. No miraban si su jornada era más larga que la del otro. Así, hasta labrar todas las tierras de ambos. Lo mejor que tenía el pueblo era su buen humor y gran conformidad.

Los aperos del campo de San Vicente

Para labrar la tierra con las caballerías, se usaban estos. Lo primero para vestir al macho; el *cabestro* o *cabezadas*, este llevaba una chapa de hierro que tenía unos dientes como serruchos, que se llamaban el *gatillo* y cuando le tirabas del ramal un poco fuerte se le clavaba y como le hacía daño obedecía y lo llevabas como y donde querías. Luego se le ponía la *albarda*, lo primero una mantita para que no le hiciese mal la albarda; para bien de cargarlos se ponía la *silleta* encima que se acoplaba muy bien, esto era de madera, con sus salientes para atar con sogas las cosas, bien amarradas que no se movían, también llevaba el *cincho* que le abarcaba por debajo de la tripa y bien prietito que sujetaba los aparejos.

También había otra clase de albarda que era los *lomillos*, este aparejo no se usaba más que para ir a caballo montado y podían ir dos cómodamente, a este aparejo se la acoplaba los *estribos* para colocar los pies e ir más cómodo, estos tenían una ruedita pequeñita que le llamaban *espuelas*, que cuando querías que corriera le dabas unos toques en la tripa y los verías correr al galope, esto lo solíamos hacer cuando subíamos a San Ana, que llevábamos a las novias a La Santa a tomar café.

Cuando íbamos a labrar se les ponía encima de la albarda los *ganchos* y así no te entretenías en atar con las sogas, ya que era más rápido y más cómodo, se ponía el *aladro* a un lado y al otro el *yugo*. El *aladro* más antiguo era de madera que se componía. La *esteba*, la *camba*, las *orejeras*, el *timón* de hierro no llevaba más que la *reja* y muy bien aguzada. Luego sacaron otro modelo que era todo de hierro menos el *timón*, pesaba bastante más pero merecía la pena, era mucho más duradero. El *yugo* era de madera donde se acoplaban los *rollos* que iban atados y hacían todo una pieza. Cuando íbamos a *yuncir* (*uncir*) los machos se hacían en un momento y fácil. Se les echaba encima del cuello, les atábamos con unas hebillas y correas, les poníamos las *anteojeras* para que no vieran más que de frente, porque había tantos peligros, que no vieran mas que donde tenían que pisar. En el *yugo* tenía puesto el *barzón* donde se metía el *timón*, se le metía la clavija y ya quedaba todo unido y listo para labrar, se unían los ramales, se pasaban por un agujero que tenía la *esteba*, se cogía la tralla

en una mano y en la otra agarrando la *esteba* y apretando para que entrase más e hiciera más labor en la tierra.

Las fincas se labraban tres veces al año que le llamaba: *romper, vinar y sembrar*, normalmente se hacían en marzo, en junio y en octubre, que era cuando se sembraba. Teníamos varias fincas, pero todas pequeñas y malas, eran las tablas muy estrechas que a veces lo justo que cogían los machos uncidos. El terreno es todo *básales* (rocas) y todo paredes y peligroso, si se les iba una pata fuera y se vencía un poco el equilibrio se caía uno pero como iban uncidos se iban los dos, como ya estábamos acostumbrados y las caballerías lo mismo pasaban pocas veces, pero teníamos que tener mucho cuidado.



Una vez a un chico que se llamaba Daniel le ocurrió este percance, que se le cayó la yunta estando labrando y al caer los machos abajo, el aladro quedó clavado en la tabla de arriba y se vio muy apurado hasta que cogió la navaja y pudo cortar y así pudo evitar que no se pincharan los machos, decía que se asustó mucho y pensó que no se le caerían dos veces. Como era un chico joven pensó en abandonar semejante oficio, desde aquel día se puso a estudiar y se metió en el cuerpo de la guardia civil. También se puede decir que tenía la mala suerte encima, él estaba muy contento de haber salido guardia y de haberse retirado de estas tierras, pero cada uno teníamos nuestra cruz encima. Cuando salió guardia lo destinaron a Fuenterrabía y a los cuarenta días de estar allí, decía que iba en el estribo

de un camión y se le cayó el tricornio y se tiró a por él. Ese fue el cuento que le dijeron a la familia, pero los que conocíamos a esta persona, no nos lo creemos. El caso es que se mató, sería así o sería de otra forma, el ochenta por ciento no nos lo creímos ¡con sus treinta años y con lo que él era! Nadie sabe donde tenemos la suerte, por mucho que la busquemos. Los de este pueblo a donde quiera que vayamos a trabajar, siempre nos ira bien porque peor y más duro, no vamos a encontrar.

No sé que pasó, pero en que empezó uno a desfilar del pueblo, luego vinieron unos cuantos jípíes que se metieron donde querían en las casas; de primera nos ofrecían pagarnos algo, pero uno que dejé entrar en la casa de mi abuela me dijo que ya nos entenderemos y te pagaré, pero aún estoy esperando; en las otras de la plaza se metieron sin decir nada y no fueron capaces ni de quitar una gotera que caía a una madera principal, así ocurrió lo que ocurrió, cayendo el agua en la madera, llegó a partirse y se vino un corro de tejado abajo y cuando se hundió entonces la abandonaron; como tenían otras donde meterse no se preocupaban de nada, sí lo único para coger lo que se podía aprovechar. Se llevaron la cocina económica, un baúl que era hermoso, hasta una cama, un comodín. Esto fue que subí un día y me di una vuelta, lo que más me chocó fue que daba pena, estaba llena de ropas viejas, de muchas *tarrias* (andrajos) que no se podía ni andar por ellas de cosas que había.

Como estaba hablando de los aperos y herramientas que teníamos, sigo con lo mío, las caballerías eran las máquinas para todo, para labrar, para trillar, se les ponía el *rollo*, el *gancho*, las *anteojeras*, la *onda* con la *víncula* para enganchar el *trillo* o la *trilladora* que era mayor y con unas cuchillas que molía mejor la paja. Los pobres machos todo el día corriendo por encima de la *parva* y cuando hacía buen tiempo daba gusto, pero cuando caían dos gotas y se humedecía la paja les costaba Dios y ayuda para molerla. Trabajaban más los animales y las personas, había que *tornear* más veces y dejar descansar un poco a los machos; para *tornear* teníamos las *orcás* y las *palas*, estaban también los *orquillos* que éstos se usaban para *ablenar* (aventar) el *rastro* para recoger la parva cuando ya estaba molida y para meter la paja si estaba el piso llano en el pajar.

Para *ablenar* (aventar) antes lo hacíamos con el aire, cuando andaba, que si no, no teníamos medios, nos poníamos 3 o 4 con los *orquillos* echando al alto y entonces el aire se llevaba la paja y el grano se quedaba hasta que separaba el grano de la paja. Cuando ya estaba casi lo mayor lo cernían con las *cribas*, primero con una clara y luego con la prieta que se quedaba bien; para esto, el que trabajaba era el aire. Se recogía el grano, en *talegas* o *costales* se llevaba a casa y se metía en *alorines*, para después

llevarlo al molino a hacer harina para amasar y hacer el pan. Algunos cuando trillaban no tenían el pajar en la era y tenía que portear la paja al hombro, con mantas grandes que eran destinadas sólo para ello. Mi abuela cuando trillaba tenía el pajar aparte de la era y teníamos que portear la paja con las mantas y cuesta arriba ¡que menudo desayuno que teníamos! Los últimos años que estuvimos se compraron unas cuantas *ablenadoras* (aventadoras) y con eso se trabajaba, pero se hacía mucha labor.

En la siega también se trabajaba mucho, cogíamos las hoces en junio y no se dejaban hasta últimos de agosto, empezábamos con las esparcetas y seguido con las cebadas, seguido con los trigos y después con las avenas o centenos. El caso que los riñones no se enderezaban y hacíamos ganas que se acabara porque en San Vicente se segaba todo a hoz. Nos poníamos una faja para sujeción de los riñones y un sombrero de paja grande y las mujeres un pañuelo en la cabeza y unas sayas largas que no se les veía ni los pies. Lo bueno que tenía la siega era que nos animábamos el uno con el otro, en todos los tajos teníamos buen humor, como era casi todo cuadrillas ¡cada cantar! Que daba gusto salir al campo, y cada uno a su estilo.

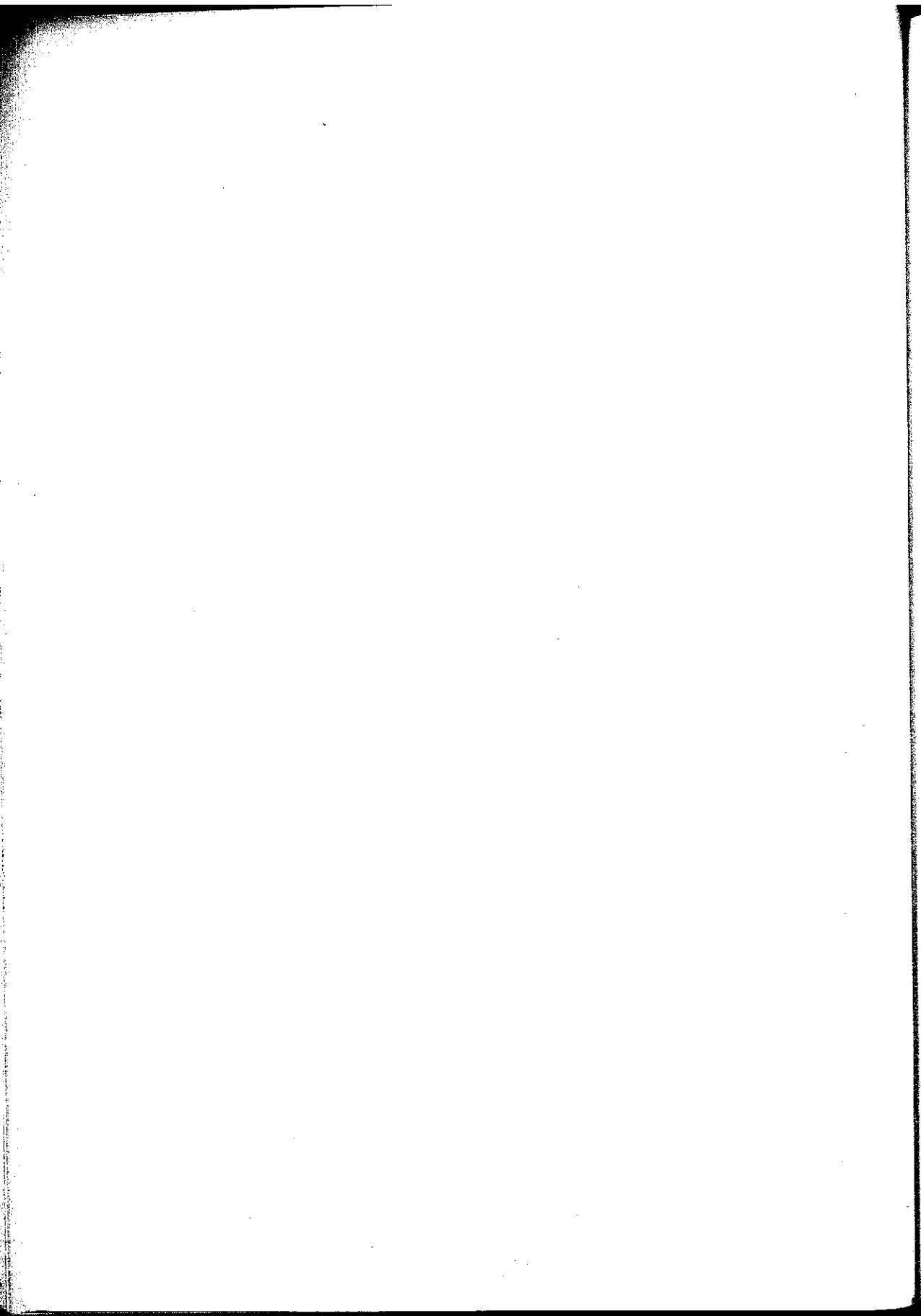
En San Vicente se segaba muy curioso y bien, hacíamos la manada con revuelta de cada tres o cuatro *manadas* una gavilla, después de atar que era hacer los haces digamos fajos para poderlos llevar con el macho a las eras, en cada caballería se cargaba seis haces, así que cuando estaba la finca lejos, costaba mucho el acarreo, también buscaban a un chaval para que mientras los amos estaban segando el chaval hacía viajes todo el día y se le pagaba seis reales y mantenido, desde que amanecía hasta que anochecía, pero tan contento.

Antiguamente mientras no terminábamos de segar y de acarrear no se empezaba la trilla. Traíamos toda la mies a las eras y la hacíamos *cinas* muy grandes que parecían torres, usaban sogas y escaleras, las preparaban en forma de *pirámide* por si llovía que no se mojara mucho, en el final poníamos una manta y por lo demás se escurría el agua. Cuando se iba a empezar a trillar, como las eras eran de varios, teníamos que echar suertes a ver que días nos tocaba a cada uno. El caso es que trabajábamos mucho para hacinar y luego para tirar la cina también, pero eso de trabajar no lo teníamos en cuenta. La trilla también era alegre, los caballos con sus campanillas y los hombres con sus cantares cuando íbamos en el trillo.

En este pueblo éramos muy pobres pero al mismo tiempo muy ricos, no se conocía la envidia, porque como todos teníamos poco y nos conformábamos con lo que había nos ayudábamos los unos a los otros sin interés y en lo que podíamos. Nos prestábamos las cosas, hoy el uno y mañana el otro, había mucha libertad y confianza, por eso se vivía bien.

De los aperos para labrar me había dejado el *forcate* que eso era para una caballería sola la, más o menos como para la yunta y labraba igual, también estaba la *vertedera* o mariposa, era como el aladro pero con una chapa que giraba y le daba vuelta a la tierra para echarla al lado. Si querías también estaba la *rastra* que era de 1,50 x 0,70 más o menos, este apero era para deshacer los *tormos* y dejar la tierra planchada y lisa. Cuando se iba a sembrar casi siempre la usábamos.

Las fincas eran malas, pero como había mucho ganado y se hacía mucho ciemo, a la finca que se le echaba se conocía el sembrado de lejos. Esta tierra era muy agradecida gracias al ciemo que si no se quedaba la mies cortita y mala. Lo bueno que la arreglábamos mucho con la azada que no dejábamos ni un rincón sin cavar ni limpiar de brozas. Ya nos habíamos hecho a esto y nos parecía que no podíamos hacer otra cosa ni ir a ningún sitio, nos sentíamos indecisos, habíamos visto a nuestros padres y a los abuelos y creíamos que tenía que ser así.



La Iglesia Parroquial

Hoy es un edificio en lamentable ruina, sólo se conservan las paredes exteriores y el campanario, son muros de piedras sin tallar, de mortero y sillarejo, sostenidos por varios contrafuertes. Su hundimiento se produjo a finales de 1970.

Según la información que dan las personas mayores que la frecuentaron este templo era de reducidas dimensiones, de unos 18 metros de largo, 8 de ancho y unos 15 metros de altura. Su planta era de cruz latina, ancha la nave central y reducidos los laterales. Orientada al este, con ingreso al sur y coro bajo sobre vigas a los pies, presbiterio rectangular en la cabecera y la cubierta de aristas apoyada en arcos fajones de medio punto, similar a la que cubre la ermita de la Virgen de Arriba. La torre en principio fue de espadaña, pero en 1814 elevaron el muro y cerraron la espadaña formando una semitorre que hoy se ve. Tuvo una campana grande, dos pequeñas y un campanil.

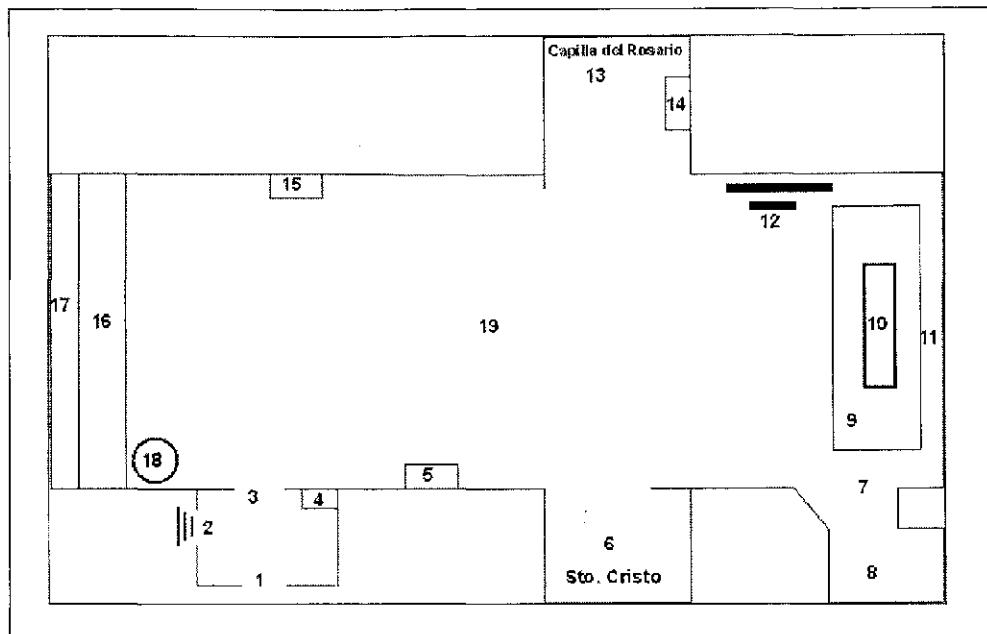
En 1832 construyeron un pórtico cubierto ante la entrada y junto a ésta tenían una imagen llamada de San Vicentito, a la izquierda del pórtico en el interior de éste, estaba la entrada y la escalera para subir al campanario.

Entrando al interior del templo en el muro de la derecha y cerca de la puerta estaba elevado el púlpito, donde subía el sacerdote para predicar a los fieles, a continuación y siguiendo el mismo muro estaba la entrada a la capilla del Santo Cristo con su mesa y retablo y más adelante venía la sacristía precedida de un pasillo.

En el muro opuesto a la entrada y frente a ella se veneraba una bella imagen de tamaño natural de San Francisco de Asís y frente a la capilla del Cristo, en el otro brazo de la cruz de la planta del templo, se abría la capilla de la Virgen del Rosario (mesa y altar), a la izquierda de esta Virgen en la misma capilla se situaba la imagen de San José. Siguiendo, ya cerca del presbiterio estaba la mesa y la imagen de la Inmaculada.

En el presbiterio, el retablo mayor, era de reducidas dimensiones. Constaba de banco, un cuerpo y ático. En el banco y a cada lado tenía

sendos relicarios, eran cavidades cerradas donde se guardaban las reliquias de los Santos que se veneraban en sus fiestas. En el cuerpo del retablo, al centro estaba la imagen de San Vicente, titular del templo, a la derecha (lado de la epístola, la imagen de San Pablo era lo normal) y a la izquierda del templo, al lado del Evangelio, la imagen de San Pedro. En el ático, la escena del Calvario y el Crucificado.



- | | |
|------------------------|-------------------------|
| 1. Entrada al pórtico | 11. Retablo mayor |
| 2. Subida a la torre | 12. Altar Inmaculado |
| 3. Entrada al templo | 13. Capilla del rosario |
| 4. San Vicentito | 14. San José |
| 5. Púlpito | 15. San Francisco |
| 6. Capilla Sto. Cristo | 16. Coro alto |
| 7. Entrada sacristía | 17. Muro espadaña |
| 8. Sacristía | 18. Pila Bautismal |
| 9. Presbiterio | 19. Nave central |
| 10. Mesa | |

Características de su arquitectura

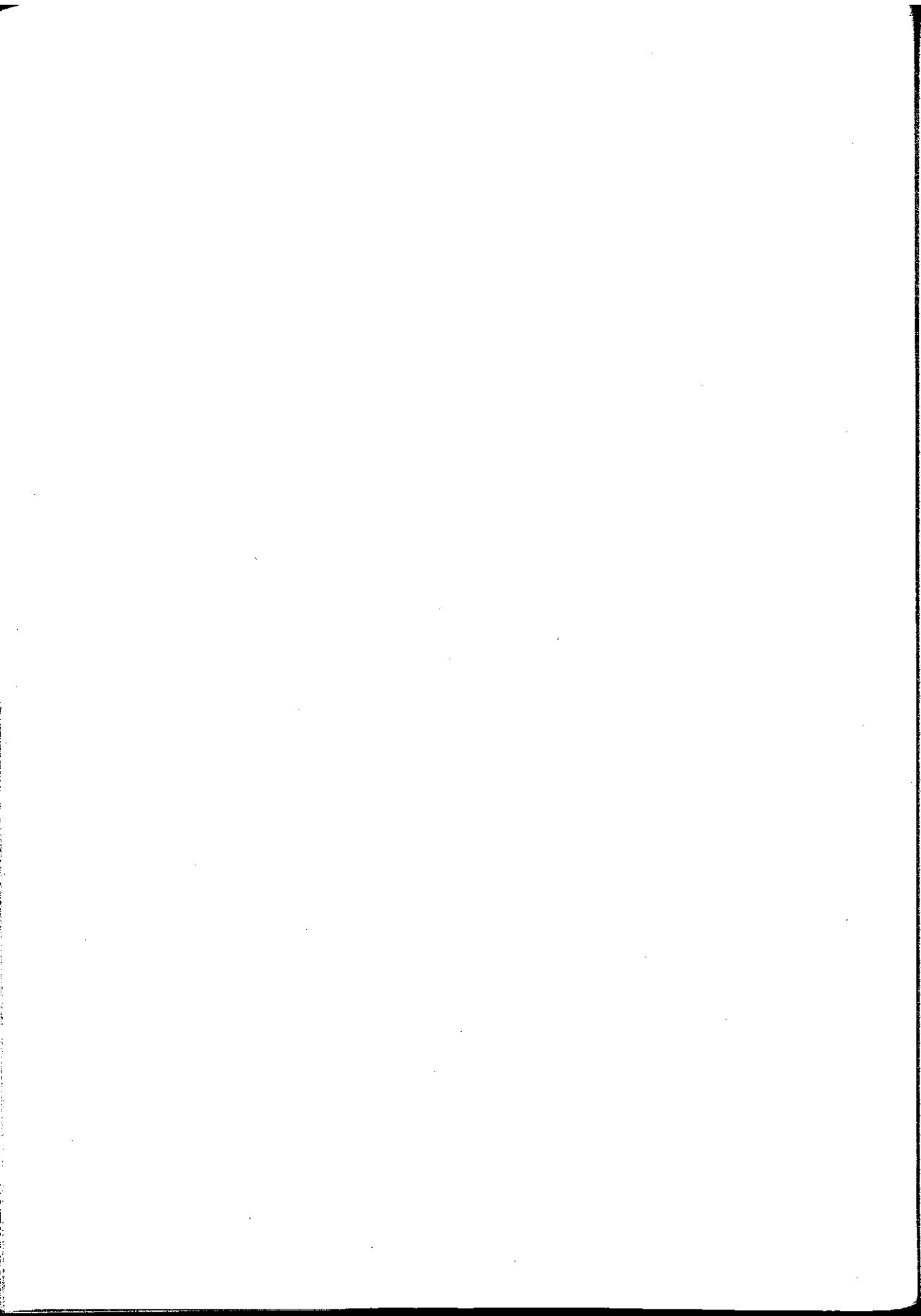
Según el Atlas del Patrimonio Histórico-Artístico de La Rioja:

El acceso se realiza en el penúltimo tramo, al sur, mediante arco de medio punto. Hay una espadaña de sillería. El

templo es obra de principios del siglo xvii. El edificio está construido en mampostería y sillarejo. Compuesto por una nave de cuatro tramos que tienen diferentes longitudes. Con capillas abiertas a ambos lados de los dos tramos primeros como si fueran brazos del crucero. La cabecera es de planta rectangular y cubierta con lunetos pintados y la nave con lunetos marcando las aristas con nervios de yeso sobre arcos rebajados, apoyados sobre pilastras toscanas.



Restos de la iglesia Parroquial



La dura lucha de un cura rural

Cuando el día 1 de agosto de 1915 el sacerdote Don Enrique Calleja Teruel llegó a San Vicente con su madre y su hermana para ser el párroco de la aldea, casi se desmaya al ver el triste espectáculo que presentaba el poblado. La iglesia era una pequeña, lóbrega y oscura estancia, con suelo de frías losas. Su casa parroquial, en estado ruinoso. Los vecinos, apáticos y retraídos. Vamos, como para renunciar al cargo y marcharse. Menuda encerrona le había preparado el Sr. Obispo.

Pero Don Enrique era un hombre joven de 34 años, fuerte, valiente y decidido. Todo un líder religioso y no se amilanó. Esperaba triunfar.

Con el trabajo gratuito de algunos buenos vecinos y con poco dinero, a los 4 meses ya había arreglado el presbiterio y la sacristía de la iglesia. En diciembre y con la ayuda de un misionero claretiano, Don Francisco de la Fuente, dio unas misiones que sacudieron la fe dormida de las gentes poniéndolas en acción. Bajó a Munilla y allí logró la valiosa colaboración de las señoritas hijas de familias ricas que dirigían la Asociación Hijas de María.

Abrió nuevos libros de matrimonios y de cofradías... pero lo principal es que Don Enrique comprendió que sus feligreses eran religiosos a su manera, tenían sus costumbres y su modo de ser y que él tenía que adaptarse a ellos. Vamos, como dicen hoy, tenía que inculturarse en el pueblo. Fue estudiando sus costumbres religiosas típicas: Por Navidad, la misa del Gallo era misa de pastores luego paseaban por el pueblo la imagen de un Niño Jesús. El día de Año Nuevo nombraban a los mayordomos que eran cinco: el del Señor, el del Santo Cristo, el del Rosario, el de la ermita de la Virgen de Arriba y el de la ermita de la Dolorosa. Estos hombres cuidaban gratuitamente de la iglesia, de los retablos-altares y de las ermitas. Llegado el Domingo de Ramos subastaban las insignias: palos de las andas, faroles, pendones a los que iban a llevar las imágenes en la procesión de Semana Santa. De la subasta obtenían cantidades muy módicas, pero era la costumbre.

El alcalde pedáneo y el cura subastaban en la escuela cada 4 años el arriendo de las fincas de sembradura que poseía la capellanía de las

ánimas (me pregunto cómo escaparía esta reliquia histórica a las tres terribles desamortizaciones liberales del siglo xix) habías más costumbres típicas como la del cuartal de pan, la romería a Santa Ana, la gran hoguera de la víspera de la fiesta, las colectas por las casas, la procesión de la Dolorosa etc.

En 1916, la Asociación de las Hijas de María de Munilla quiso ayudar a la parroquia de San Vicente y fomentar la devoción de las jóvenes del lugar a la Inmaculada Concepción; para ello donaron el retablo y la imagen; la parroquia puso la mesa del altar. Se abrieron tres ventanas con vidrieras, una en la capilla del Cristo y dos en el correjo de la sacristía.



El párroco don Enrique Calleja con su madre y hermana

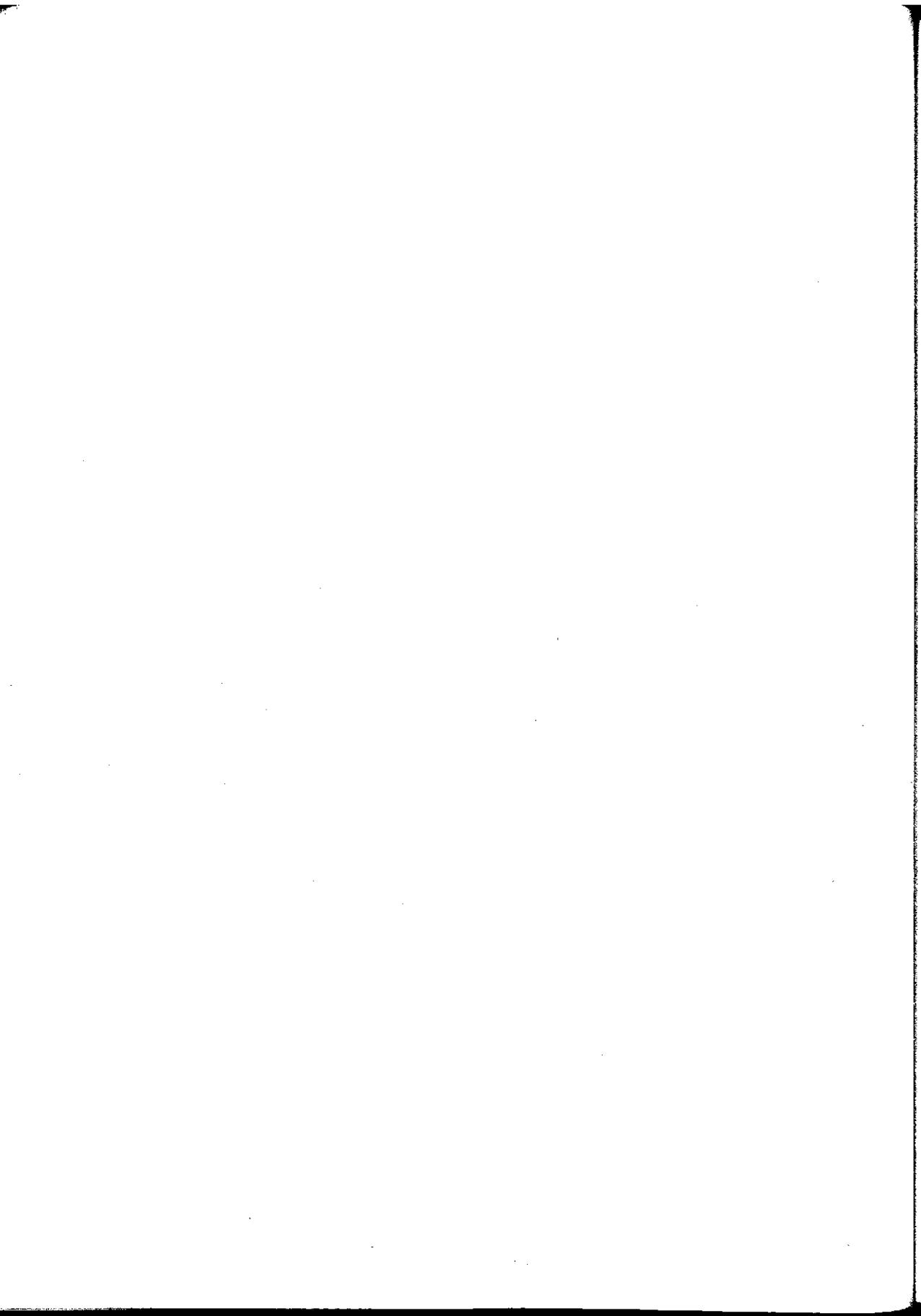
La **Casa parroquial** era una mansión muy grande situada en la calle Estrecha, muy cerca de la Plaza del pueblo. Casa importante. Construida después de la iglesia, quizá en la primera mitad del siglo XVIII, con sus tres plantas, estaba destinada a ser la vivienda del cura Párroco y contener el despacho y el archivo parroquial. Pertenecía al Obispado de Calahorra y a éste se la arrebató sin indemnización alguna la desamortización del ministro P. Madoz en 1855. La pusieron en venta y al no comprarla nadie estuvo en alquiler hasta que la compró Don Juan Martínez Sobrón, que luego se la vendió al Obispado el 8 de diciembre de 1905 por la cantidad de 1300 pesetas. Fueron pagadas por el Arzobispo de Burgos, Administrador Apostólico. Casa grande pero muy incómoda y ya ruinosa. Cuando en 1915 entraron a vivir en ella el nuevo párroco, con su madre y su hermana, la encontraron inhóspita e inhabitable. Allí malvivieron dos años, hasta que en 1917 la reconstruyeron con fondos de la Parroquia y propios. La renovación empezó por el arreglo de la entrada y haciendo nuevo todo el tejado. En la cocina hicieron fogón, chimenea, escudillero y despensa. Un techo nuevo de vigas en el comedor. Estajaron la alcoba de la sala y pusieron un gran armario para el Archivo. También repararon un dormitorio. En total colocaron seis puertas y seis ventanas nuevas, así como un tramo de escalera. Seis años más tarde entarimaron el salón y la cocina. Con la reparación de la fachada la casa quedó bien.

En 1923 el párroco logró que se hiciera el entarimado del suelo de la iglesia y en 1924 logró traer la luz eléctrica. Estas mejoras las expondremos más adelante.

El huerto-jardín de la parroquia. Pocos pueblos como San Vicente podían presumir de tenerlo, ni siquiera Munilla. Estaba situado en el paraje llamado Fuente Abajo, entre dos caminos, un barranco y la finca de Rufino Gil. Repartido en tres tablas sumaban una superficie de 1050 metros cuadrados, rodeado con tapial de piedra. Era propiedad de la Capellanía de Áimas y varios años lo tuvo en alquiler el cura D. Enrique, que lo mejoró poniendo escaleras de piedra entre las tablas y plantando 16 frutales y 6 rosales.

En 1924 el huerto estaba en venta y D. Enrique lo compró por el precio de tasación, 250 pesetas (sueldo de 10 meses). Lo adquirió para la Parroquia el 20 de septiembre de 1924.

El cura se obligaba a decir gratis cinco Misa al año, en sufragio de los difuntos fundadores de la Capellanía de Áimas.



Epidemia universal: la gripe del año 1918

Lo de «universal» parece exagerado, pero no lo es. Esta enfermedad afligió a naciones de los cinco continentes matando a más de 20 millones de personas y las que la padecieron superaron la cifra de mil millones.

España también pagó su tributo a la tremenda epidemia ¡hubo más de 200.000 muertos y 8 millones de enfermos...

El «cupo» de griposos finados riojanos fue de 916 entierros en más de 30 pueblos. En Munilla, como señalamos en la obra «Munilla. Su pasado histórico e industrial» (pág. 190) fallecieron de gripe 7 personas pero... estudiando de nuevo detenidamente los libros de finados de las dos parroquias en 1918 nos asustó comprobar que la tragedia fue muchísimo peor. En el barrio de Santa María murieron 37 personas, de éstas sólo 7 lo fueron por gripe (4 hombres y 3 mujeres) El barrio de San Miguel estaba muy deshabitado y decaído. Ya no morían en él niños en gran número como ocurría en 1855 y antes. En el citado 1918 sólo fallecieron 5 personas, de ellas sólo 2 por gripe.

En resumen: de 42 entierros, sólo 9 por el virus gripal. Lo que nunca se sabrá es la influencia que tuvo tal epidemia complicando las enfermedades: 2 pulmonías, 4 paradas cardiacas, 2 tuberculosis, 4 bronquitis, 2 de congestión cerebral, 1 de asfixia, varias gastritis, etc.,

Respecto a las aldeas el párroco de San Vicente nos pintó un cuadro espantoso: «en dos días enterramos a Valentín y a su hijo mozo. Virgilio Santolalla perdió a su mujer, a su madre, a sus suegros y a un niño. Nadie se acercaba a los enfermos. Varios murieron por falta de asistencia. Sólo dos no confesaron».

En Europa acabó aquel año la I Guerra Europea con la rendición de Alemania y el Imperio Austro-Húngaro, ante Francia, Gran Bretaña y los EE.UU. La horrible contienda había costado 10 millones de vidas. Establecieron el Tratado de Versalles con tan duras condiciones para los vencidos que 21 años después fue una de las causas del estallido de la II Guerra Mundial en la que murieron 50 millones de personas.

En España, en 1918, el gobierno de Don Antonio Maura duró sólo siete meses, le sustituyó el gobierno del Conde de Romanones que también fue efímero. Hubo varias huelgas de los de telégrafos. Pero lo peor de todo era la carestía de los alimentos que costaban el doble (50% del IPC) Estallaron motines y revueltas en pueblos y ciudades por ese motivo.

En Munilla ya tenían luz eléctrica, telégrafo, autobús de línea, camiones, algún coche... pero trabajaban 10 horas diarias. Sería al año siguiente, el 9 de octubre de 1919, cuando se promulgó la ley que impuso la jornada laboral de 8 horas y la semana de 48 horas. El domingo no se trabajaba, pero tampoco se cobraba.

Crónica de sucesos tristes:

1917. ACCIDENTE DE TRABAJO. En un día del mes de mayo de este año estaba trabajando en el término de Solantiejero el labrador Pedro Mazo Torre cuando, inesperadamente se le vino encima un gran peñasco que casi le aplastó. Luchando denodadamente y estando muy malherido pudo desasirse y gritar pidiendo auxilio. Lo recogieron y llevaron a su casa, pero debido a las heridas y a la pérdida de mucha sangre falleció a las pocas horas. Fue llamado el juez de Munilla que ordenó hacerle la autopsia. Los funerales y el entierro fueron una gran manifestación de duelo popular.

1917. AGRESIÓN Y RIÑA FAMILIAR. De antiguo venían las disputas por intereses familiares entre Pedro Ocón y su sobrino Timoteo Ocón. Después de mantener entre ellos un fuerte altercado, con muchas acusaciones mutuas e insultos, el sobrino se fue a su casa, pero volvió armado con una escopeta, con la cual disparó contra su tío, hiriéndole en un brazo. Después de ser curado, el agredido Pedro presentó denuncia contra su sobrino agresor en el cuartel de la Guardia Civil de Munilla. La Benemérita detuvo a Timoteo y lo encarceló hasta la celebración del juicio.

1918. HOMBRE DESPEÑADO. Este hecho fue muy comentado y sentido en el pueblo por todos los convecinos. La desgracia le ocurrió a Santiago Santolalla Pellejero. Un buen hombre que el día 14 de julio aparejó su caballería y bajó al mercado dominical de Munilla. Pasó allí la mañana, hizo compras y con su mulo cargado tomó el camino de vuelta a su hogar al que no llegó vivo. Santiago y su mulo alcanzaron la parte más alta del cerro, en su camino al pueblo y ya a la vista de San Vicente, se le nubló la vista, perdió el conocimiento y cayó al suelo, con tan mala suerte que la caída

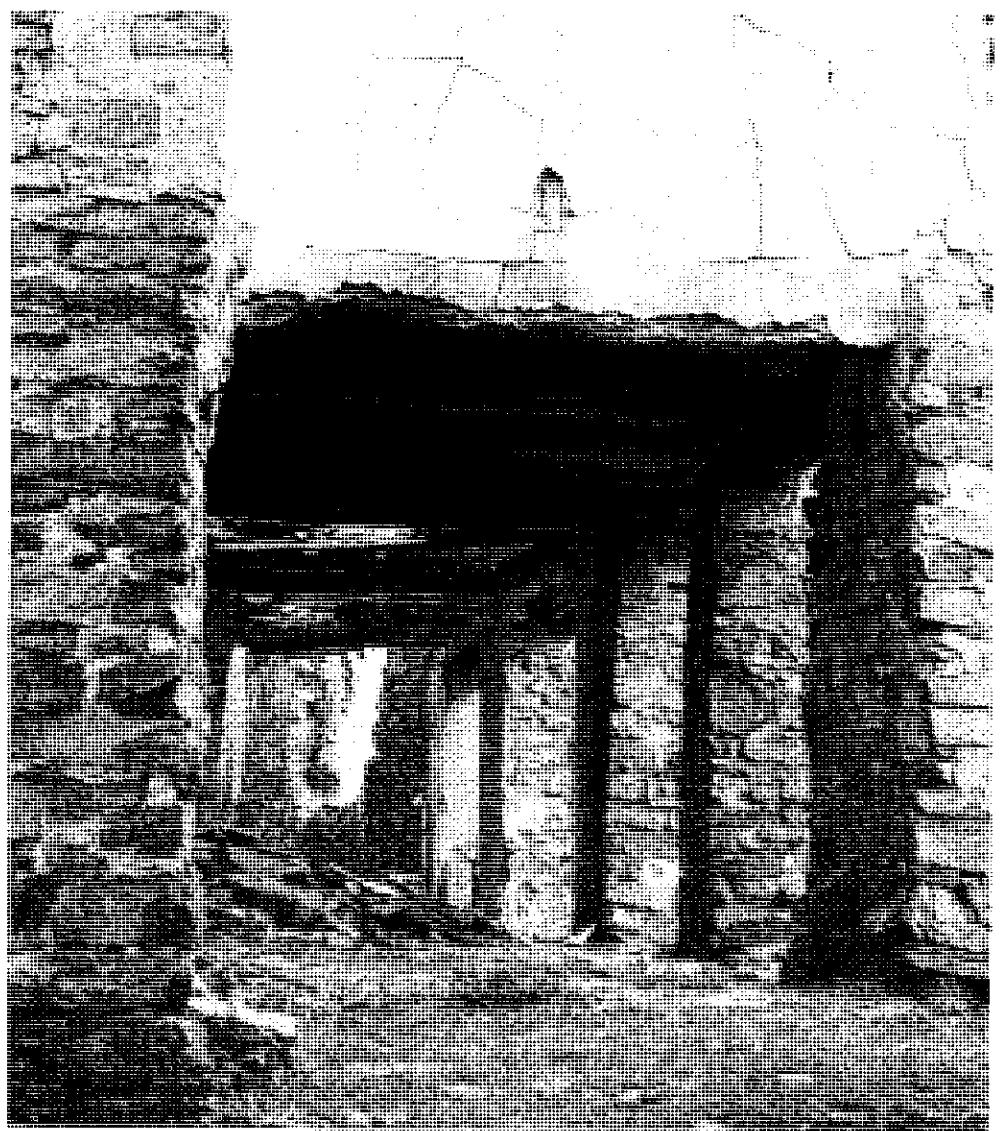
fue hacia la izquierda justo donde se abre el abismo de Maiserranos. Cayó al vacío y el tremendo golpe contra el fondo le produjo la muerte en el acto.

1919. MURIENDO SOLA. 15 de mayo. Una anciana llamada Petronila Miguel Ocón vivía en su casa sola y enferma. Los vecinos se alarmaron porque llevaba días sin salir de su vivienda. Llamaron a sus parientes y entrando en la casa la encontraron moribunda y sin conocimiento. Llamaron al párroco, que aún tuvo tiempo de darle los últimos sacramentos, comunión y extremaunción. Murió a las dos horas.

1922. ANCIANO DESESPERADO. Era el 5 de mayo cuando el anciano Francisco Pellejero Ocón decidió poner fin a su vida; los motivos que le impulsaron a ello eran que se veía viudo, solo y sin poderse valer. Pasaba alternando una semana en casa de cada uno de sus hijos. Tal vez era tratado con poca amabilidad o sin ningún cariño. Su desesperación le llevó al suicidio clavándose un cuchillo en el vientre. Murió desangrado.

1925. MISTERIO EN FAMILIA. 4 de diciembre. Un padre de 74 años, Martín Benito y su hijo de 37 años, Pedro Benito, vivían solos en la misma casa. Se les encontró muertos en su vivienda. El médico de Munilla que los reconoció dijo que habían muerto los dos de muerte natural, pero no dijo de qué. Debían de ser muy estimados porque los del pueblo les hicieron un gran entierro. Vivían en una casa situada encima del lavadero.

1926. MURIÓ DON BLAS MORALES PÉREZ. No sabemos dónde falleció, pero se supone que fue en Madrid, donde residía. Hacía 26 años que este señor junto con su esposa Doña Blasa Ruiz de Velasco Martínez habían donado al pueblo la fuente pública de la Plaza. La viuda hizo con el párroco una «Auto fundación» (cosa nueva) por la cual ella pagaría 20 misas al mes, en memoria piadosa, a razón de 3 pesetas de estipendio cada una, más 25 céntimos para el edificio parroquial (fábrica), con obligación de aplicación fija en días y aniversarios de fallecimientos ocurridos y que ocurriera en miembros de su familia. La fecha de la defunción es del 7 de julio de 1926.



Soportales de la Plaza

Las obras del intrépido Don Enrique

Era el año 1923, mientras Don Enrique Calleja seguía de párroco del pueblo de San Vicente, desde el mes de septiembre gobernaba España el Capitán General Don Miguel Primo de Rivera, consentido por el rey Alfonso XIII. En Munilla el alcalde era Don Cándido Sevilla Pérez y el alcalde pedáneo de San Vicente, Don Longinos Gil. La iglesia de Don Enrique seguía siendo fría, oscura y nada acogedora para las personas. Faltaban calor y luz. De acuerdo cura y alcalde idearon un plan. Mandar 200 boletines a los hijos ausentes de Munilla y de San Vicente pidiéndoles donativos para entarimar la iglesia. Acertaron, el Sr. Obispo, Don Fidel García encabezó la suscripción dando 500 pesetas, el Ayuntamiento de Munilla les dio 100, desde Madrid Don Valentín Morales envió 250, el obispo otras 1000. Por Munilla se movieron las Hijas de María... y Don Enrique reunió 3.053'75 pesetas. Faltaba la mayor ayuda, el trabajo gratuito de los hombres de San Vicente que tenían fama de ser los mejores trabajadores, fuertes y experimentados. Allanaron un planillo delante de la iglesia, levantaron todo el suelo del templo y ahondaron medio metro, echaron en el fondo una buena capa de cemento y sobre ella, ya seca, colocaron al fin las tan deseadas tarimas. El 31 de mayo de 1923 todo el pueblo se sentó en la iglesia gozoso y satisfecho, contemplando su obra en el suelo, el presbiterio y la sacristía. Y aún sobró tarima para poner en la casa parroquial. Triunfo completo. Pero ¡Ay! Les faltaba la luz. Las familias seguían alumbrándose en sus casas con sus candiles, velas, candilejas y luces de carburo.

15 de noviembre de 1924. El pueblo estaba anhelante, inquieto, lleno de rumores y comentarios. Bajaban a Munilla a trabajar a las fábricas y veían poner a lo largo del camino los postes y en ellos, los cables sujetos a los «pocillos» (aisladores) de loza blanca. Vieron construir el transformador a la entrada del pueblo y salir de él los cables hasta la iglesia. Ante ella estaban todos, grandes, y pequeños ansiosos, anhelantes, esperando el milagro de la «luz». Y la «luz» se hizo. Estallaron los aplausos. Lucían: una bombilla en el pórtico, otra en el púlpito y otra en la sacristía. Pronto tendrían luces en la Plaza, sobre la fuente (como en Munilla), en sus casas y en las calles. Gran satisfacción, alegría general.

Preguntaban ¿De dónde viene esta electricidad? Les contestó el instalador Sr. Gil Martínez: No, no viene de la Electra Sevilla, de Munilla, sino de... Las Ruedas de Enciso, de una centralita que un señor de Enciso montó en el año 1895 en el que fue molino harinero de Vicente Martínez.

Aquellos obreros de la banda de música

Era el día 6 de abril de 1929, un hermoso día de primavera. Por el camino que sube de Munilla a San Vicente ascendían un tropel de personas y algunas caballerías. Las tres de la tarde. Sobre los animales cargados brillaban los amarillos metálicos de algunos instrumentos.

A la entrada de San Vicente se reagruparon los músicos, templaron sus instrumentos y a una señal de su director rompieron a tocar un alegre pasodoble. Desde el mirador de la ermita de la Virgen de Arriba ya les veían y esperaban los vecinos mientras la alegre chiquillería los seguía corriendo y gritando. Era la banda de música de Munilla que visitaba el pueblo. Asombroso. Lo nunca visto. Volaban los acordes musicales por los altos montes, rebocaban contra los riscos del monte Piquetelapeña. Atronaban de alegría las casas y callejuelas. Tocando sin cesar cruzaron el pueblo, bajaron la cuesta hasta la ermita de la Virgen Dolorosa.

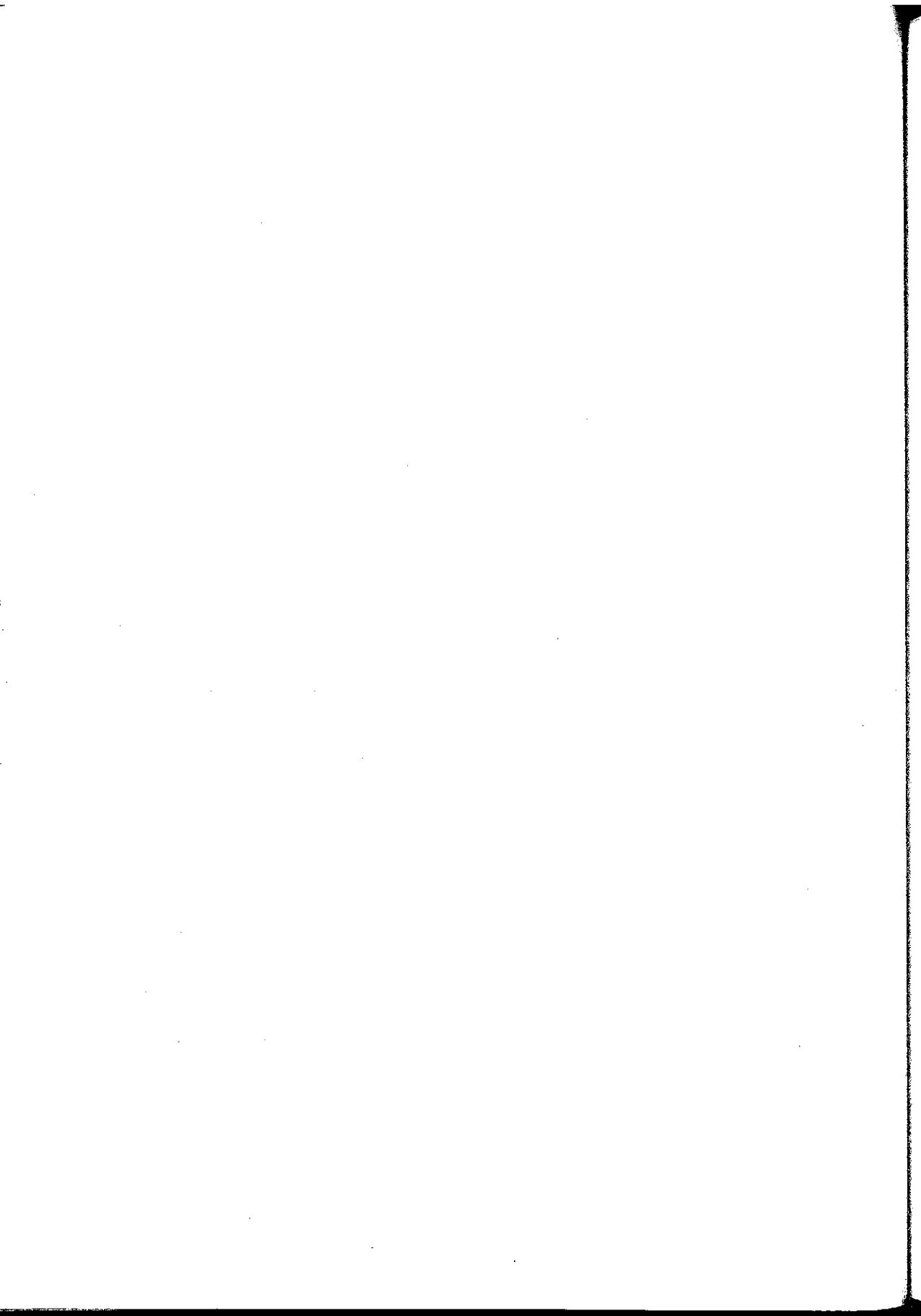


Allí les esperaban el párroco Don Enrique Calleja Teruel, el alcalde pedáneo y el pueblo en masa, cesaron de tocar y hubo muchos saludos cariñosos, palabras amables y agradecidas entre visitantes y visitados.

Sacaron a la imagen y en solemne procesión emprendieron la marcha hacia la iglesia. Hasta llegar al templo no cesó de sonar una música triste, melancólica, religiosa y profunda que encogía los ánimos.

Empezó la novena a la Virgen Dolorosa; como era costumbre muchas personas habían subido de Munilla y estaban allí con los de la aldea. Al acabar la función religiosa salieron todos del templo y otra vez los alegres compases musicales regocijaron a las gentes. Al salir el párroco, el pueblo y la música le acompañaron hasta su casa. Delante de ella la banda estuvo tocando una hora entre los aplausos y el entusiasmo popular. Cura y alcalde, muy agradecidos se desvivían obsequiando a los 16 músicos que tan bien habían hecho su trabajo «gratis et amore» dándoles pastas y licores.

En las despedidas tornaron las dos autoridades a expresar a los músicos su extremo agradecimiento y ellos salieron del pueblo tocando otra vez sus alegres marchas y dejando al pueblo emocionado y con gratísimo recuerdo. Don Enrique, en su casa, se sentó a la mesa para escribir en su libro «Crónica parroquial» los sucesos del día, sin olvidarse de consignar los nombres de los músicos: El joven director Alfonso Soria y los restantes, Nicolás Ochoa, Francisco Murillas, Dionisio Benito, Hipólito Fernández, Manuel Fernández, Claudio Lasota, Miguel Palacios, Moisés Marrodán, Juan Bautista Gil, Félix Rivas, Luis Fernández, Zoilo Díaz, Félix Sierra, Santiago Marrodán y Vicente Benito. Eran músicos no profesionales, pero también eran obreros buenos y generosos.



La curiosa costumbre de los mayordomos

Era una costumbre muy antigua y especial porque los mayordomos eran en este pueblo toda una institución que fue degenerando con el paso de los años. Dice la Crónica parroquial: «Era costumbre muy antigua en esta parroquia, que obedecía a grandes beneficios otorgados al pueblo por la iglesia, que de entre sus vecinos nombrara el Sr. cura en este día (Año Nuevo) a los que durante el año habían de prestar gratis los servicios de: Sacristán, campanero y mayordomos: del Señor, de dos ermitas y de dos altares, cada uno con sus respectivas obligaciones»

¿Qué grandes beneficios serían los que la iglesia había prestado al pueblo en tiempos pasados? ¿Donaciones de tierras y montes? ¿Exención de tributos? Grandes beneficios serían cuando los hombres aceptaban prestar servicios gratuitos durante un año. Porque durante muchos años fueron hombres y no mujeres los que servían.

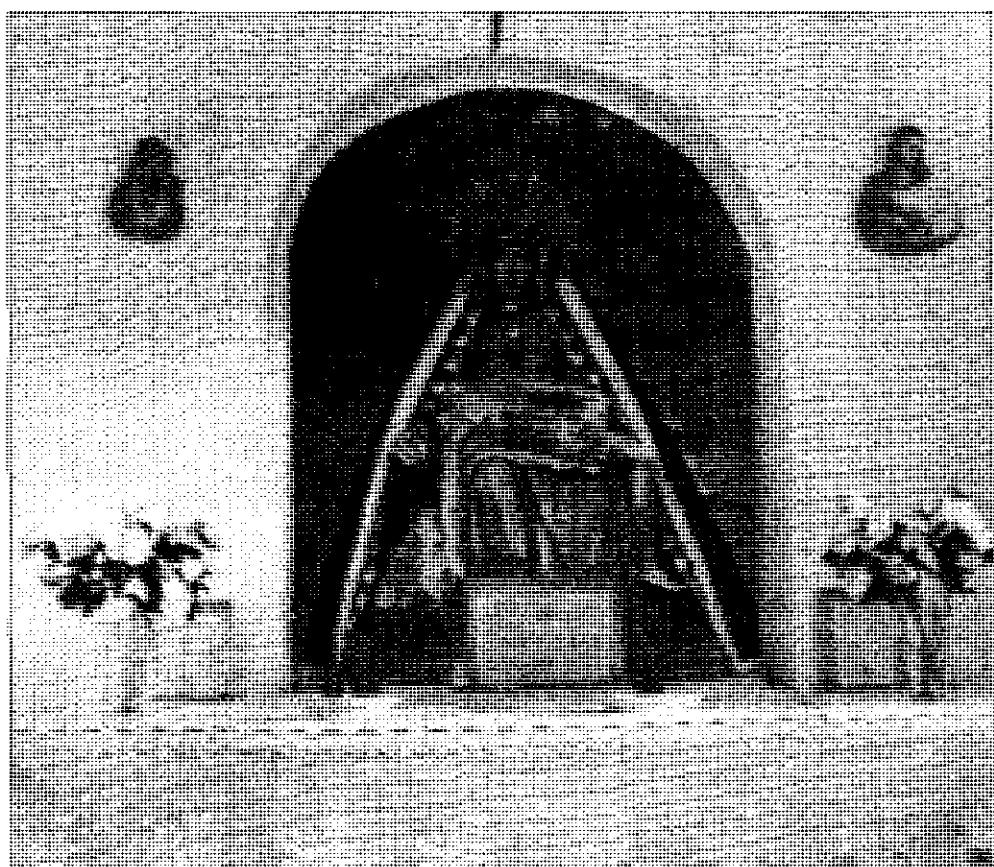
Era el 1 de enero cuando se nombraban (no se elegían) al sacristán, campanero mayordomo del Señor (también llamado mayordomo de la iglesia), mayordomo del Altar del Rosario, otro del Santo Cristo, el de la Virgen de Arriba y el de la ermita de la Dolorosa. Total siete.

Estos cargos tenían en el pueblo cierta relevancia social, pero también eran cargas difíciles de compaginar con los trabajos de campo y con el cuidado de la ganadería. Manejaban dinero de cuotas y de donativos que recibían. Como hasta otro Año Nuevo no tenían que dar cuentas al cura de los ingresos y gastos habidos durante el año y entonces entregar el dinero recibido al mayordomo entrante, disponían de un dinero que muchos empleaban como préstamo para su uso particular. ¿Y si llegado el día no podían devolver el dinero tomado? Hubo algunos mayordomos que les pasó eso y entonces se negaban a dar cuentas. A los ojos del pueblo quedaban deshonrados como ladrones. No eran casos corrientes, sino excepciones.

En 1887 Simón Pellejero se quedó con 309 reales que recibió del anterior, más lo que cobró en su año. En 1889 Guillermo Benito se quedó con 124 reales y el dinero que le habían dado en el año. No aparecieron sus cuentas, ni las de los años siguientes ni se tenían noticias de otros

mayordomos. Ya no funcionaban. Hay un vacío de noticias desde 1890 hasta 1916.

En cuanto a las obligaciones, el peor librado era el mayordomo del Señor o de la iglesia, que tenía dieciocho tareas. Totalmente como si fuera un diácono, presente en todos los actos litúrgicos. Incluso pedir limosna por el pueblo el día de Acción de Gracias. Los otros seis cargos también tenían ocho obligaciones: cada uno limpiaba y cuidaba el altar o edificio encomendado, lavado de manteles, tener luces encendidas los domingos y días festivos, actuar en las fiestas de la imagen encomendada, etc.



Retablo actual en la ermita de la Virgen de los Dolores

Cuando en el año 1915 nombraron párroco a Don Enrique Calleja éste intentó reponer la costumbre de los mayordomos y se encontró con que muchos hombres se retraían de ser mayordomos por las molestias que dan

los cargos: «Querían volver a las antiguas costumbres, pero que las lleven otros». Consiguió voluntarios y por primera vez hubo dos mujeres mayordomas, fueron Juana Santolalla, del altar del Rosario y Petra Gil, de la ermita de la Virgen Dolorosa.

En 1920 se negaron los hombres a tener los cargos de sacristán y mayordomo del Señor. Para esos dos cargos nombró el cura un sacristán permanente y con sueldo de 30 pesetas al año. Contrató a dos niños para que fueran sus monaguillos dándoles 10 pesetas al año a cada uno. Pasados 4 años, en 1924 hubo una novedad. Entraron de mayordomos tres matrimonios: Manuel y Petra del Santo Cristo, Bernardo y María de la ermita de la Virgen de Arriba y Juan e Isabel de la ermita de la Dolorosa. Una mayordomía nueva era la del altar de la Inmaculada.

En 1926 se fue el sacristán a estudiar a Logroño. Les sustituyó Fructuoso Gil que sólo estuvo seis meses. Entró en el cargo Esteban Santolalla.

En 1928 nombraron enterrador a Hilario Santolalla, cobrando 5 pesetas por enterrar a cada difunto adulto y 2'50 pesetas si el enterrado era niño/a.

En 1930 aún seguían Manuel y Petra de mayordomos del Santo Cristo y cuatro matrimonios: para el Rosario, la Inmaculada y dos para cada una de las ermitas, Virgen de Arriba y Dolorosa.

DESERCIÓN GENERAL. en 1931 llegó la II República y quitó el sueldo al cura (300 pesetas al año) y suprimió la subvención al culto. El miedo se apoderó de la gente porque veían los ataques a la religión. El primero en desertar fue el sacristán Celestino Fernández, entregó al cura las llaves de la iglesia y se fue. Rogándole mucho, el cura consiguió que el monaguillo Víctor Domínguez fuera sacristán, pero no con el sueldo de 30 pesetas al año y dos monaguillos a 10 pesetas al año. ¡Adiós a los hombres que habían sido sacristán, campanero y mayordomo del Señor!. Sin embargo siguieron de mayordomos tres matrimonios y dos mujeres fieles, una de estas era Victoria Mazo.

En 1935 seguía habiendo mayordomos: Ángeles Gil, Lorenza Santolalla, Juana Santolalla y los buenos matrimonios Bernardo y María, Juan e Isabel.

Algunos sucesos del siglo xx

MUERE LA MADRE DEL CURA. El 24 de julio de 1929 falleció en San Vicente la madre del cura párroco, ella se llamaba Rufina Teruel Solana y vivió en este pueblo los últimos y más difíciles 14 años de su vida al lado de su hijo Don Enrique Calleja Teruel. El entierro de esta señora fue una

imponente manifestación de duelo por el hecho de haber asistido al sepelio gentes de más de cinco pueblos, desde Arnedillo hasta Hornillos, con Munilla sus aldeas y otros pueblos. Al cuidado del sacerdote se quedó su hermana Eugenia.

DESGRACIADA CAÍDA. El 8 de julio de 1931, a eso de las 8 de la tarde, estaba el vecino Antonio Gil Martínez cogiendo cerezas en un huerto de su propiedad. Se subió al árbol, pero a su peso se rompió la rama y cayó al suelo con tan mala fortuna que se golpeó la sien produciéndose una herida de la cual falleció. Lo encontraron muerto. Avisado el juez éste ordenó que le hicieran la autopsia.

ESTABA AL LIMITE DE SUS DOLORES. Francisca Ocón era una anciana de 63 años que llevaba mucho tiempo en cama padeciendo terribles dolores producidos por una úlcera cancerosa que no le dejaba comer ni dormir. Desesperada, al límite de sus fuerzas, sin remedio y sin medicinas puso fin a su vida ahorcándose en su cocina. Era el 22 de junio de 1935.

LE CAYÓ EN ÁRBOL ENCIMA. Antonio Miguel era vecino de Munilla y había nacido en Zarzosa. Su padre, Vicente Miguel si era vecino de San Vicente. El dia 21 de septiembre de 1940 estaba Antonio en una finca situada debajo de la ermita de la Dolorosa. Estaba cortando árboles cuando, en un descuido, le cayó uno encima. Murió golpeado y aplastado. Después... ya se sabe juez, autopsia y entierro.

MURIÓ EN EL COCHE. Luis Benito estaba muy enfermo y necesitaba operarse, para ello se desplazó hasta Zaragoza. Era el 30 de septiembre de 1940. No tuvo suerte, el Hospital de la Facultad de Medicina en la que tenía que operarse estaba cerrado. Su mal no podía esperar. Decidió volver a casa. Al llegar a Munilla murió en el coche. Lo sacaron cadáver.



Calle de la Iglesia



La II República (1931-1939). Sucesos. Los padres y la clase de religión

Sueldo del cura. Su traslado

En la aldea de San Vicente no tenían radio ni periódicos, pero se enteraban de las noticias por los obreros compañeros de trabajo, por lo que comentaban las gentes de Munilla. Oyeron que en Madrid el gobierno republicano presidido por Don Manuel Azaña había consentido en la capital de España y en otras diez ciudades que los ultra izquierdistas radicales republicanos saquearan e incendiaran más de 77 iglesias, conventos y centros políticos, destruyendo de paso muchas valiosas obras de arte y esto ocurría cuando la II República aún no había cumplido su primer mes de vida (del 10 al 13 de mayo de 1931). Cundió el miedo y los timoratos se apartaron de la iglesia... «no sea que la República les castigara subiéndoles la contribución». Así se explica lo que sucedió.

El día 13 de mayo llegó al pueblo una circular del delegado de instrucción para que la maestra hiciera una reunión de padres y les preguntara si querían clase de religión para sus hijos. La maestra era Doña Isidora Sánchez. Consultó con Don Enrique, el párroco. Citó a los padres y preparó papeletas que decían: «Es mi deseo que se siga dando en la escuela nacional de este pueblo la instrucción religiosa a mi hijo...., San Vicente, 6 de junio de 1931. Firma del padre». El cura y la maestra eran un par de ingenuos y creían que dada la religiosidad de los vecinos (pues sólo hacia un año que habían hecho un gran recibimiento y una calurosa despedida al Sr. Obispo que les visitó) todos los padres firmarían las papeletas. Se hizo la reunión. Acudieron doce de ellos y otros nueve que no asistieron, dijeron que aceptarían lo que aprobaran los asistentes.

En la reunión la maestra expuso el tema y se ofreció a dar la clase de religión... Recibió una desairada y unánime respuesta: «Dedique el tiempo de esa clase a enseñar a los niños a leer, escribir y contar». Ninguno firmó las papeletas. La pobre se quedó abochornada y el cura muy disgustado. Tanto que apuntó en su Crónica los nombres y apellidos de los padres.

El día 7 de julio de 1931 se publicó la ley por la cual se quitaba el Crucifijo de las aulas, se prohibía enseñar en ellas la religión, prohibida la entrada al cura y cerrados los colegios de monjas y frailes dedicados a la

Enseñanza. Desde ese día, el cura no cesó de recibir desaires, desdenes, hosquedad, retraimiento, los hombres no iban a la iglesia, no daban limosnas. Y escribía él... «los vecinos son manejados por sujetos bien determinados».

El 17 de septiembre fue la fiesta de Acción de Gracias. El alcalde, Don Celedonio Pellejero y los vecinos le suprimieron el sermón al cura. Era el único sermón que pagaba el pueblo en todo el año. Vino el peor garrotazo al cura. Se publicó una ley que quitaba el sueldo a los curas y además con carácter retroactivo, desde el 1 de enero de 1931.

El pobre párroco al que daban de sueldo 25 pesetas al mes se quedó sin nada ¿Cómo iban a poder comer él y su hermana? Pues su madre había muerto el 29 de julio de 1929. El Sr. obispo ordenó que para socorrer a los sacerdotes se hicieran colectas en las iglesias para el culto y clero. Así se hizo en San Vicente. Una colecta el 8 de diciembre (la Inmaculada) y otra en Navidad. El resultado fue desastroso. Entre las dos no se llegaron a reunir 2 pesetas.

Y siguieron llegando órdenes anticlericales: prohibido tocar las campanas, prohibido hacer procesiones, se suprimían fiestas religiosas.

Entre las leyes persecutorias y el ambiente de oposición y desprecio, la vida se tornó un calvario que duró año y medio para el cura párroco, porque el 12 de septiembre de 1932 el Sr. Obispo le ordenó dejar la aldea y trasladarse a servir la parroquia de Santa María de Munilla. Y allí se fue con su hermana Eugenia. Atrás quedaba la tumba de su madre, los días de gloria reconstruyendo la iglesia y las ermitas y la casa parroquial, el entarimado, la luz eléctrica, la procesión del Corpus con arcos de flores y fotografías, los suicidios, las desgracias, el socorro a los pobres, los grandes fríos y nevadas con hasta 17 grados bajo cero. Atrás quedaban 17 años de su vida acabada en el cáliz de amargura de la persecución. En Munilla estuvo 3 años y luego en 1935 fue a padecer su mayor calvario. A contemplar en Lardero cómo a pesar de su entrega generosa al servicio de todos...

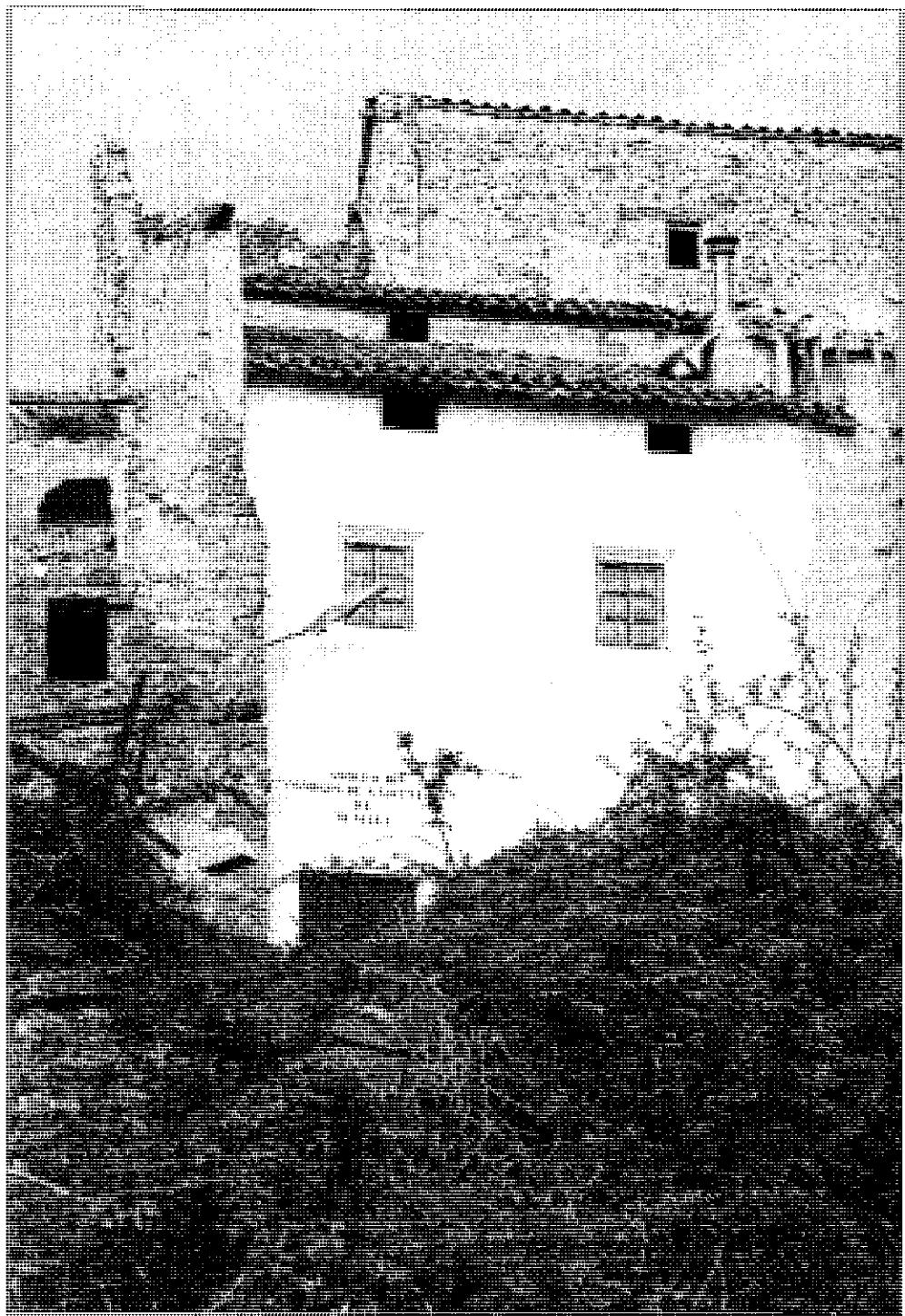
Era el 12 de septiembre de 1932 cuando por lo alto del camino de San Vicente a Munilla bajaban un hombre vestido con sotana, una mujer y un hombre que conducía una caballería cargada con maletas y enseres. Eran el cura Don Enrique Calleja, su hermana Eugenia y un vecino.

Al día siguiente Don Enrique tomó posesión de su cargo como párroco de la iglesia de Santa María de Munilla. Sustituía a Don Segundo Díez que lo había sido durante 31 años. También aquí, como en San Vicente, encontró

el sacerdote gente que le miraba muy mal, a él y al otro presbítero, Don Gregorio Bretón. Se burlaban los socialistas del pueblo y les llamaban embaucadores, cuervos y sacos de carbón. Encontró ayuda, afecto en las catequistas, en sus familias burguesas y en otros fieles. Los hombres de Munilla blasfemaban mucho, se reunían en el pórtico pero no entraban en el templo. Había 40 o 50 niños/as que asistían al catecismo. El párroco tenía que subsistir y hacer obras con lo que le daban las colectas, que no era mucho. Así vivió durante 34 meses, el 29 de julio de 1935 fue trasladado por el obispo al pueblo de Lardero.

Allí el ambiente era de lo más torvo y adverso. Demasiados republicanos anticlericales que le odiaban y muy pocos fieles.

El 14 de marzo del año fatal (1936) una turba de fanáticos republicanos radicales quemaron la parroquia de San Pedro y faltó muy poco para que quemaran la casa parroquial con Don Enrique y su hermana dentro. El 22 de marzo, el alcalde los expulsó del pueblo.



Antigua Escuela

Años difíciles (1933-1950)

Con la marcha del que fue párroco y vecino de San Vicente durante 17 años, Don Enrique Calleja y su hermana Eugenia, quedó cerrada y vacía la casa parroquial situada en la calle Estrecha. En años sucesivos ningún sacerdote habitó aquella casa que tantos trabajos y desvelos costó a Don Enrique y en la que otros muchos párrocos habían vivido anteriormente en siglos pasados. Los sucesivos clérigos que sirvieron al pueblo lo hicieron viviendo en Munilla y haciendo viajes de ida y vuelta, si no a diario sí con mucha frecuencia y sobre todo los domingos y festivos. El «clima» espiritual y ambiente religioso de los vecinos en los 1931 al 1936 fueron difíciles, de temor y retraimiento. Algunas personas «bien determinadas» agitaban los ánimos moviéndolos hacia el enfrentamiento contra la Iglesia y contra las costumbres y devociones populares tradicionales, las cuáles fueron reprimidas.

El sucesor de don Enrique al frente de la parroquia fue Don Eladio Fernández Fernández que sólo estuvo dos años, hasta el 31 de diciembre de 1934. Le sucedió Don Sergio Olalquiaga, asistiendo al pueblo hasta el día 12 de febrero de 1940. Tras él fue nombrado por el Sr. Obispo Don Germán Elías Elías.

Durante el gobierno de la República la actividad religiosa fue reprimida. No se podían tocar las campanas, ni hacer procesiones, pero hubo vecinos que pidieron al Gobernador permiso para hacer el traslado de la Virgen Dolorosa y la del Viernes Santo. La Virgen de Arriba se trasladaba en privado.

Al empezar la guerra civil (18 de julio de 1936) la inquietud y el miedo crecieron. San Vicente como toda la Rioja quedó bajo el dominio de los militares sublevados. En Munilla, un grupo socialista cortó la luz y el telégrafo, hecho que les costó la vida a cinco munillenses y a siete de Peroblasco. De San Vicente se llevaron al maestro José Torres, al que se supone fusilado. Por este pueblo pasó una banda de hombres huidos, que se desplazaban hacia el sur yendo por los montes, a estos les socorrió María Gil, tabernera y madre de Carmelo Mazo, dándoles vino y hogazas de pan.

El libro «Crónica parroquial» no señala nada que sucediera en los años 1936 al 1939. ¿Sería orden del Sr. Obispo? Acabada la guerra más de media España tenía sus campos, fábricas y economía destruidas. Pronto se impuso repartir entre todos los pueblos las cosechas que se producían. Los labradores tenían que entregar su trigo para hacer pan y darlo en las cartillas de racionamiento. Los de San Vicente tenían trigo pero no les dejaban molerlo. Sólo se molía cebada.



Plaza del pueblo y fuente

El albañil Julio Mazo les decía a los que le buscaban: -tenéis que pagarme con harina. Hacer pan de cebada fue un fracaso, era duro, negro

y de mal sabor. El café, que no había, se sustituía por el agua de cebada tostada y hervida. Se pasaba hambre. Por el mundo se desarrollaba la Segunda Guerra Mundial y también Europa quedó destruida y hambrienta (de 1945 a 1950).

A pesar de todo la gente resistía y se divertía pues el párroco escribía «sólo piensan en bailes y merendolas», y seguía «ha resucitado el espíritu religioso del pueblo. Sólo el 4% de los vecinos se queda sin cumplir el precepto de confesar y comulgar por Pascua». En Semana Santa hubo una gran procesión por todo el pueblo. El día de la Virgen de Arriba hicieron un gran rosario de la aurora con los cantos tradicionales. Después de muchos años de abandono celebraron la misa del gallo y de los pastores, a pesar de que la climatología les castigaba muy duramente. Aquella noche de 1940 la temperatura bajó a 16 grados bajo cero. El 2 de enero un espeso manto de nieve cubría el pueblo y los montes. Parece que el tiempo se ensañaba con ellos.

El 15 de febrero de 1941 vino un terrible huracán que destruyó los tejados de San Vicente y de otras 80 iglesias de La Rioja. Los destrozos fueron enormes, tanto como los trabajos y gastos para repararlos. El mes de marzo les trajo un tiempo criminal de lluvias y frío, pero aquellas gentes eran de un temple heroico. Al traslado y novena de la Virgen Dolorosa acudió todo el pueblo a pesar de que por el adelanto de la hora salían de la iglesia a las diez de la noche.

En el año 1950 aún se mantenía el pueblo con bastantes habitantes, se podían contar 22 mozos, 26 mozas, 63 matrimonios, más de 20 niños en edad escolar de 6 a 14 años, aunque ninguno terminaba completa su enseñanza, pues a los 10 años ya los mandaban ir de pastores. Esta época de los 50 en adelante la describe (cuando ya se acabó el racionamiento y el cerco económico impuesto a España por otras naciones incitadas por Rusia) con toda gracia y donosura del habla popular, en las memorias de su vida, el pastor de San Vicente Carmelo Mazo Gil. Las fiestas, las costumbres, las aventuras de los mozos...

En el año 1933, el gobierno de la república quiso hacer una carretera desde Munilla hasta Robres y la empezó por los extremos, pero como estalló la guerra civil, cesaron los trabajos. Veinte años después se abrieron las obras por la parte de Robres. A ellas iban a trabajar unos cuantos jóvenes de San Vicente y de otros pueblos. Los de San Vicente salían de sus casas de noche, subían el monte Periguillo, andaban todo el barranco del Sepulcro, trabajaban hasta el anochecer, ganaban 18 pesetas al día (billet de 100 a la semana), mal comidos y muy cansados, volvían

a sus casas por el mismo camino, llegando a ellas de noche. La carretera perdió interés cuando se fueron las fábricas de Munilla. Suspendieron los trabajos y se olvidó el proyecto de carretera. Si se hubiera realizado, habría supuesto un gran adelanto, pues la distancia entre Munilla y Logroño se habría acortado en 22 Km., pudiéndose hacer el viaje con solo 48 Km. y no con los 70 que hay ahora.

Vida y aventuras de un pastor

«Soy Carmelo Mazo Gil, hijo de Julio y de María. Nací en San Vicente de Munilla el 16 de julio de 1929, en el primer piso de la casa numero 34 de la Plaza. En la casa de la derecha vivían los Felisarcas y en la de la izquierda, los Berris.

El día de mi nacimiento hubo una tormenta de pedrisco tremenda, cayeron piedras como huevos de perdiz, la tormenta destruyó las cosechas de trigo y de cebada. La pobre gente se quedó sin nada. Cuando fui algo mayor algunas mujeres del pueblo me decían: - ¡Puñetero, qué pedrisco nos trajiste el día en que naciste!. No se les olvidaba mi cumpleaños.

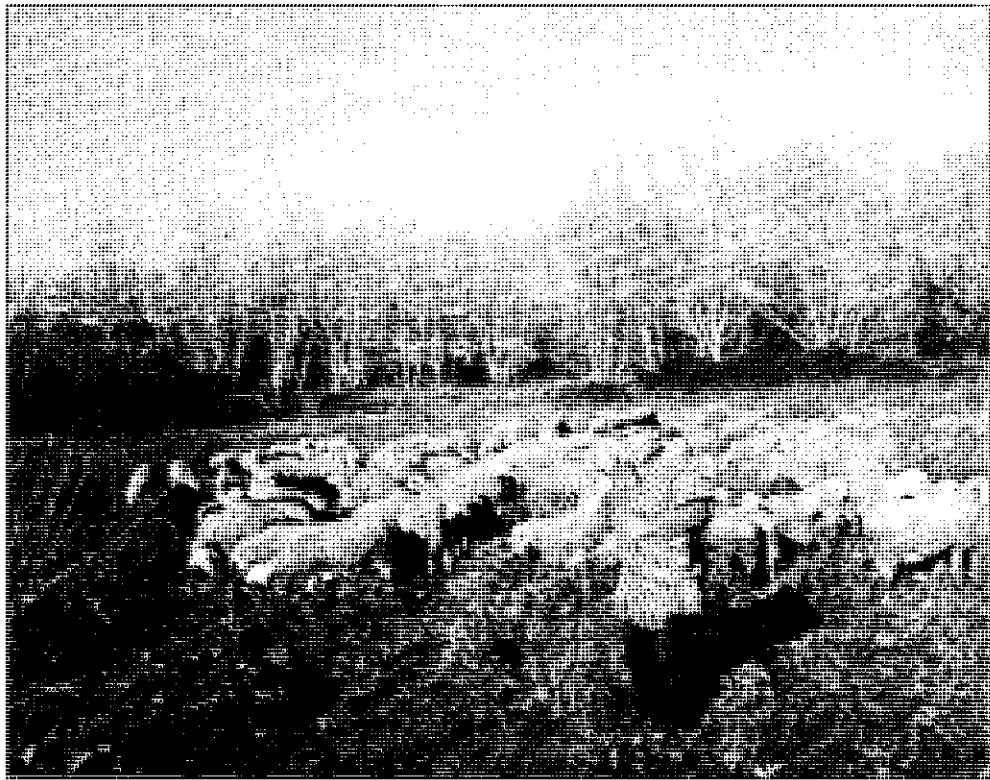
Cuando tuve 6 o 7 años mis padres me enseñaron a hacer pequeños trabajos, por ejemplo llevar la burra cargada de gavillas desde la pieza a la era. A los 10 años mi padre me enseñó a labrar la tierra. Yo era muy pequeño de estatura, pero muy valiente. Un día me atreví a ir al campo a labrar yo solo. Lo que más me costó fue ponerle el yugo a los animales de la yunta, pero lo hice y labré...

Desde los 6 años iba a la escuela, tenía que ir hasta los 14, pero cuando tenía sólo 11 añitos me sacaron mis padres para que fuera pastor de nuestras ovejas. La escuela tenía dos pisos; el de abajo era para baile y el de arriba para escuela. Sólo aprendí a leer y a escribir poco y mal. A otros niños los mandaban de pastores con 9 años.

Fui de pastor, pero en el morral, junto a la comida, tenía que llevar el libro y estudiar los párrafos que mi padre me señalaba. Por la noche en casa me preguntaba lo que había señalado y ¡pobre de mí! Si no lo sabía; me tenía que quedar toda la noche estudiando a la luz del candil o de las llamas del fuego de la chimenea.

Algunos inviernos hubo un sacerdote que nos daba dos horas de clase, me gustaba y con él aprendí más. Como pastor me pasaba todo el día en el campo cuidando a las ovejas, lo malo es que al final las tenía que dejar cerradas en un corral (Fuentelamienta) distante del pueblo, a una hora de camino. Y por las mañanas otra hora para sacarlas al campo.

En este oficio me ocurrieron más cosas malas que buenas. Era el domingo del Rosario, 7 de octubre, cuando fui al corral y encontré con que la puerta estaba abierta y el corral vacío, las ovejas habían desaparecido. Me puse como loco a buscarlas por los montes de los alrededores, pero nada, ni rastro. Fui a casa llorando y expliqué a mi padre lo que pasaba. Mi padre bajó a Munilla a denunciar el robo a la Guardia Civil. Se corrió la voz por el pueblo y aunque era domingo de mercado hubo hombres que se prestaron a ayudarnos a buscar las ovejas.



Se enteraron unos señores de San Martín de Jubera que habían venido al mercado y dijeron que ellos habían visto ovejas por su camino, allí en el barranco del Sepulcro, en un sitio llamado Cruz de Zarracas. Era el camino de Robres a Munilla. Fuimos y allí estaban.

Nos parecía imposible que aquellos animales estuvieran tan lejos, habiendo cruzado tantos montes difíciles. Siguiendo su rastro encontramos 25 ovejas muertas por los zorros. Nos pareció que ellos habían abierto el corral y ellas despavoridas, muertas de miedo habían llegado huyendo acosadas hasta allí.

Otro día tuve un disgusto tremendo. Me distraje charlando con otros pastores y se me escaparon las ovejas. Me puse a buscarlas todo angustiado, pero se me hizo de noche y no las encontré. Lleno de miedo me eché a llorar. Valeriano me dijo: - no llores vamos a casa. Llegamos, habló él y apaciguó a mi padre que iba a pegarme con un palo. No quiso esperar al otro día. Cogimos faroles y fuimos a buscarlas. Cansados de mucho andar volvimos a casa.

En cuanto se hizo de día se fue mi padre y a las diez ya estaba de vuelta. Las había encontrado cerca de Peroblasco. Todo tenía su explicación. Las ovejas parecen tontas, pero no lo son. Resulta que el invierno anterior las habíamos tenido cuatro meses en Peroblasco en el corral de mi tía Alejandra, allí tuvieron buen clima y buenos pastos y ellas se acordaban de los bien que lo habían pasado, así que en cuanto pudieron escaparse estando yo distraído lo hicieron y huyeron a su paraíso.

Ahora contaré una cosa bonita que conocí. Un hermosísimo hecho de fraternidad humana que nunca olvidaré.

La Mujer perdida en el monte

Una noche, después de cerrar las ovejas en el corral, me disponía a recorrer el camino de una hora hasta mi casa, cuando oí unas voces a lo lejos, de una mujer apurada, como pidiendo auxilio y decía: -¡Auxilio que estoy perdida!. Era la noche muy oscura pero yo me iba acercando hacia donde salían las voces y cuando ya estaba cerca le grité: -¡Tranquila, que ya voy a ayudarle!. Le pregunté qué le había pasado y contestó que venía de Santa e iba a Zarzosa. ¡Estoy perdida, por favor ayúdeme! -pues precisamente está usted en medio de los dos pueblos y lejos, no se preocupe, venga conmigo a mi casa y mañana le enseñaré el camino. Esta noche le daré cobijo en mi casa y puede estar tranquila. Conque nos dimos la mano y salimos al camino, porque ella estaba metida entre espinos y aulagas.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa llamé a mi madre para que bajara. Ella bajó asustada, pensando que pasaba algo malo. -tranquila, que no pasa nada, aquí le traigo una novia. Ella siguió la broma. ¡Ah!, Pues me alegro. Pues vamos para arriba. Cuando yo le expliqué a mi madre lo que nos había sucedido ella, como era tan buena se emocionó mucho y las dos mujeres se abrazaron como si fueran madre e hija y no se soltaban. La desconocida decía: -¡que hubiera sido de mí esta noche! ¡Me hubieran comido los lobos! Y no sabía cómo darnos las gracias por su salvación.

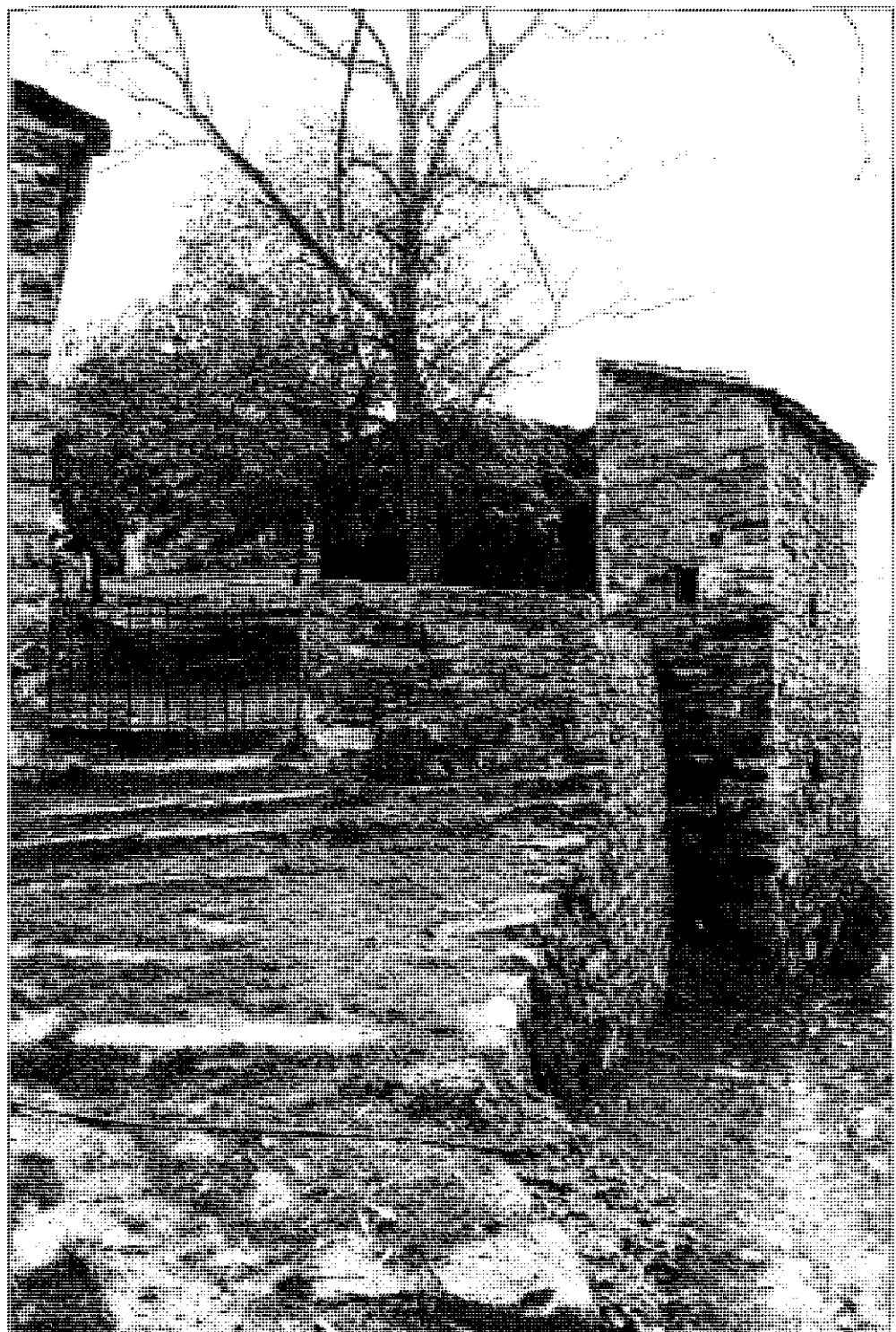
Resultó que aquella señorita era la maestra que enseñaba en los dos pueblos: La Santa y a Zarzosa, pero aquella tarde se extravió por el camino

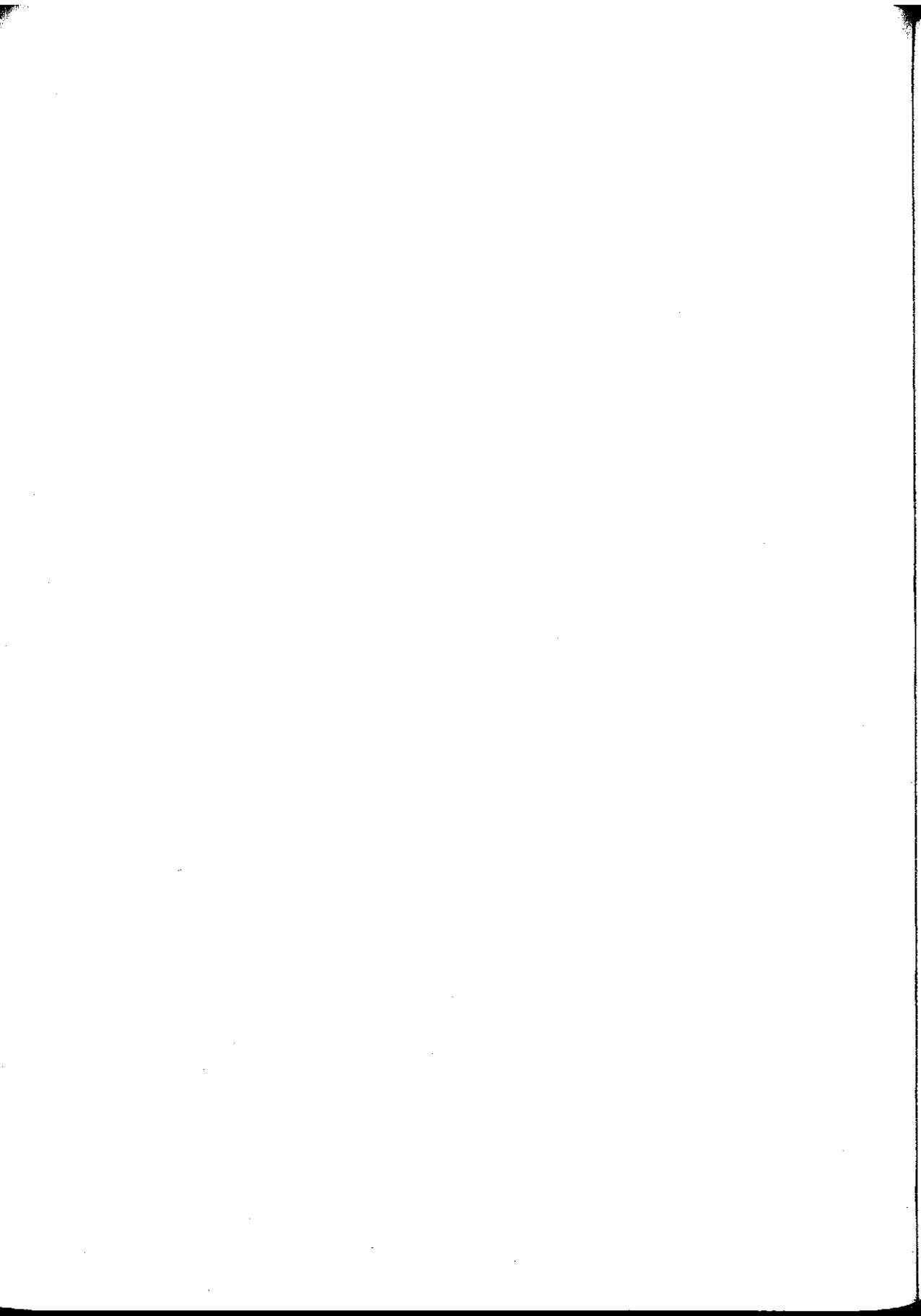
y buscándolo se le hizo de noche. Mi madre tan buena y hospitalaria, enseguida preparó la cena y la cama, pero como era invierno y la cama llevaba tiempo sin usar estaba fría. Así que la calentó metiéndole dentro una botella de agua caliente. Era todo un hermoso detalle. La maestra no sabía cómo agradecer tanta amabilidad. Se estuvieron mucho rato en la habitación charlando. Al otro día, temprano, desayunó y hubo otra despedida emocionante. Le enseñamos el camino. Nos decía: -Nunca olvidaré esta tragedia y el cariño que han tenido conmigo. Se fue para Zarzosa. Ella era de Zamora, nos dejó su dirección por si alguna vez íbamos por aquella ciudad.

Esta es mi ilusión recordar las cosas de mi pueblo y lo que yo he vivido en mi juventud y he tocado y he palpado. Me entrego y al mismo tiempo gozo, es mi ilusión escribir, aunque reconozco que no sé, pero el que hace lo que sabe no está obligado a más. Que puedo esperar, si a los 11 años abandoné la escuela y me enviaron de pastor, pero estoy contento de mi vida, con mi mujer, mis hijos y nietos.

En este pueblo los motores eran potentes, funcionaban bien, porque en vez de ser Eléctricos eran el motor de las alubias y si llevaban tocino y chorizo mejor aún, este era el que mejor marchaba. Para gasolina normal el botijo, para la súper la bota de vino tinto.

El vino bajábamos a comprarlo a Herce, que teníamos buen camino, era carretera, pero con las caballerías nos costaba 3 horas bajar y otras 3 para subir. También se pasaba bien cuando llegábamos, los primero a probar en todas las bodegas y luego a comprarlo. A lo mejor íbamos al peor. En que se ajustaba el vino nos sentábamos en la puerta a merendar y como el vino que bebíamos era gratis, casi nos poníamos piripis sin salir de allí. Este era el mejor motor de cada uno y tan contentos y felices».





Las mujeres

Cuando tenía 2 o 3 añitos mi madre María cayó enferma con una úlcera de estómago. Estuvo muy malita creían que se moría, por eso mi tía «La Mansa» (apodo) me llevó a su casa para criarme. Tenía esta mujer el apodo adecuado, era muy tranquila y muy buena persona con todo el mundo y siempre estaba dando buenos consejos. Era viuda y tenía dos hijos: Esteban y Eugenia. Para mí siempre han sido, ella mi segunda madre y ellos mis hermanos. Todos me querían mucho y yo a ellos. Eugenia era una santa, una bella persona y una mártir. No se comía una pasta sin dar un trozo al que tenía al lado. Se casó con Ángel, un hombre muy bueno, tuvieron seis hijos y pasaron apreturas, pero al final se colocaron bien.

Mi madre tenía la costumbre de llevar la comida a la pieza donde estábamos labrando para que comiéramos caliente. Siempre llevaba la comida dentro de una cesta, se colocaba ésta sobre la cabeza y sin agarrarla, aunque hubiera cuestas con piedras, nunca se le caía. En los días de la trilla preparaba unas meriendas de conejo con caracoles que nos chupábamos los dedos.

Mi madre quería mucho al mulo que tanto nos ayudaba en los duros trabajos y el mulo la olía de lejos y sin verla le relinchaba. El día que se lo vendimos a un hombre de Valtrujal ella se disgustó mucho y cogió una llorera. Un día mi madre vio al mulo en el mercado de Munilla y lo llamó - ¡Castaño!, El macho reconoció su voz y se fue tras ella como un perrillo. Tuvo otro disgusto y otra llorera.

Marina era la mujer del cabrero Valeriano. Podía ser el modelo y el ejemplo de lo que eran las mujeres de San Vicente, sufridas, duras y valientes, tanto como los hombres. Marina se agarraba a todos los trabajos que podía por duros que fueran. En invierno iba a hacer las coladas en el lavadero; marchaba al barranco del Valle, a 1 Km con el balde en la cabeza a lavar los intestinos de los cerdos sacrificados y tenía que romper con una piedra el hielo del agua y lavar sin guantes. Todo para ganarse dos pesetas. Algunos le daban además una morcilla o un chumarrillo.

Marcelina (La Parranga) era otra mujer extra, aunque era de Munilla y madre de mi esposa Soledad, era mujer buena, trabajadora y muy

valiente. Ella subía con su saco la penosa Cuesta de las Cabras todos los días a coger bellotas para engordar a sus cerdos. La veda se abría el día de Todos Los Santos, pero para entonces ella ya tenía la cosecha de bellotas en casa. Las había cogido antes que los demás porque aquel monte era de accionistas y ella tenía una acción. Se subía a los matorros hasta la picota, apaleaba las carrascas, recogía del suelo las bellotas hasta llenar su saco y después, con él a la cabeza bajar la tremenda cuesta, cruzar el río y subir a su casa del Patio. Día a día y saco tras saco llenaba el alorín, que era el hueco de la escalera cerrado y sólo abierto por arriba y por abajo, lo llenaba de bellotas y con ellas y berzas cocidas junto con patatas criaba unos cerdos hermosos, gordos y lustrosos, los mejores.

El día que nos casamos hicimos el banquete en Munilla, en una casa que fue de Rosario la Riaza, junto a la casa de la novia Soledad. No nos enteramos que en casa de Soledad se prendió fuego la chimenea, pues Marcelina, sin decir nada a nadie se subió al tejado y con unos sacos mojados apagó el fuego.

Eusebia, mi abuela paterna, la más pobre, buena y trabajadora del pueblo, lo era tanto que no podía estar sin hacer nada. Era viuda y anciana y un día sin decir nada se marchó al monte para traer una carga de leña, era una distancia y un esfuerzo superior a sus fuerzas. Allí le sorprendió una escarcha helada cuando estaba arrancando estrepas. Su nieto Carmelo que la había visto ir llevó a la gente del pueblo que la buscó de noche con faroles. Le había dado un ataque y no podía hablar. Murió al día siguiente. Sólo tenía en casa al morir 14 pesetas, pero le hicieron un entierro de mujer rica, con solemne funeral cantado, con paradas hasta el cementerio rezándole responsos.

Otras mujeres

Pero ¡Ay! No todas las mujeres eran así; porque otras... Cuando yo empecé de pastor tenía 11 años (1940) Por los montes había muchas chicas pastoras que cuando se juntaban hacían diabluras, algunas eróticas, se las hacían a los pastores que ellas consideraban muy jóvenes, muy tímidos o tontos y esto era cuando los veían solos. Era el juego de «los perrillos».

Cuando se juntaban tres o cuatro pastoras eran terribles. Entre tres de ellas sujetaban al pastor, las otras le sacaban el pene y le daban tantos tirones «como perros habría en San Vicente». Cuando se cansaban lo dejaban atándole con una cuerda el pene a un espino. Todo con grandes risotadas y alboroto. Esto se lo hicieron a mi amigo Cabias que me lo contó. Yo ya estaba avisado. Un día que vi venir por el monte un

grupo de ellas me figuré que venían a por mí, me entró un miedo grande y salí disparado, corriendo como un galgo. No pudieron alcanzarme y se quedaron con las ganas.

Al poco tiempo desaparecieron todas las pastoras porque se fueron a trabajar de obreras a la fábrica de los Aguirres. Sólo quedó una, Marcela, que era mayor que yo, mi vecina, me ayudaba y me enseñaba los sitios del monte.



Romería a Santa Ana contada por un pastor (1957)

Subíamos en procesión gentes de los tres pueblos: Munilla, Peroblasco y San Vicente. Cada pueblo subía una cruz pequeña, una campanilla y tres pendones. Los de Munilla subían además una imagen de San Isidro Labrador. Por el camino cogían espigas de trigo con sus tallos hacían ramos y se las ponían al Santo. Los hombres de San Vicente adornábamos nuestros pendones con unos ramos de rosas preciosos. Nos juntábamos en el término de Estapuelas que es donde se juntan los barrancos Mortajeras y Aldamejo.

El pueblo que llegaba primero esperaba a los otros. Era ya una sola procesión ordenada y alegre. Con las autoridades iban vestidos de gala los de la Guardia Civil. El camino era largo y tan empinado que a veces teníamos que ir en fila india de lo estrecho que era. Dos horas de subida.

Cuando llegábamos a la Ermita, lo primero era descansar y almorzar. Tocaban el campanil y todos a misa que era cantada y muy emotiva. Más de la mitad de la gente se quedaba fuera del templo, primero porque era pequeño y además porque allí habían venido gentes de varios pueblos además de los nuestros. Después de la misa se hacía la subasta de ofrendas y luego todo era juerga y baile. Inventaron la costumbre de tirarnos vino con las botas y como todos vestíamos de blanco tanto chicos como las chicas nos poníamos perdidos. Se marcaba una raya en el prado y el que quería juerga la pasaba. Las personas mayores quedaban fuera mirando y se las respetaba. Era gracioso, estabas bailando y teníamos la bota entre el pecho y la camisa, con el pitorro abierto. Bailabas con una moza, apretabas la bota y a la chica la ponías perdida de vino.

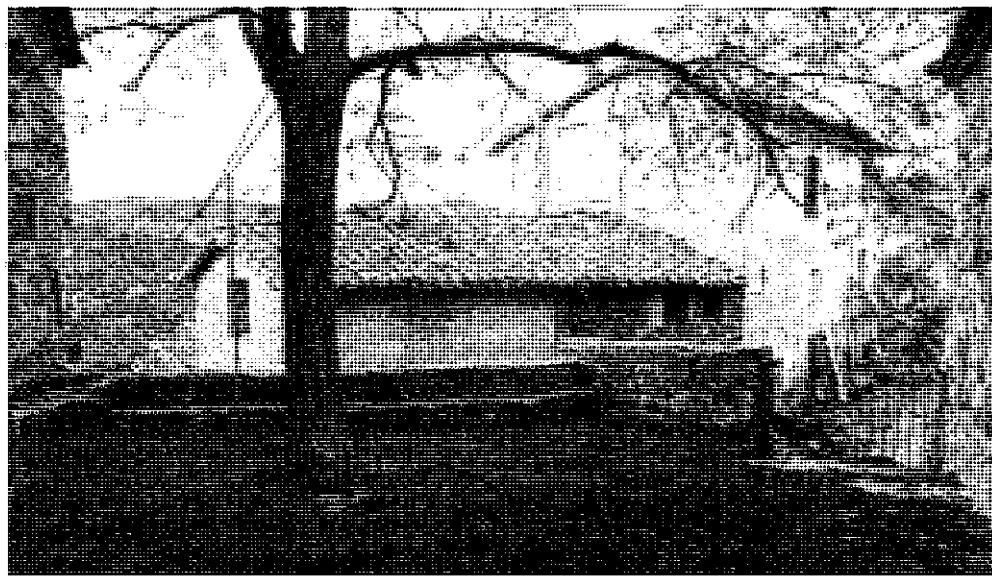
Otros no bailaban hacían como que se caían al suelo, y desde abajo les tiraban vino a las chicas que les subía el chorillo hasta las bragas. Cuando íbamos a comer se hacían coros grandes, bien serían familia o por amigos o por ser conocidos. Se juntaban las meriendas que todos habían subido y todo revuelto sabía mejor. A la lechuga en vez de sal le ponían azúcar. Durante dos horas todo eran bromas y alegría. Al acabar de comer, cada mozo tomaba a su novia y la montaba en su macho para ir a La Santa a tomar café. El mozo que no tenía novia elegía a una chica aunque fuera de

otro pueblo y se ofrecía a ella para llevarla como los otros. Si ella aceptaba la montaba delante y él lo hacía detrás. Esto era por si el macho se espantaba el mozo lo podía sujetar para que no se cayera.

Los mozos se ponían sombreros o se engalanaban pecho y hombros con grandes pañuelos de colores. A las caballerías se les ponían unos aparejos llamados «lomillos» que daban comodidad a los que las montaban. También engalanábamos a estos animales con ramos de flores en las cabezadas y hasta el rabo. Como mi novia Soledad no quiso subir a Santa Ana como me había prometido, yo quería divertirme y me ofrecí a una chica de Santa Engracia que aceptó. Era muy cariñosa y estaba bastante llenita. Estuvimos toda la tarde juntos. Lo pasamos muy bien y muy divertidos.

Al atardecer bajamos a San Vicente. Los solteros hacíamos baile y los casados preparaban la merienda en la placita junto a la iglesia, sacaban los bancos del templo. Nos reuníamos todos allí y las mujeres traían de las casas cosas de comer pero no guisadas, pan, tomates, cebollas, queso, aceitunas, chorizo, guindillas y todo bien regado de vino de las botas. El vino nos lo daba el Ayuntamiento. Y todo era picar de aquí y de allí y la bota que no pare.

Comíamos con una armonía y unión que valía más que todas las comidas. Uno contaba un cuento, otro un chiste, otro una aventura suya o una anécdota de su familia. Así lo pasábamos formidablemente y crecía nuestra amistad y unión.



Diversiones de los mozos

Este pueblo era pequeño, pero vivíamos alegres, con paz y buena armonía. Éramos 22 mozos y 26 mozas. Para hacer baile tuvimos primero una gramola, luego Adolfo aprendió solfeo y se hizo un buen músico tocando el clarinete. Se animaron varios mozos y él les enseñaba por las noches en su cocina. Siempre estaban allí tres o cuatro aprendiendo porque Adolfo tenía mucha paciencia para enseñarles. A todos los sacó bien preparados y formaron una orquestina. Eran dos clarinetes, un saxofón, una trompeta, el jazz y el acordeón. Tocaban en las fiestas de los pueblos y ganaban dinero. José Gil tocaba muy bien el acordeón y me enseñó a mí. Mi padre me compró un acordeón pequeño. Yo no sabía solfa pero tocaba de oído pasodobles para que bailaran las mozas.

Un día, el 13 de enero algunos mozos nos reunimos a cenar. Luego jugábamos a las cartas y cuando ya nos íbamos a la cama dijo uno - ¿A qué no tenéis dos pelotas y ahora mismo nos vamos a la fiesta de Ribamaguillo?. Aceptamos el desafío y sin cambiarnos de ropa cogimos los instrumentos y tiramos monte arriba. Era noche oscura, sin luz, por malos caminos, tropezando y cayéndonos muchas veces, parecíamos una cuadrilla de gitanos o de comediantes, en vez de dos horas tardamos cuatro en llegar, pero a las nueve ya estábamos allí tocando diana. La gente quedó sorprendida y muy contenta. Bajó el tío Goyo y nos subió a su casa a desayunar una gran perola de café con leche y después comer queso fresco de cabra. De todas las casas nos llamaban con anís y pastas. Para comer nos llevaron dos mozos a cada casa. Los pasamos formidable y la gente también.

En San Vicente era costumbre qué los mozos fueran por las casas donde habían hecho matanza a pedirles morcillas o algo; así que cuando ya teníamos 8 o 10 casas con matanza hecha, el sábado anterior íbamos de ronda por la noche con las guitarras y el acordeón, y delante de cada casa cantábamos «A ti te digo María/ que no te hagas de rogar/ que nos bajes la morcilla/ para irnos a cenar». Otras veces era: «Que ya la veo venir/ alégrate compañero/ en una mano el chumarró/ y en la otra el candil». Muchas mujeres nos esperaban con la morcilla preparada. Otras, nos hacían esperar tocando ante su casa como diciendo: - ¡Qué se lo ganen! Procurábamos que no se quedase ninguna casa sin ir a pedirle la morcilla. Después de la ronda nos reuníamos alternando en la casa de cada mozo, y en las cocinas hacíamos una gran lumbrada para asar todo lo recogido. Lo

comíamos a gusto, con abundante vino y pan. Despues echábamos la partida al julepe o al mus, jugando toda la noche, total para perder o ganar dos o tres pesetas.

Un día la hicimos buena. Habíamos visto el gato rojizo, gordo y lustroso que tenía Guillermo. Se lo robamos entre cuatro mozos, lo matamos, le quitamos la cabeza y el rabo y untándolo bien de ajos lo tuvimos tres noches al sereno. Los demás mozos no sabían nada y Andrés que era uno de los cuatro y un cocinero estupendo les dijo a los demás: - El otro día en el monte mi perro cazó una liebre hermosa. Os convido a cenar. Le puso perejil y lo metió en el horno - Vais a cenar cosa buena y lo bien que me ha salido. Ya lo tenía todo en trocitos pequeños. Tanto alabarlo y con tan buena presentación los que nos sabían nada lo comían a gusto. Los del robo nos animamos y comimos también. Estaba rico. Ya estábamos acabando cuando uno de los cuatro empezó a decir por lo bajo y lentamente: - Miau, miau, miau... Todos se sobresaltaron pero nadie dijo nada, ni dejaron de comer y beber. Aquel día les dimos gato por liebre, pero estaba tan rico...

La Fiesta de Antoñanzas

Al este de San Vicente y muy cerca de él, está la Sierra de la Hez, sobre un pequeño cerro, en el fondo de un profundo barranco llamado el Vadillo, está la aldea de Antoñanzas. Son cuatro casas y unos cuantos corrales, más parece una majada de pastores que una aldea. Allí vivían dos vecinos que no se hablaban: Anastasio tenía mujer, un hijo y una hija. Saturnino tenía mujer, siete hijas y un criado. A los mozos de San Vicente nos gustaba ir a la fiesta de Antoñanzas que era el 13 de diciembre, Santa Lucía patrona de los ciegos y enfermos de la vista. También iban mozos de otros pueblos: Arnedillo, Peroblasco, Valtrujal y devotos de Munilla.

Hacía la misa el cura de Peroblasco. En las dos casas nos recibían a todos y nos daban comida, pero nosotros nos íbamos más a casa de Saturnino por estar con sus siete hijas. Mataban cuatro reses, ovejas o corderos y ponían unas mesas largas que aquello parecía una boda, todo bueno y abundante de postre unas grandes fuentes de arroz con leche fresquita y dulce. Por la noche nos quedábamos al baile que hacían en un corral grande. Allí habían puesto en el suelo paja limpia, nos alumbrábamos con candiles de carburo y para sentarnos volvíamos boca abajo los canales donde comían su pienso las ovejas. Bailábamos toda la noche hasta las dos de la mañana. Despues nos íbamos todos a las aldeas por malos caminos, llenos de piedras y estrepas. Llegábamos a casa a las cinco, cono sólo dos horas para dormir. Los pastores de San Vicente íbamos mucho por Antoñanzas porque nos sabemos qué poder tenían las hierbas de aquella Sierra que las ovejas cuando las habían comido dos días luego se nos iban hacia allí y nosotros íbamos por ver y charlar con las mozas.

La ganadería

La mayoría de los vecinos solía tener una caballería, un macho (mulo), 40 ovejas, 4 cabras, 2 o más gallinas, 1 o 2 cerdos y algunos conejos. Lo justo para comer y trabajar. Las familias que tenían pocas ovejas las juntaban con las de otras familias y de cada diez ovejas que ponía una casa, el padre o algún hijo /a iba un día de pastor.

La familia que tenía bastantes ovejas mandaba con ellas de pastor a un hijo o hija. No importa que fueran demasiado pequeños para guardar su rebaño. Algunos niños fueron pastores teniendo solamente nueve años. El caso era no pagar un sueldo. Había muchos rebaños, pero todos con pequeño número de reses. Solían ser rebaños de entre 80 y 100 cabezas. Las ovejas dormían en corrales alejados del pueblo, a veces a una hora de camino y otra de vuelta. Faltaban corrales. Lo peor eran los inviernos. Nevaba mucho y teníamos que ir a los corrales a dar agua a las ovejas. íbamos por los caminos de las montañas abriéndonos paso con palas y cuando volvíamos... seguía nevando y otra vez a trabajar con las palas durante horas para poder volver a casa.

En los años 1940 se calcula que había 16 o 18 rebaños de ovejas; algunos rebaños de 120. se puede decir que nuestro pueblo tenía entre 1000 y 1200 ovinos. De cabras sólo había un rebaño de más de 150 animales formado por las cabras que reunían entre todos los vecinos. En la temporada que no tenían cabrero iban por turno, cada día uno a llevarlas al campo. Hasta que vino de San Pedro Manrique un cabrero llamado Valeriano, era recién casado con su mujer Marina. Él fue un pastor muy bueno y muy estimado por todos. Ella era extraordinariamente fuerte y valiente.

El ganado de cerda, unos 70 o 80 animales era muy importante en la economía de las familias porque con los productos de chacinería obtenidos en las matanzas y bien conservados eran una buena ayuda en las comidas familiares. Las muchas gallinas que había en el pueblo lo surtían de huevos y carne. También se criaban centenares de conejos.

En los corrales de las casas vivían todos revueltos, menos el cerdo que se criaba aparte. A San Vicente subían los carniceros de Munilla, Marcelino

Calvo, Casimiro de Torre y otros a comprar corderos y cabritos. Está claro que el pueblo se mantenía un poco de la agricultura, más de la ganadería y mucho más de los jornales que hombres y mujeres ganaban trabajando en Munilla como obreros /as de las fábricas y de la construcción, pues eran muy buenos albañiles. Nadie les ganaba levantando muros y paredes fuertes y bien hechas utilizando piedras encajadas.

A partir de 1930 trabajaron mucho instalando por las casas cocinas económicas de las que Julio Mazo, padre de Carmelo, era el gran especialista. Otro albañil muy buscado en Munilla era Timoteo Ocón.

Un subproducto de la ganadería de San Vicente era el estiércol. En las cuadras y corrales se les ponía a los animales por el suelo abundante paja como cama, ésta se corrompía con los orines y excrementos y formaba el fiemo o estiércol que se retiraba llevándolo a las piezas donde se ponía en montones distribuidos, para, luego en su día, esparcirlo por todo el bancal y enseguida revolverlo con la tierra en la que se iba a sembrar. Esto era estercolar, operación muy importante sin la cual no habría buena cosecha.

Este abono natural era la vida de la agricultura y procedía de la ganadería hasta el punto de que muchas veces dejaban a los rebaños en las piezas por las noches de buen tiempo para que estercolasen la tierra, ovejas y cabras con sus montones de «cagurrias» eran el mejor abono y el secreto de la buena producción que podían dar unas tierras que en realidad eran pobres y de poco fondo.

Edades de las ovejas.

Cordero o cordera:	Cuando nace.
Borrega:	Cuando tiene un año.
Primala:	Si tiene dos años.
Andosca:	Si tiene tres años.
Seisdientes:	Si tiene cuatro años.
Cerrada:	Si tiene cinco o más años
Mayorenca:	Oveja vieja.

Nombres del término de San Vicente

Agua blanca	Fuente celemín	Las misanchas
Aldamejo	Fuente el peñón	Los cabezos
Aldea Merujil	Fuente el roble	Los marines
Aldea Solana	Fuente la mienta	Los morales
Barba ciervo	Fuente la peña	Mortajeras
Barranco los huertos	Fuente la teja	Motico ciego
Cipreste	Fuente la zarza	Oito sin nombre
Collado Merino	Fuente Marín	Oya caballo
Corrales blancos	Fuente piquillo	Oya la vieja
El badijuelo	Juncal grande	Peña larga
El barranco Aidillo	La boquera	Peña maiserrano
El cogote tilimingue	La condesa	Remilanlos
El collado	La entrada de rodemos	Revilla al hombro
El frontal	La fuente bajo	Revilla la casilla
El hoyo	La hombría del prao	Ricazo largo
El hoyo la mesa	La llajalorente	Sabaquillo
El huerto tirintaina	La majadilla	Santa Ana
El ombrigüelo	La peña la boquera	Solantajero
El picazo	La rade	Vallejo laba
El pilanco	La Roza	Viarduña
El Posairo	La sierra de Santa Ana	Zapata
El silo	Las estapuelas	
Ezquerra	Las mangas	



Las fiestas del pueblo

En San Vicente teníamos tres fiestas locales al año: la del patrono, la de la Virgen de Arriba y la de Acción de Gracias en septiembre. El 22 de enero celebrábamos a San Vicente mártir, que eran el día grande y el chiquito. Cuando más nos divertíamos era el día de la víspera. Se hacía la hoguera en la calle de la iglesia, hoguera que le ganaba a la de San Pedro Manrique.

El día anterior salíamos los chicos a pedir leña por las casas. En cada casa la tenían preparada hacia tiempo, leña recia y troncos que eran malos para hacer rajas. Se apilaba la leña con mucha maña, dejando un hueco por debajo para encenderla. Después de cenar tocaban las campanas a fuego y todos corríamos a encender la hoguera. Las llamas se alzaban al cielo y todo eran gritos y alegría. Cuando ya se hacía todo brasas, las extendíamos con rastrillos a lo largo como 6 u 8 pasos ¡A ver quien se atrevía a pasar andando por encima, descalzos, llevando a otra persona montada encima!. Los valientes que sabían pisar los hacían y les aplaudían, los que pisaban con miedo salían quemados, pero no se quejaban.

Aquella noche tan señalada los mayores nos dejaban fumar a los muchachos, aunque fuera caniquera o con escamínizas. El caso era divertirnos. Los jóvenes nos íbamos al baile y los mayores se quedaban en la hoguera sacaban los bancos de la iglesia y estaban alrededor y de lumbre... Trago y cigarro sin parar, charlando. Cuándo se cansaban ¡A qué horas de la noche! Daban una vuelta por el baile a ver el ambiente, luego pasaban por la hoguera un poco más y se iban a la cama.

A las 9 ya estaban los músicos dando vueltas por el pueblo tocando diana. Hago un alto para advertir que el asunto de traer músicos al pueblo era cosa de los mozos. La semana antes de la fiesta nos juntábamos para echar la partida, entonces con las cartas (cada una tenía un significado) sorteábamos a quien le tocaba dar cada comida y cada cama a los músicos. A éstos los traíamos del pueblo de Santa Eulalia Somera. Así lo hicimos durante varios años, hasta que por el trabajo y la valía de Adolfo se formó en el pueblo la orquestina.

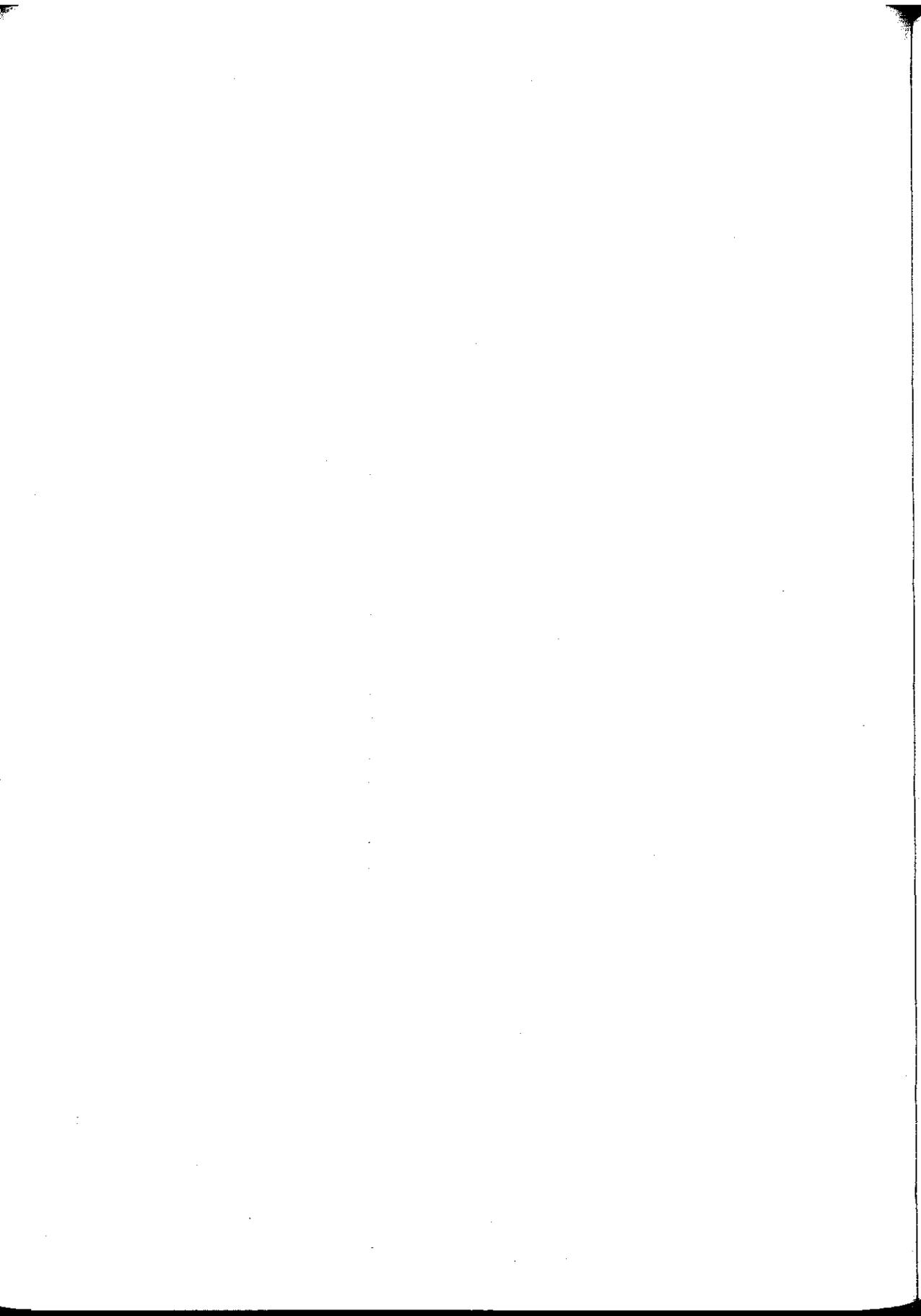
El día grande de la fiesta, a las doce el gran volteo de campanas llamaba a todo el pueblo para la misa mayor, que la cantábamos los mozos,

las mozas y lo hacíamos muy bien. Después venía la procesión con las imágenes que no se hacía todos los años, ya que siendo en enero muchos años había en las calles una buena capa de nieve. Si salía la procesión se le ponían al Santo cuatro roscos grandes que al acabar se subastaban en la iglesia. A continuación otra vuelta con los músicos por el pueblo y a la hora justa nos íbamos todos a comer. Por la tarde teníamos baile en el salón que aunque era pequeño era suficiente para los del pueblo, pero cuando subían los de Munilla estábamos apretados y deseando que se fueran.



Procesión del 22 de enero con la imagen de San Vicente que tenían en la sacristía

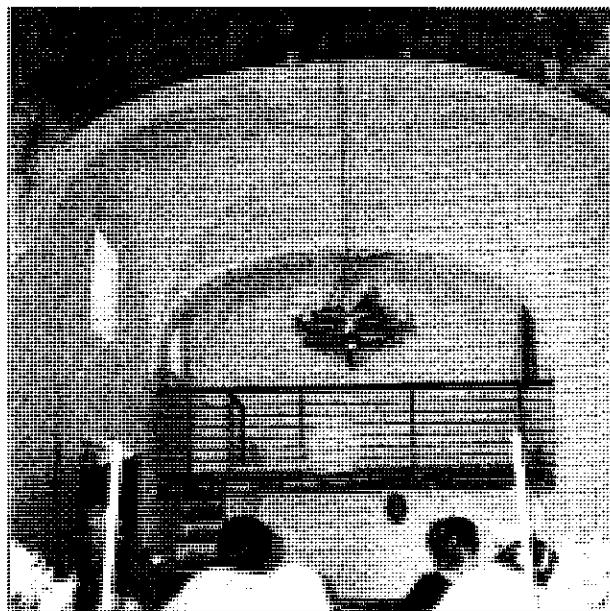
El 23 de enero era el día chiquito de la fiesta. Era el día de los mozos. Había la costumbre antigua de que fuéramos pidiendo de casa en casa, llevando un pincho, una cesta y un bote. En el pincho se clavaban las morcillas, chorizos y chumarros que nos daban. En el bote se ponían las monedas y en la cesta los huevos, alguna botella... y si quedaba vacía poníamos en ella la primera gallina que robábamos al paso, para que pusiera huevos en la cesta. Ese día todos los mozos estábamos borrachines porque en todas las casas daban una copa de anís o de coñac y pastas. Cuando nosotros los pedigüeños acabábamos la ronda habíamos reunido una buena cantidad de viandas y sorteábamos a ver a qué casa íbamos a hacer «la furriela», preparando con todo lo recogido una espléndida cena bien regada con vino abundante. Cuando ya tuvimos músicos en el pueblo el día chiquito terminaba con gran alegría y algazara para todos los mozos y mozas haciendo baile en el salón.



La fiesta del Domingo de Ramos

Con el ramo de olivo en la mano íbamos a la iglesia a bendecirlo. El cura subía andando desde Munilla para decir la misa y hacer las ceremonias, ritos y oraciones propias de la fiesta. Después estábamos en la subasta de los faroles, palos para llevar las imágenes, el pendón, etc. en las procesiones de Semana Santa. Se ofrecían cantidades muy bajas que luego se daban a los mayordomos de las cofradías para el cuidado y arreglo de las imágenes y ermitas.

Las imágenes se sacaban el Jueves Santo por la tarde. La más pesada era la cruz grande de madera que el portador tenía que ir muy agachado y el hombre que hacía de Cirineo aún iba más doblado; otra muy pesada era la columna que nos recordaba aquella en la que flagelaron al Señor. Era mucho sacrificio. Los portadores se ponían en las cabezas coronas de espinas cogidas de los zarzales del pueblo. Pinchaban mucho, pero se sufría con devoción y de buena gana.



Coro de la ermita de la Virgen de Arriba.

Si el día de Jueves Santo no había cura estaban cuatro hombres mayores que cantaban y se hacían todas las cosas de la iglesia, cantaban todo lo que hiciera falta, lo mismo en el templo que en los entierros y hacían lo mismo que si estuviera el cura.

Cuando no había electricidad en el pueblo porque aquella que pusieron en 1929 quebró la central de Enciso que nos la daba, las gentes del pueblo sacaban a las puertas de sus casas y a sus ventanas candiles de carburo o de aceite o faroles con velas para que estuvieran bien alumbradas todas las calles por donde iba a pasar la procesión. Y todo lo hacíamos con buena voluntad y lo mejor posible.

El Sábado Santo por la noche los mozos les poníamos ramos a las mozas en sus ventanas. Eran ramos de flores blancas de los cerezos, quedaban muy bonitos. Pero si algún año por lo que fuera, los cerezos no habían florecido, nos bajábamos a las huertas de Munilla y les cortábamos los ramos a los perales y a los melocotoneros ¡Qué pobres árboles donde caímos! Y cada mozo volvía al pueblo con un buen brazado de ramas. Se las poníamos a todas las mozas y las que sobraban iban a la iglesia y también para adornar la fuente de la plaza. No pensábamos en el daño que les hacíamos a los de Munilla. Los mozos que tenían novia se esmeraban y en los ramos que les ponían les colgaban caramelos y rosquillas, pero tenían que estar vigilándolos porque sino se los robaban.

Al día siguiente era la fiesta de Pascua de la Resurrección del Señor, todas las mozas estaban felices y contentas. Tenían mucho de que hablar y se iban a dar vueltas por el pueblo después de salir de misa. Entonces era la hora de quemar el judas que era un muñeco relleno de paja con pantalones, camisa, corbata y hasta con un puro en la boca ¡bárbaro anacronismo! Lo poníamos en alto, colgado en la calle pegando a la iglesia. Le prendíamos fuego y así nos divertíamos.

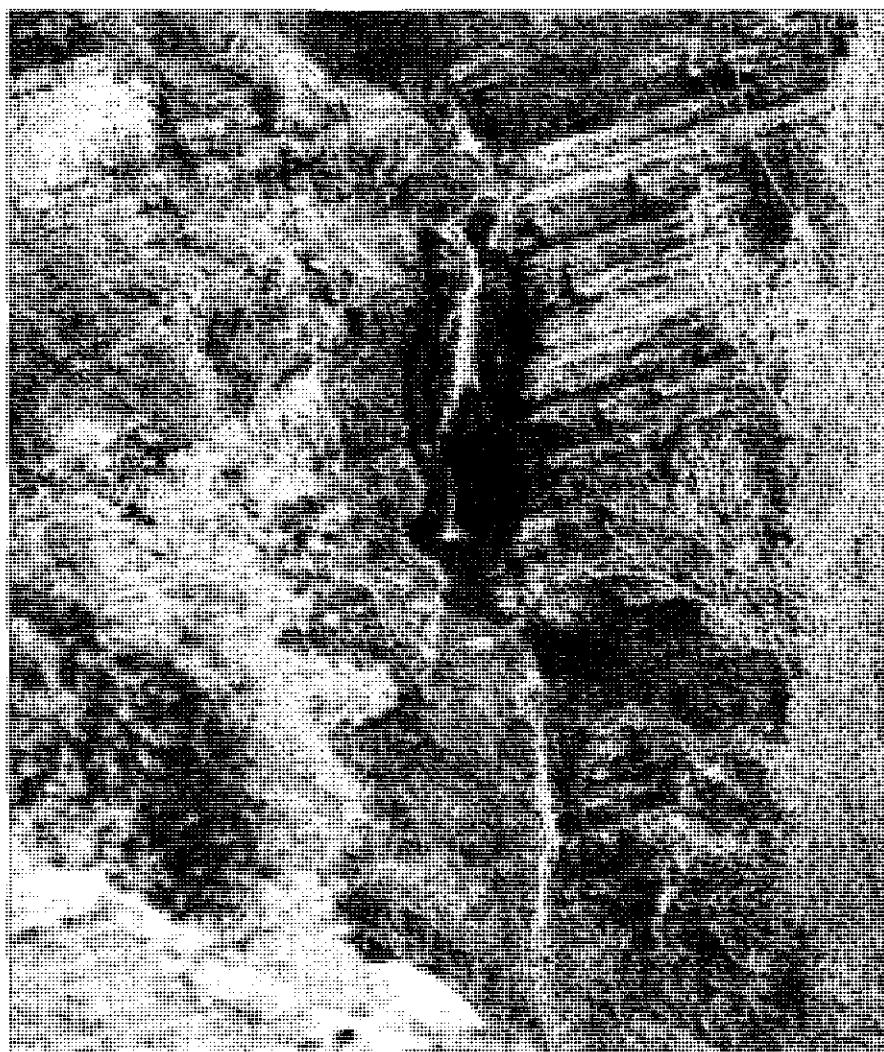
La Virgen de los Dolores

Al este de San Vicente, a unos metros del barranco del Valle y en el declive de la montaña se halla una pequeña ermita llamada La Dolorosa. Era el cobijo de una imagen muy querida y venerada por los sanvicenteños: la Virgen de los Dolores. En los días de la cuaresma les gustaba a muchas mujeres de Munilla subir a rezar a esta ermita. Tomaban un camino llamado «de los arrieros» que partiendo de la fábrica de J. Antonio Aguirre sube hacia la Cárcara, pasa bajo la Carcarilla en la orilla derecha, cruza luego a la izquierda y al llegar vuelve a cruzar.



*Imagen de la Virgen de los Dolores (vulgo, la Dolorosa).
Está en el Museo Diocesano de Calahorra.*

Carmelo Mazo nos habla de la novena que se hacía a esta Virgen de los Dolores: diez días antes de Jueves Santo se traía la imagen de la ermita a la iglesia parroquial para hacer la novena a esta Virgen a la que todo el pueblo teníamos mucha devoción. Una semana antes los muchachos nos encargábamos de limpiar el camino que estaba siempre lleno de piedras, porque las cabras que se suben por todo las hacen rodar. Cuando salíamos de la escuela cogíamos cestos y rastrillos y hasta escobas y hacíamos una buena limpieza que los dejábamos limpio como una carretera, por si en la procesión que se hacía de noche de Jueves Santo, alguna persona iba descalza que no se hiriese.



Salto de Peñalén

La novena se hacía a las ocho de la noche para dar tiempo a todos, hasta a los pastores, que no quedaba nadie sin asistir. No recuerdo que haya habido nunca un cura para dirigir la novena, siempre la rezaba el señor Paco o la Candelas, alguna vez el señor Benito, en fin, que no había problema para eso, yo creo que cualquiera se hubiera presentado voluntario.

La función religiosa era muy bonita por los muchos asistentes, por lo bien que cantaban y por la belleza de los cánticos que decían así:

Ave de penas, María,
consuelo de pecadores,
por vuestros siete dolores
ampáranos, Madre mía — estribillo

Entre tantos, siete fueron
los dolores principales,
que con angustias mortales
a tu corazón hirieron,
todos juntos se sintieron
en sólo un Ave María

Estríbillo

1. Un enfático decir
del anciano Simeón
le atravesó el corazón
para empezar a sentir,
de esto se puede inferir
qué dolor le afligiría.

Estríbillo

2. Con José, su santo esposo,
viéndose en grande conflicto
hubo de huir a Egipto
por guardar al Niño hermoso
cuando Herodes, tan rabioso,
al Niño Dios perseguía.

Estríbillo

3. Perdido estuvo en el templo
tres días el Niño amado
entre los sabios hablando
dando de su Ley ejemplo
¡cuánto el dolor crecería!

Estríbillo

4. Siendo la vida dulzura
se eclipsó la hermosa Luz
viendo al Hijo con la Cruz
en la calle la Amargura,
la luna, en esta espesura,
en sangre se convertía.

Estríbillo

5. Cuando ya en la Cruz clavado
fue mi dulce Redentor,
con indecible dolor
lo mirabas fatigado,
más cuando aquel soldado
con lanza su pecho abría.

Estríbillo

6. En los brazos recibiste
a tú Jesús ya muerto
al ver su cadáver yerto
fue milagro no moriste
en este paso tuviste
bien crecida la agonía

Estríbillo

7. Vuestro Hijo sepultado,
quedaste, Aurora del cielo,
sin olvido ni consuelo
con el corazón traspasado,
sólo el discípulo amado
vuestras fatigas sabía.

Estríbillo

Para memoria gloriosa
de dolores tan acervos
la religión de tus siervos
fundaste, Madre piadosa,
en la cual Vos sois la Rosa
Madre, Vida y Alegría,
Ave de penas, María
consuelo de pecadores.

Estríbillo



La mítica fiesta de San Juan

La celebrábamos todos los años el día 24 de junio y era para nosotros muy importante y muy alegre. Al amanecer, antes de salir el sol, había mucha gente que se iba al río a lavarse la cara y los pies. Decían que haciéndolo se curaban las enfermedades de la piel. A las ovejas, cuando tenían alguna infección como la sarna las metían en el río las bañaban esa mañana, pero lo hacían antes de que saliera el sol y yo me acuerdo de un vecino que las bañó y no sé qué mal tendrían pero se curaron.

Otra leyenda era que para curarse el mal de los riñones y el lumbago, que padecíamos por los duros trabajos de la siega, teníamos que ponernos en la región lumbar y antes de que saliera el sol una espiga de centeno debajo de la camisa y sobre la carne y llevarla todo el día. Pero tenía que ser una espiga que tuviera tres brotes saliendo del mismo tallo. Había que aguantar el dolor que producía la espiga que cuando se secaba pinchaba mucho.

La fiesta de San Juan era muy alegre y divertida, además de las ceremonias religiosas estaban las celebraciones familiares y de la juventud. Los mozos y las mozas íbamos cantando a merendar a distintos lugares frescos y a las fuentes.

Cinco días más tarde teníamos la festividad de San Pedro y San Pablo, el 29 de junio. Era el día de la bendición de los campos y de todas las cosechas que en ellos había, pero lo curioso era que en vez de ir nosotros a bendecir los campos teníamos otra costumbre rara. Consistía en que cada labrador tenía que llevar a la iglesia tantas ramas de chopo como fincas tuviera. En la iglesia, el cura bendecía con oraciones ya agua bendita todas las ramas de chopo y luego, cada uno iba por sus fincas con las ramas bendecidas y en cada una plantaba una rama bendecida poniéndola en medio de la pieza de trigo, para que nos librara del pedrisco y conservara la cosecha.

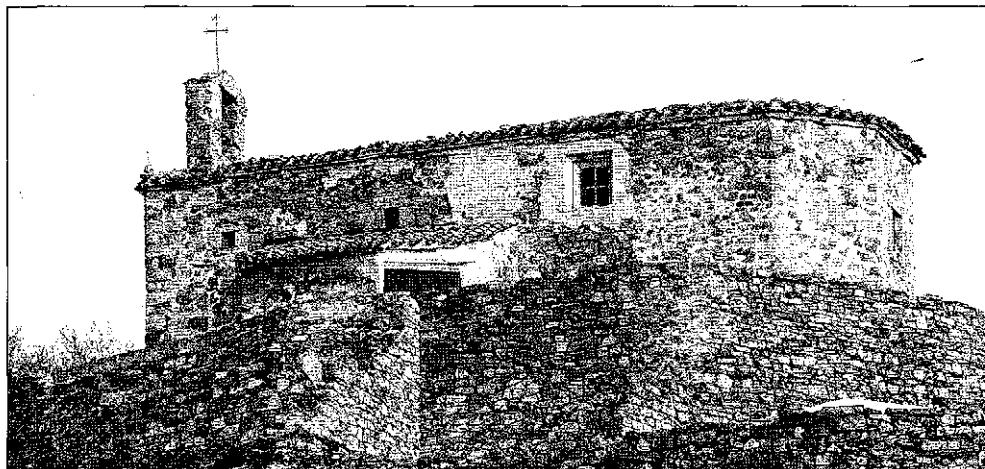
Otra costumbre era que cuando había nublado y oíamos tronar corríamos los muchachos a la ermita de la Virgen de Arriba a voltear sin cesar el campanil, mientras las mujeres rezaban en sus casas y los hombres miraban al cielo angustiados esperando que no les apedrease las cosechas.

El domingo en el que la iglesia celebraba la fiesta de la Santísima Trinidad era costumbre que la familia en la cual había muerto la última persona del pueblo aquel año tenía que llevar a la iglesia una hogaza de pan de 2 a 3 kilos de peso y después de ser bendecida la cortaban en trozos y los repartían por las casas del pueblo.

La fiesta de la Virgen de Arriba (la Madre del Amor Hermoso)

La celebrábamos el primer sábado y domingo después del primer día de junio. Hacíamos todo igual que en la fiesta de San Vicente, pero ya no había nieve, el tiempo era hermoso y esto hacía que hombres, mujeres y niños de Munilla subieran a San Vicente llevando un paquetito conteniendo un bollo con un chorizo dentro. Era la costumbre de todos los años. Gozar de la fiesta y comerse el bollo, estar en el baile y volver a Munilla.

En la plaza de San Vicente vivía el albañil Julio Mazo, muy conocido por las obras que hacía en Munilla. El caso es que muchos conocían su casa y abusando de libertad entraban en ella y sin llamar subían y dejaban el bollo en una mesa redonda que había en el comedor. Se formaba un montón de ellos que ni se sabía de quienes eran. Luego a eso de las cinco a seis iban viniendo a por ellos y se iban a las eras a comérselos formando corrillos, pero en todos los corros tenían que dejar desperdicios y restos de pan tirado como señalando con ello que les sobraba comida. Estos munillenses en San Vicente se tomaban muchas libertades, se creían los amos de todo y no respetaban nada ni a nadie, así que cuando se marchaban por la noche, dice Carmelo, «nos quedábamos más anchos que largos». Durante el día estábamos con la música y el baile en las eras, pero cuando se hacía de noche nos metíamos en el salón y como era pequeño estábamos muy apretados y deseando que se fueran los de Munilla.



«A matar el cuto»

Durante los meses de noviembre y diciembre las familias de San Vicente hacían las matanzas de los cerdos que habían criado en sus casas durante todo el año. Era un trabajo muy importante pues con él obtenían alimentos muy necesarios para la temporada de la recolección de las cosechas. En la mayoría de las casas se mataban dos cerdos y para ello se ayudaban las familias.

En el primer día afilábamos los cuchillos, preparábamos la banca, que era una mesa larga, baja de madera muy gruesa y patas cortas y gruesas. Reuníamos los haces de vencejos para socarrar al animal, la soga y el gancho para colgarlo en el techo. Por la noche todos juntos en la cocina nos afanábamos; los hombres con las hogazas entre las piernas y las navajas en la mano cortábamos el pan en finas y delgadas sopas para hacer las mocillas, hacíamos un descanso para echar un bocado, beber de la bota y hablar; Las mujeres preparaban la máquina de picar, las gamellas, las vasijas, la choricera, el pimentón, la sal, etc. Después de cenar todos juntos jugábamos al tute y las mujeres a la brisca. Y a las doce nos íbamos a la cama para madrugar al día siguiente «a matar el cuto». Todos preparados, que parecía que iba a salir el toro, pues los cerdos solían pesar entre 90 y 130 kilos.

El primero en enfrentarse al animal era el matarife que llevaba en una mano el gancho y en otra el cuchillo. Le clavaba el gancho en la papada y el animal se revolvía furioso chillando y alborotando. Nos echábamos todos encima, uno le cogía de la cabeza, otros de las patas, todos a sujetar al cerdo con todas nuestras fuerzas y levantarla para tumbarlo sobre la mesa (la banca) El matarife le hincaba el gran cuchillo en la garganta y ya estaba otro hombre preparado poniendo debajo un gran perol para recibir el chorro de sangre que saltaba de la cuchillada. A la vez otro amigo daba vueltas a la sangre recogida para que no se cuajara. Era ésta tan importante... Cuando el cuto estaba totalmente muerto y desangrado, con pajitas largas ardiendo (vencejos) le quemaban toda la piel para chocarrarle y quitarle todos los pelos. Enseguida venían otros dos, uno que le echaba agua hirviendo a la piel quemada y otro que se la raspaba con un afilado cuchillo.

Se necesitaba mucha fuerza para izar al animal atado con una soga y colgarlo del gancho del techo de la entrada de la casa. Una vez colgado de la viga se le abría el vientre de arriba abajo y se le extraían todas las vísceras que eran recogidas en un balde y llevadas a lavar, sobre todo los intestinos. Los delgados servirían para hacer los chorizos y el intestino grueso para las morcillas. Este día que era el segundo dejábamos el cuto colgado y abierto en canal para que se enfriara.

Como habíamos madrugado tanto nos íbamos a los corrales para dar de comer a las ovejas y a las cabras que no podían salir al campo a pastar por estar todo nevado. Al tercer día se descuartizaba al cerdo llevando cada parte del animal a su destino. Unos a hacer los jamones. Mientras unos descuartizaban y picaban la carne en la picadora, las mujeres la recogían en la gamella para hacer la masa de los chorizos. Otras mujeres hacían en otra gamella con la sangre, el pan picado y la masa de las morcillas. Hechas las masas procedíamos al llenado, por un lado de los chorizos y por otro de las morcillas.



*Colgando en la cocina chorizos y morcillas.
Se hacía más en el somero, bajo el tejado*

Con habilidad y gracia entubábamos las masas en los intestinos y les poníamos los hilos. Después... todos al somero (desván) a colgar los chorizos y las morcillas en largos varales suspendidos de las vigas del tejado. Si nos había sobrado picadillo al hacer los chorizos, lo freíamos y con pan y vino era una cena deliciosa. Nos se dejaba de fundir (regalar decían) las mantecas del cerdo, pues de allí salían las ricas chinchorras que le daban toda su gracia a las migas de los pastores. También se colgaban trozos rectangulares de tocino untados con pimentón. Del cerdo se aprovechaba todo, las orejas, el morro, las patas, el rabo. Trabajábamos duramente a la luz del candil de aceite que alumbraba menos que las velas. Nos tirábamos tres días para hacer la matanza pero se pasaba muy bien, de buena gana y en mucha unión y armonía. Cuando terminábamos en una casa íbamos contentos a repetir el proceso en la casa de otra familia que nos había ayudado en la nuestra. Así pasábamos la semana del «matar el cuto».



Todos los Santos y Navidad

Como en todos los pueblos y ciudades, el día 1 de noviembre era una fiesta importante. Por la mañana se celebraba una misa y se recordaba a todos los familiares difuntos. Después, individualmente o en grupos íbamos al cementerio a visitar las tumbas que antes habíamos adornado con flores. Por la tarde, en la ermita del cementerio rezábamos el rosario por los muertos allí sepultados. Propiamente el día de los difuntos era al día siguiente, el 2 de noviembre. En muchos pueblos y ciudades los sacerdotes estaban autorizados este día a celebrar cada cura tres misas por los difuntos.

En la noche del 1 al 2 las campanas tocaban a muerto, tres golpes lentos espaciados: tin... tan... ton... fuertes y sin cesar hasta el amanecer. Desde 1940 los toques eran desde las 9 de la noche hasta las 12 de la noche.

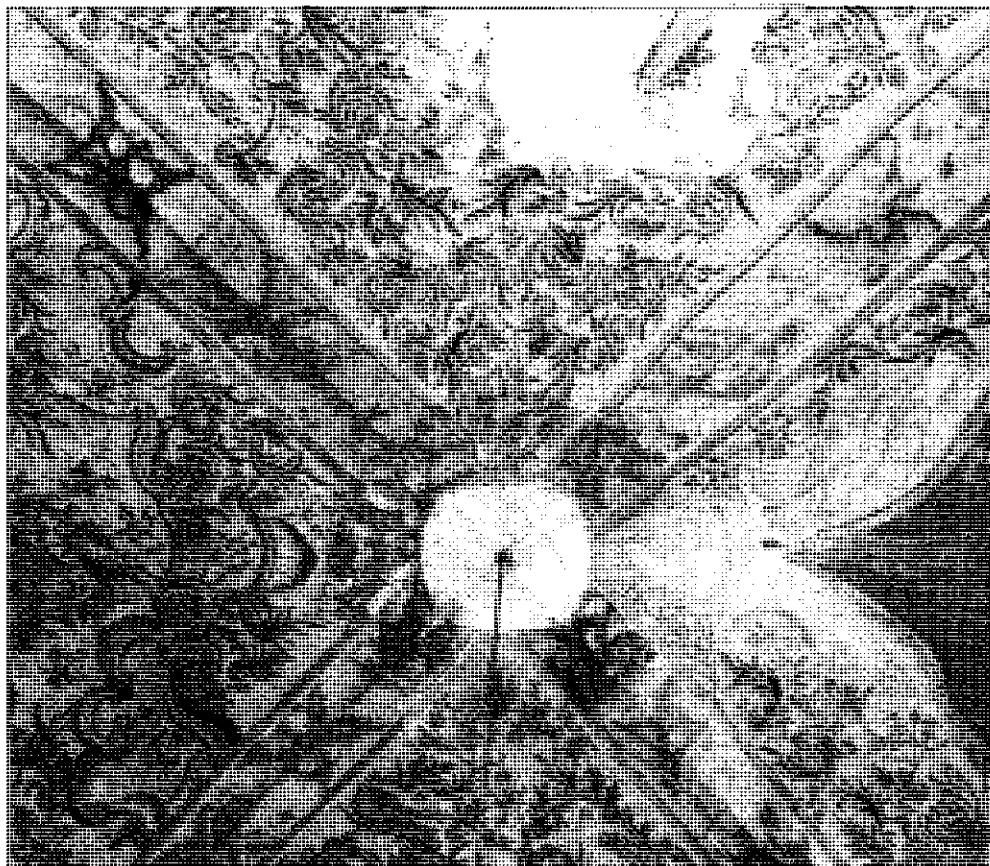
Contaba Julio Mazo que tuvo que hacer viaje al pueblo de Pipaona de Ocón y al volver a San Vicente por los montes de Sierra de la Hez se le hizo de noche y en aquella gran soledad oía sin cesar los tañidos de las campanas que le llegaban de muchos pueblos, unos de cerca, otros de más lejos, otros del fondo... pero todos a la vez; le parecía las voces de los muertos que le llamaban sin cesar y tuvo miedo.

En Munilla tocaban a muerto durante poco tiempo, pero tenían otra costumbre. Iban esa noche tenebrosa al cementerio a poner luces en las tumbas. Ponían velas y faroles encendidos. Muchos faroles estaban colocados sobre palos calvados en las esquinas de las sepulturas. Visto el cementerio de Munilla aquella noche desde el mirador de la ermita de la Virgen de Arriba, con muchas luces que se encendían y se apagaban era todo un espectáculo, teniendo además a sus pies su propio cementerio y oyendo el triste lamento de las campanas de la aldea.

En San Vicente era una noche muy bonita y con mucha ilusión, con muchos deseos de que llegara. En parte era por comer algo mejor ¡Qué buena unión y cuanta alegría había en las familias a pesar de la pobreza! En la mayoría de las casas cocían higos, pasas, manzanas y peras y a eso le llamaban compota. Si no había compota, no era Nochebuena. Lo demás no

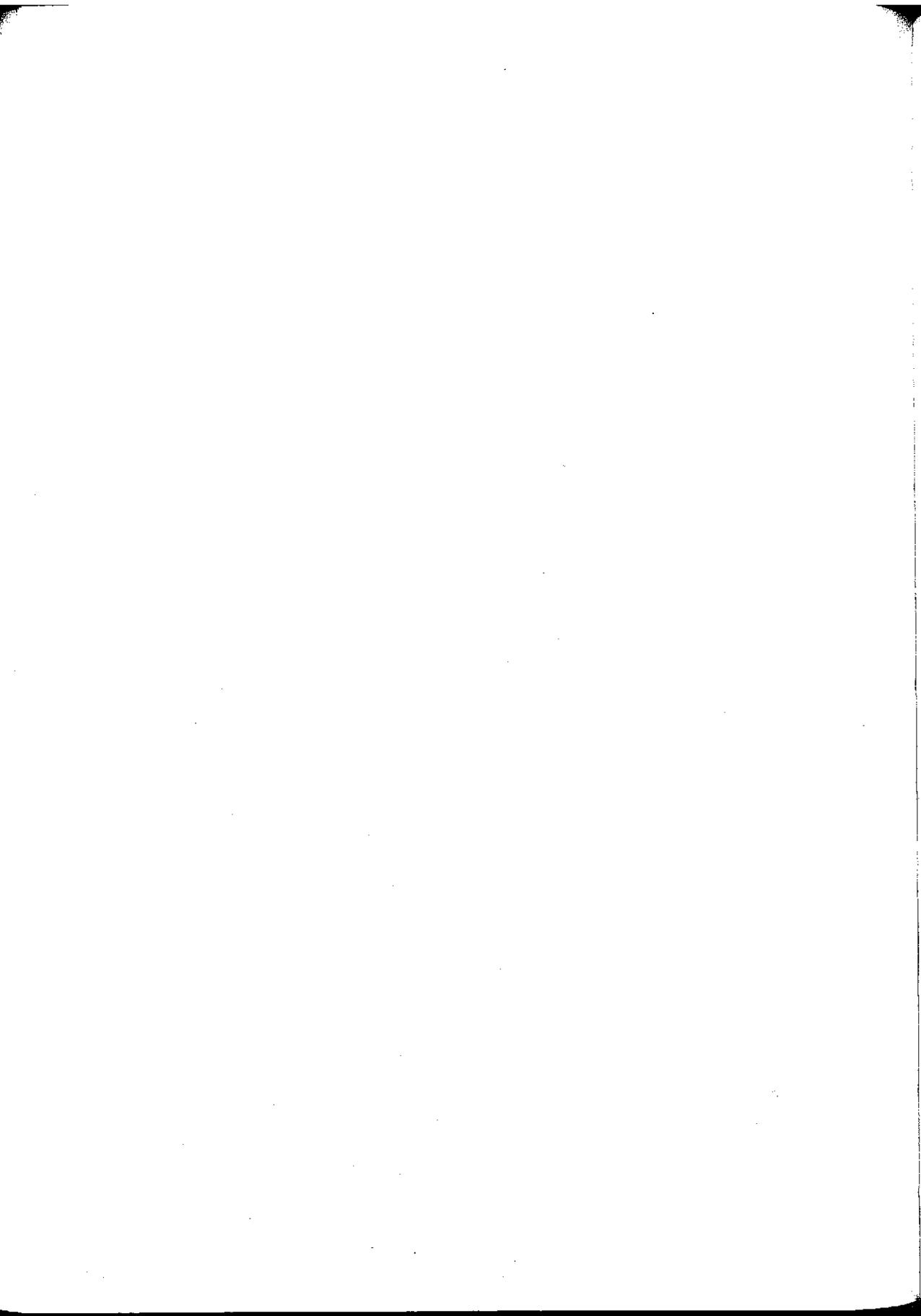
nos preocupaba, con todo nos conformábamos. El caso era tener alegría, que siempre la había. Mi madre era la primera cantando: «esta noche es Nochebuena y mañana Navidad/ saca la bota María/ que me voy a emborrachar/...». Yo no me acuerdo que ponían para cenar, pero todo era bueno y todo nos sabía bien. Después de cenar y hasta la hora de ir a misa del gallo jugábamos a las cartas. Esa noche bajaban a Munilla un par de mozos para subir al cura, acompañándole hasta San Vicente. También le acompañábamos al acabar la misa, bajábamos con él todo el camino, hasta su casa de Munilla.

La misa del gallo, era misa de pastores. Se hacía cantando, todos los mozos tocando las guitarras. Entrábamos al templo tocando y llevando un caldero lleno de migas que poníamos al pie del altar. En el momento del ofertorio el cura probaba una cucharada de migas, después todos los asistentes cogíamos una cucharada del caldero y bebíamos una trago de vino de las botas pastoriles. Los mozos nos íbamos afuera con el caldero y botas y acabada la misa toda la gente comía las migas hasta terminarlas.



Al otro día era Pascua de Navidad. Salían los más pequeños a pedir el aguinaldo de puerta en puerta. Cada niño llevaba su cesta y en todas las casas les echaban algo, nueces, higos secos, bellotas, castañas, uvas pasas, alguna moneda de cinco o diez céntimos (pocas) Si iban dos hermanos el mayor decía: - Echen para mí y para mi hermano pequeño. De puerta en puerta cantaban: «Echen, echen, echen/ por esa ventana/ higos y castañas/ y también manzanas». También decían los chicos: «La zambomba tiene un diente/ y la muerte tiene dos/ si no me da usted aguinaldo/ la muerte le dará Dios».

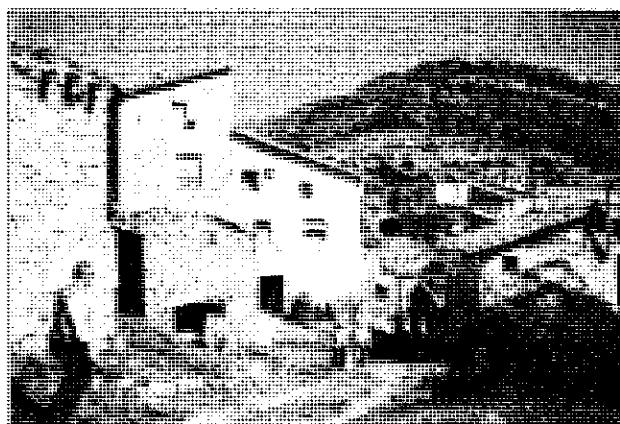
Había en el pueblo una señora distinguida llamada Juana que daba a cada niño un barrita de turrón. Hacíamos fila para conseguirla y nos peleábamos por los puestos de la fila.



El trasnocho

En el invierno ya teníamos la tarea; el traer leña y quemarla; Un día a estepar, otro al monte a por leña recia, que para un viaje teníamos que emplear todo el día. Salíamos de casa a las nueve y cuando regresábamos las cinco de la tarde. Por entonces no existía la calefacción, pero en la cocina vasca se preparaban cada lumbrada que te calentabas de lejos. También donde se estaba bien era en los corrales donde había ganado. Como no había televisión nos íbamos al trasnocho que se le llamaba. Nos juntábamos cuadrillas a pasar el rato, igual mujeres que hombres mayores. Las mujeres a hacer punto, los hombres a arreglar las albarcas o las cabezadas de los machos y los muchachos a jugar o contar cuentos, así pasábamos el rato entretenidos y al abrigo y de buen humor. No teníamos ni una jodida radio, cuanto menos televisión.

La primera radio que compraron en el pueblo nos parecía una cosa extraña y bonita, como nadie la habíamos visto ni escuchado nos causó mucha sensación. Cuando veníamos del campo y más cuando explicaba el parte, nos quedábamos escuchando al ladito de la ventana. La primera radio era con pilas ya que en el pueblo no había luz eléctrica. Nos alumbrábamos con el candil de carburo o de aceite. Había veces que tropezabas con alguien en la calle, y le decías ¿Quién va? - soy yo, y entonces lo conocías por la voz, pero transitábamos con normalidad y sin miedo a nadie.



Entrada de la pista en el pueblo.

En casa, nosotros teníamos la leña en el somero de la casa y cuando me mandaba mi madre ir a por estepas tenía que subir sin candil, por si acaso se encendía algo, pero lo hacíamos como si tal cosa. Después se puso la luz eléctrica ¡Qué cosa tan grande! Parecía que vivíamos en una capital, esto era la mejor obra que se hizo en el pueblo; el salir de noche y ver por donde ibas y si te tropezabas con alguien conocerlo de lejos y no como antes que hasta que no te hablaba no sabías quien era. A pesar de ser lo mejor para un pueblo, aun hubo quien no la quiso poner, por no poder pagarla.

Doce años después los vecinos empezamos a marchar del pueblo y la tuvieron que cortar a la fuerza. Cuando mejor estábamos. Después que costó un montón de perras ponerla nos fuimos, uno por cada lado, a Logroño, a Calahorra, a Arnedo, a San Adrián y a Navarra.

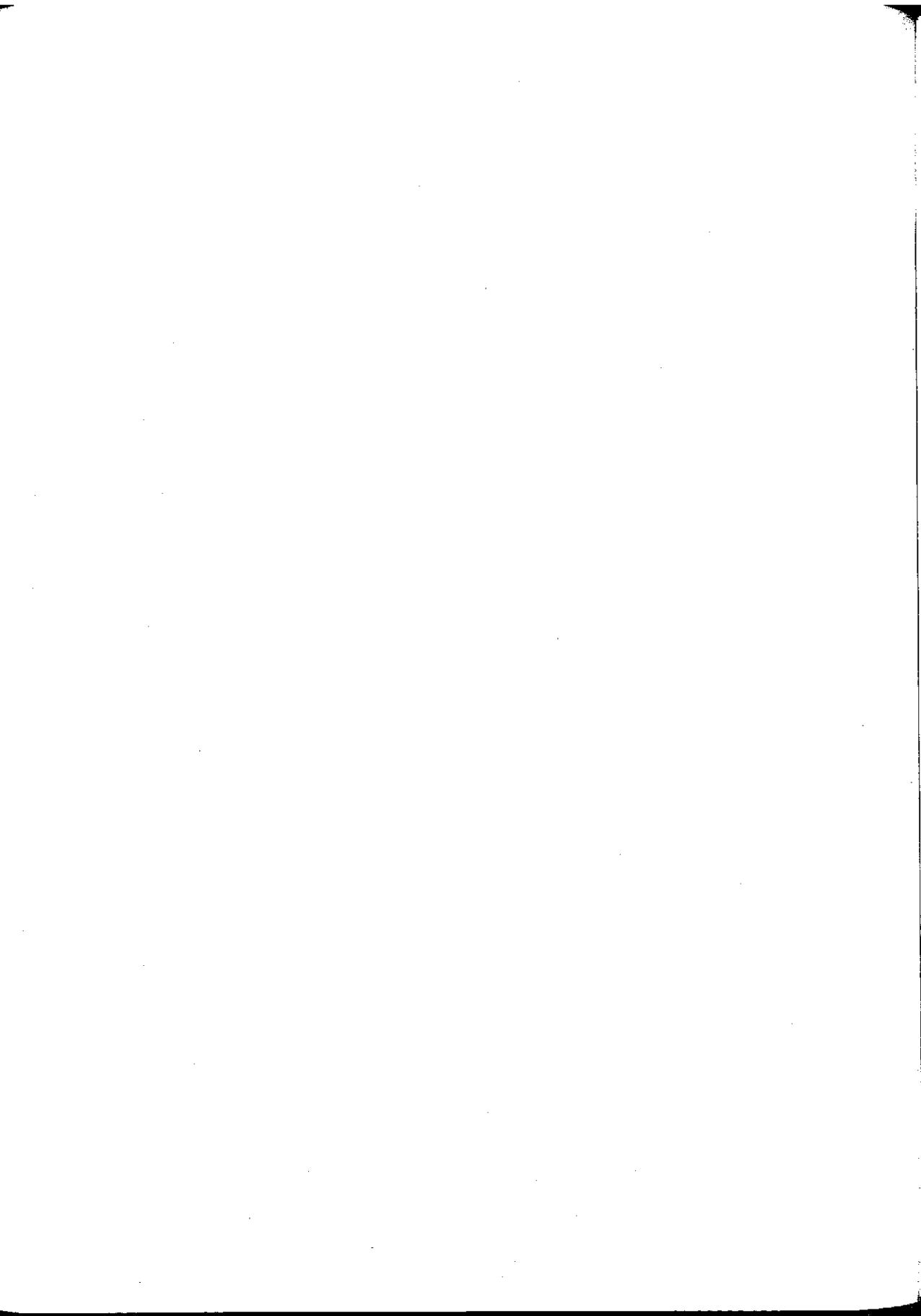


Calzado y manta

En invierno hacía tanto frío y nevaba tanto, que en que venían Todos los Santos se decía y era verdad: Todos los Santos la nieve por los altos; y este pueblo está tan alto que en ese tiempo ya la teníamos. Nos teníamos que preparar de ropa y sobre todo de calzado. El mejor para los pastores era los pellejos con las *albarcas* (*abarcas*), nos poníamos calcetines de lana que a mí me los hacía mi abuela Eusebia y encima los pellejos que eran de piel de cordero pequeño. Se les esquilaba la lana para que no abultara y poniéndotelos bien colocados y bien sujetos con buenas albarcas ya podías estar todo el día pisando nieve que no te mojabas los pies. También los poníamos los zahojiles que eran vendas de paño rodeadas a las pantorrillas o polainas, esto era mejor y más bonitas con sus hebillas, íbamos tan chulos.

Las albarcas las estrenábamos a la entrada de invierno y ya teníamos para todo el año. Cuando se rompían o se desgastaba la suela las cosíamos con alambre o les poníamos tacos para que aguantasen hasta la otra entrada de invierno. Con la manta casi hacíamos lo mismo, guardábamos la buena en el verano para que estuviera bien para el invierno y nos abrigara. En el invierno todo era poco para ponernos. Mi abuela se pasaba el tiempo haciendo punto, si no hacía calcetines, guantes, pasamontañas, bufandas, jerséis y si se rompía el pantalón les ponía un pedazo y tan contentos.

En este pueblo casi teníamos seis meses de invierno y otros seis de verano. Era un clima muy desproporcionado, cuando hacía frío temperaturas muy bajas y cuando hacía calor muy exageradas, pero éramos valientes para soportar todo, hay que saber aguantar.



El pueblo y la luz eléctrica

Ya dijimos que la primera vez que llegó la luz eléctrica a San Vicente fue el 15 de noviembre de 1924 por las gestiones del párroco Don Enrique Calleja y que la corriente procedía de una centralita situada en el molino de Vicente en Las Ruedas de Enciso. Pero aquella electricidad dejó de llegar y el pueblo volvió a alumbrarse con velas y candiles de aceite o de carburo. ¿Por qué se malogró esta mejora? ¿Cuándo ocurrió? Dos testigos de aquel tiempo, Carmelo Mazo y su cuñado Adolfo aseguran que el gran huracán que tantos destrozos causó en el pueblo, llegando incluso a arrancar unos olmos que había en la calle de la iglesia. También destruyó las instalaciones de la Electra las cuáles ya no se repararon y produjeron el corte de fluido eléctrico, fue el 15 de febrero de 1941.

También afirman que fue el 24 de junio de 1956 cuando por segunda vez brilló en San Vicente la luz eléctrica con gran alegría de los vecinos, muy contentos por mejorar su calidad de vida. Claro que para conseguirla tuvieron que hacer un fuerte desembolso. Engancharon sus cables a los que tenía en Munilla la empresa hidroeléctrica del Moncayo con los cuáles daban energía para mover las máquinas de las fábricas y mantenía el alumbrado público de la Villa. De aquella fecha data la cajeta del transformador que hoy se ve abandonada a la entrada de San Vicente. Pero esta segunda vez tampoco duró mucho la alegría del alumbrado eléctrico. Sólo permaneció 12 años porque empezaron a marcharse las gentes del pueblo, hubo un descenso grande de población y suministrar energía eléctrica a los que quedaban en 1968, a la empresa suministradora no le resultaba rentable el mantenimiento. Con este último corte de fluido eléctrico el pueblo volvió definitiva e irremediablemente a la oscuridad y al olvido.

Veamos ahora algunas consideraciones generales referentes al empleo de la electricidad en aquella época de mediados del siglo xx. La fuerza hidráulica procedente del agua de los ríos fue hasta el año 1890 la principal fuerza motriz en la mayoría de las industrias. También pero en mucha menor proporción se emplearon las calderas de vapor. Poco a poco y a partir de aquel año empezaron a funcionar mini-centrales productoras de electricidad, las cuáles también se basaban en energía hidráulica.²

2:- Se quería conseguir que cada máquina tuviera su correspondiente motor eléctrico

Se crearon 18 empresas que en 1932 ya eran 69 centrales hidroeléctricas localizadas en 50 pueblos. 11 de estas 69 estaban dedicadas a suministrar energía para uso industrial. A pesar de todo, más de la mitad de los pueblos no recibían electricidad (Giró Miranda, 2003).

En Munilla, en 1935, la empresa suministradora era la Hidroeléctrica del Moncayo que con su escasez de recursos y su mal funcionamiento provocó un conflicto social entre patronos y obreros.



Soportales de la Plaza. Al fondo la Calle Estrecha

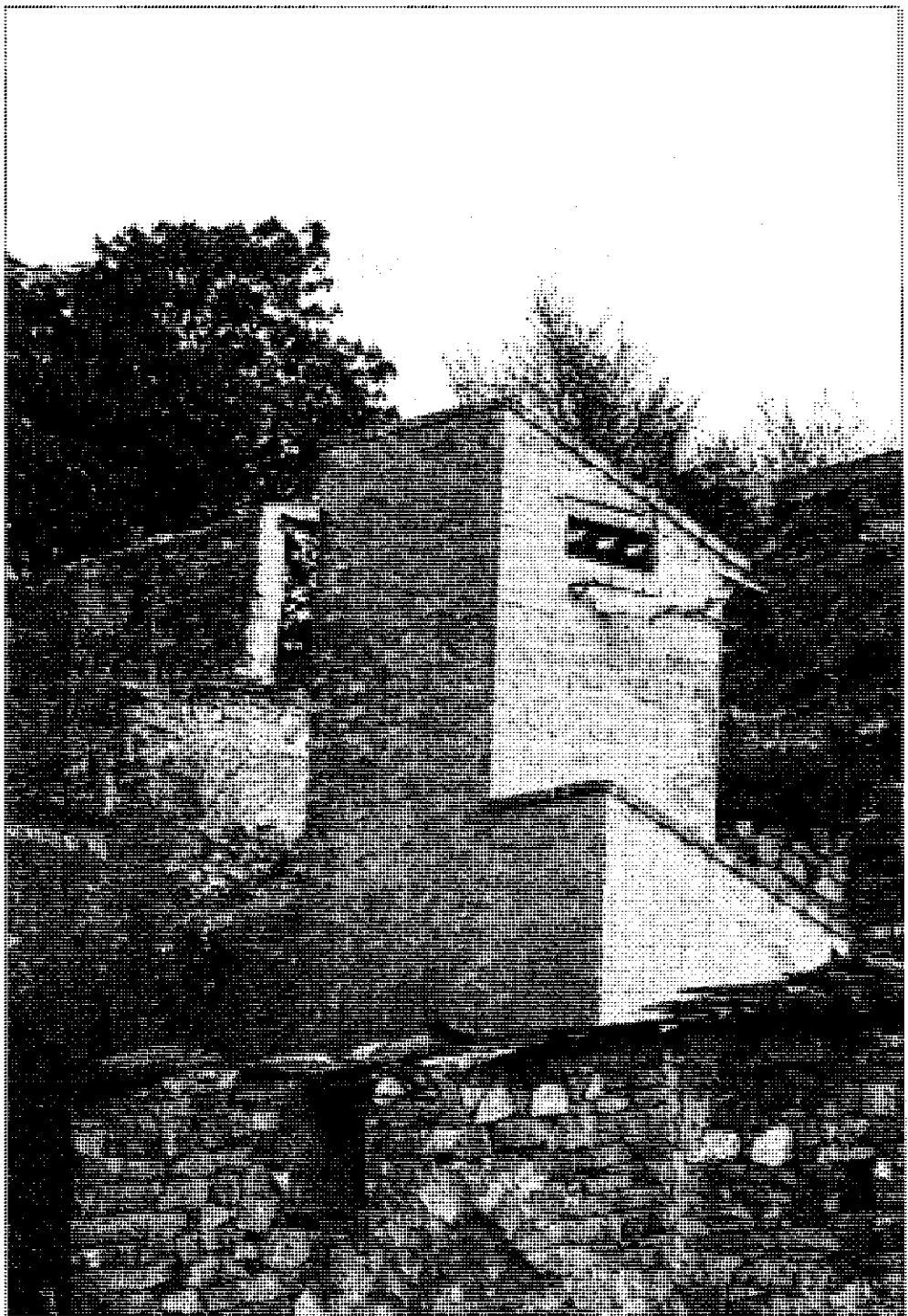
En 1939 las fábricas de Munilla tenían turnos de trabajo de día y de noche (tres turnos) y les ocurría que por el día la Electra les suministraba una corriente eléctrica de muy bajo voltaje y por la noche era muy alto y fuerte. Los dos extremos hacían que los motores se quemaran ocasionando graves daños. Por otro lado los cortes de corriente eran frecuentes y los perjudicados eran los obreros que perdían horas de trabajo. Entonces los fabricantes: Aguirres, Sevillas y Fernández Hermanos elevaron una protesta al Gobierno Civil pidiéndole que interviniere y obligara a la Hidroeléctrica del Moncayo a pagarle daños y perjuicios abonándoles a los obreros los días de trabajo que perdían, ya que sólo llegaban a cobrar a causa de los cortes 4-5 días a la semana. A esta demanda se unieron los fabricantes de Enciso, Santiago Quemada y Cándido de la Riva. Esta fue

una de las causas que obligaron a los fabricantes a trasladar sus industrias a las ciudades porque en ellas se les aseguraba un suministro eléctrico continuo, estable y de calidad.

Otros motivos que obligaron al traslado era la necesidad de ampliar y desarrollar sus empresas para lo cual necesitaban espacios amplios que no tenían en el pueblo, donde también necesitaban obreros y no los encontraban. A las ciudades llegaban multitud de gentes de todos los pueblos en busca de trabajo. El problema para los trabajadores era la vivienda y para ellos se levantó el Barrio de Martín Ballesteros en Logroño y las 52 viviendas de los Sevillas de Arnedo.

Otra ventaja era que situando las industrias cerca del ferrocarril se ahorraban los empresarios los transportes que pagaban en el pueblo tanto para traer las materias primas que necesitaban como para llevar a facturar los productos que fabricaban; ahorrándose el dinero de los transportes podían vender sus productos a precios más baratos y así ser más competitivos y aumentar las ventas.

Era el año 1958, en el pueblo de San Vicente tenían ya luz eléctrica en muchas casas (no en todas). Y con la luz, los contadores. Cada mes venía el empleado de la Electra y miraba los contadores. Y sucedió que llegó a una casa, miró el contador y llamó: «Pedro (o como fuera) baja». Bajó el interfecto y el empleado le dijo: «Este mes habéis gastado un kilovatio». ¡Cómo! ¿Un kilovatio? ¡Qué barbaridad! -respondió Pedro-. Pero ya sé quien ha sido. Esto ha sido culpa del cartero, que siempre que nos llama enciende la luz de la entrada.



Transformador de la electricidad

Tormentas con rayos. Fuego en la escuela

Por su situación geográfica, por su clima, por la formación de frecuentes tormentas (sobre todo en verano) que se gestaban en las alturas de La Modorra, Nido Cuervo, La Atalaya y luego rodaban desbocadas y horribles hacia la Sierra de la Hez y el valle del río Cidacos, se comprende que sobre el alto cerro de San Vicente, a mil metros de altura sobre el mar cayeran rayos con harta frecuencia.

Anteriormente mencionamos aquel gran rayo que con enorme poder destructor cayó sobre la ermita de la Virgen de Arriba reduciéndola a escombros el día 14 de julio del año 1677.

Aquella ermita entonces se llamaba de San Pedro. Pasados 40 años los sanvicenteños, en 1717, con grandes trabajos y sacrificios la reconstruyeron desde sus cimientos, pasando a denominarse la ermita de la Virgen del Amor Hermoso o Virgen de Arriba.

Siglos más tarde, el día 29 de agosto de 1930, día muy caluroso, se formó una de las muchas y frecuentes tormentas y en el fragor de los truenos y relámpagos cayó un rayo en la era de Moticodiego sobre el pajar y la cina o pirámide de meses propiedad de Pío Galilea. Se produjo un gran incendio que lo destruyó todo. Todo el pueblo quedó consternado compadeciéndose del pobre Pío. Había que hacer algo. Lo exigía la solidaridad de los vecinos. El párroco, Don Enrique Calleja, propuso hacer una suscripción popular para ayudarle. Los daños ascendían a 1.400 pesetas, suponía tanto como el jornal de un obrero durante año y medio. En Munilla se recogieron 300 pesetas y en San Vicente 75. Se volcaron todos dándole materiales, maderas, piedras yeso, tejas y trabajaron todos a vereda para reconstruirle a Pío un pajar nuevo.

Cuenta Carmelo Mazo otro hecho con final curioso y trágico. Le ocurrió a otro vecino, también llamado Pío. Pío Santolalla. Este hombre, de oficio carpintero, muy cristiano, que durante años hizo de sacristán, que tuvo un hijo cura ejerciendo en Muro de Aguas, vio venir una tormenta y como tenía en las eras de Arriba puesta a secar una carga de hierba, corrió a meterla en el pajar. Vino la tormenta y descargó con furia y con gran

aparato de relámpagos, truenos y... un rayo. Cuando el buen hombre bajó a su casa contempló un cuadro terrible: HABÍA CAÍDO UN RAYO MATANDO A SU MUJER Y DEJANDO VIVA A UNA NIÑA QUE ELLA TENÍA ENTRE SUS BRAZOS.

No hace muchos años, en uno que nadie sabe determinar, dicen que cayó un rayo sobre la ermita de la Virgen de Arriba. Entró la descarga eléctrica por el agujero de la cadena del campanil y salió por la puerta. Por fortuna esta vez no hirió a nadie ni destruyó el tejado.

Varias veces más han visto los vecinos caer rayos sobre los pajares de las eras bajeras, situados debajo de la ermita de la Virgen de Arriba.

Aquel día 2 de octubre de 1925 NO FUE UN RAYO EL QUE PRODUJO EL INCENDIO. A las dos de la mañana, cuando todos los vecinos dormían confiados, voces estentóreas los despertaron asustados: ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!. Se quemaba la escuela y podían pasar las llamas a otras casas. Grandes y pequeños se movilizaron todos angustiados y nerviosos.

¿Cómo había sido? ¿Qué había pasado? Explicaron que del edificio de la fragua habían pasado chispas de fuego al edificio contiguo que era la escuela. Prendieron en las maderas del estrado de la maestra y luego las llamas pasaron a los bancos de los niños. Hasta que LOGRARON APAGARLO. Tenemos en cuenta que este gran alboroto y susto general se producía en una noche fría, en la madrugada, en un pueblo a oscuras, sin alumbrado público en las calles.



Valeriano el cabrero. Todo un héroe. Niña abandonada

Valeriano era soriano, nacido en el importante pueblo de San Pedro Manrique. Se ganaba la vida trabajando de jornalero y se había casado con una moza de la misma localidad llamada Marina.

Eran tiempos difíciles, de mucha pobreza y paro obrero. Se enteró de que en San Vicente necesitaban un pastor para cuidar el rebaño de cabras del pueblo y como él tenía experiencia en el cuidado de estos animales, aceptó el oficio y junto con su esposa vinieron a este pueblo.

El pobre Valeriano se pasaba todo el día con las cabras por el monte, sufriendo todas las inclemencias del tiempo y las largas caminatas, pues la cabra es un animal muy inquieto y andarín.

Si no estaba el campo cubierto de nieve las tenía que sacar todos los días. También tenía que traer leña del monte para calentar su casa y que su mujer hiciera las comidas. Acarreaba sobre sus espaldas grandes y pesados fardos de estropas trayéndolos del monte desde muy lejos y por muy malos caminos y esto sin descuidar la vigilancia sobre el rebaño cabrío. Claro que tenía un perro muy bueno que le ayudaba mucho.

Un día del mes de enero llegó a San Vicente una hermana de Marina. Venía a pasar con ellos una temporada. En esto nadie vio nada malo ni sospechó nada anormal. Pasaban los días y la cuñada no salía de casa, claro que a nadie le extrañaba, porque hacia mucho frío y apenas paraba nadie por las calles.

Pero una mañana... era la hora de tocar la corneta y sacar las cabras a la calle para agruparlas y llevarlas al campo y que Valeriano no salía de su casa. Los vecinos salían a la calle y decían: «Pues que raro....» Porque el hombre era muy buen pastor, cumplía muy bien y todos estaban muy contentos con él. Pasaba el tiempo... ¿Estaría enfermo? Como ya estaban tan impacientes se acercaron a su casa. Salió a la ventana Marina, su mujer, y les dijo que Valeriano no estaba que se había ido a Logroño para llevarles a las monjas EL NIÑO QUE AQUELLA NOCHE HABÍA TENIDO SU HERMANA. Todos se quedaron como si les hubieran echado un jarro de agua fría. Estupefactos.

Este hombre, como era tan bueno se preparó bien para su viaje. Dispuesto a pisar mucha nieve: con pellejos y abarcas en los pies, polainas, el tapabocas, el pasamontañas y en las alforjas que tenía para traer al pueblo los cabritos que nacían en el monte metió al niño recién nacido envuelto en paños.

Con el cayado en la mano y sin pensarlo dos veces se tiró monte arriba dispuesto a pasar montañas y barrancos, por caminos malísimos y con el frío y la nieve. Tenía que andar y deprisa durante cinco horas seguidas, hasta llegar a Logroño, a la Casa de Beneficencia (LA INCLUSA) y dejar allí aquel niño que se quedaría a ver si un día alguien lo adoptaba. A Valeriano le esperaban otras cinco horas del camino de vuelta a su casa, sufriendo las mismas penas y dificultades que las que a la ida había pasado.



Casa en la Calleja Vieja, sobre al lavadero.

Todos comprendieron en el pueblo lo ocurrido y del tema hicieron mil comentarios, que la cuñada había sido seducida por algún mozo de San Pedro de Manrique, que luego no quiso casarse con ella ni aceptar al niño. Por ello, ella habría huido a San Vicente ocultando a las gentes de su pueblo la amargura de su fracaso amoroso.

También en Munilla hubo otro bebé abandonado. Una mañana temprano salió del pueblo un hombre llamado Ángel. Se disponía a tomar el camino de Enciso. Pasó por Fuente Paloma y al llegar a la ermita de San Francisco oyó llorar a un recién nacido, buscó en la dirección de los lloros y descubrió un envoltorio en el que estaba una niña de pocas horas de vida. Podía haber sido devorada por los perros y los zorros.

La recogió y la llevó a su casa y aunque tenía otros hijos, de acuerdo con su mujer decidieron adoptarla. Hechos los trámites pertinentes fue inscrita en el Registro como BÁRBARA DE MUNILLA. Pasados los años vivió en el barrio obrero del Cortijo. Era toda una mujer, alta y esbelta, muy querida por todos por lo bondadosa que ella era.



Humor. Cosas de niños. Tres anécdotas

La maestra sustituta

Un día, cuando yo estaba en la escuela -cuenta Carmelo Mazo-, faltó la maestra, Doña Isidora, y dejó en su puesto a una hija suya llamada Elena que a mi me pasaba cuatro años (ella tendría trece) Nos iba preguntando la lección uno a uno. A mi me dice: «Ven a la mesa»... Me preguntó: ¿Cuántas son dieciséis?... Y yo callaba esperando que me dijera más. (Ella era pilla y granuja y me preguntaba con mala intención) Ya estaba con una regla en la mano preparada para pegarme. Y yo que era un poco cobarde estaba asustado y encogido. Me volvió a preguntar: ¿Cuántas son dieciséis? Yo de pie y firme. Ella callada. Quería estrenar la regla en mi cabeza. Por fin se desahogó y pegándome dos veces con la regla me explicó DIECISÉIS son DIEZ MÁS SEIS.

El tío Cucho

Este era un hombre viejo que vestía unos pantalones remendados, un amplio blusón negro y calzaba alpargatas. Vivía en Munilla, barrio de Puerta la Villa, en una casa situada enfrente de la taberna de la tía Emilia, «la Tarara». Por el motivo que fuera subió a San Vicente y marchaba por la calle del Sol. Vio a unos niños sentados en los escalones junto a la verja de la iglesia. También los niños le vieron a él y siguiéndole comenzaron a gritarle: «tío Cucho, tío Cucho, tío Cucho»... con esa insistencia pertinaz que acostumbran los peques. Era lo peor que podían hacer porque tal cosa indignaba mucho a aquel hombre. Suponía que lo hacían para insultarle y recordarle la mala fama que tenía su hija «la Cucha». Así es que se volvió y quiso castigar a aquellos pequeños malvados. Llegándose a los niños sacó del bolsillo con la mano izquierda una moneda de diez céntimos (perra gorda) y enseñándosela les dijo: «Se la daré al que me ha llamado tío Cucho». Una niña llamada Engracia, atrevida y codiciosa dijo: «Yo he sido» Y alargó la mano para coger la moneda. El hombre le alargó la moneda de su mano izquierda, pero cuando ella iba a cogerla el viejo, como un rayo, descargó sobre su cara con la mano derecha un tremendo bofetón. Al ver lo que allí se repartía todos los niños huyeron como gorriones asustados.

La tía Felisarca y su cerezo

Era un hermoso árbol que en el mes de junio se cargaba de grandes, brillantes y apetitosas cerezas. Al contemplarlas los niños se les llenaba el alma de mil tentaciones, ansias y congojas. Como por otra parte en San Vicente escaseaban los árboles frutales, es natural que los niños intentaran saquear el árbol prohibido. Pero allí, de guardia, estaba la tía Felisarca armada de un respetable garrote... para impedir los asaltos. Aún así lograban a veces los niños robarle cerezas. Ella que parecía que las tenía contadas, lo notaba y preguntaba ¿Quién ha sido? Otras veces los perseguía, pero no podía cogerlos. Al final, (y aquí está lo bonito del caso) los pequeños ladronzuelos comprendieron que la señora tenía razón y tenían que darle una compensación. Cómo que uno de ellos se dejara coger y le castigara la señora pagándole los robos de todos. ¡QUÉ MARAVILLOSA PSICOLOGÍA VIVÍA EN AQUELLOS PEQUEÑOS CEREBROS! Así es que convencieron al niño más codicioso y débil mental, Félix el Torrino. A cambio le dieron las cosas que él pidió y se dejó coger por la señora cuando robaban cerezas. Recibió muchos tirones de pelo, de orejas y palos y comprendió llorando que había hecho un mal negocio.



La calle del sol. Al fondo el Lavadero

La traviesa Marcela

En el verano -cuenta Carmelo Mazo-, cuando a la hora del mediodía hacía más calor se amorrraban las ovejas y los pastores nos echábamos a

nadar en los pozos. Un día que estábamos solos Marcos y yo, viendo que no había nadie por los alrededores nos desnudamos del todo y dejamos la ropa esparcida por la hierba, tirada en desorden y con el traje de baño más natural, bonito y duradero, nos metimos en el pozo. Nos refrescamos y salimos muy contentos. Yo creía que mi ropa la había dejado por aquí y nos está: yo también y venga a buscar la ropa, pero nada. Dando vueltas buscando la ropa, descalzos, con el culo al aire y la colilla bailando hacíamos unas tristes y ridículas figuras. De pronto se asomó por unas zarzas la pastora Marcela y venga a reírse. Nos había escondido ella las ropas y cuando las buscábamos lejos de donde estaban nos gritaba ¡Frío! ¡Frío!... Si nos acercábamos a donde se hallaban gritaba ¡Caliente! ¡Caliente!... Y así hasta que acertamos a encontrar nuestras ropas. Ella se pasó un rato divertidísimo gozando del espectáculo. Nosotros nos vestimos furiosos y avergonzados. Ella escapó corriendo, porque si la llegamos a coger la tiramos al pozo.



La juventud y la música. La orquestina

Que inmensa diferencia se observa hoy al comparar estos dos conceptos estudiándolos como eran en tiempo pasados y como son en los días de hoy. La misma diferencia abismal que hay entre la vida rural que fue y la frenética vida urbana que hoy tenemos, entre aquella ruda sociedad campesina y la cómoda vida actual.

Pero siempre hubo algo esencialmente necesario LA MÚSICA Y EL BAILE PARA LOS JÓVENES. Y con la música, los músicos.

En aquellas remotas aldeas y pueblos perdidos entre las montañas vivían las gentes aisladas del mundo, dedicadas a la agricultura y a la ganadería. Los mozos y las mozas se conocían bien entre ellos, los méritos y defectos de cada cual, sus virtudes y deficiencias y era natural que entre ellos surgieran atracciones y aversiones, todo a través del trato cercano de la vida diaria.

Pero al mozo que le gustaba una chica o a la moza que le atraía un joven, les faltaba el motivo y la ocasión para un roce más íntimo, más cercano. Esto lo conseguían con el baile, las fiestas y las romerías. El baile en la plaza o en salón era esperado y deseado por todos; para «pescar novio», decían ellas. Y para el baile hacían falta música y músicos.

No es nuestro objetivo tratar de los motivos o temas musicales escritos en los pentagramas y reproducidos por los instrumentos. Durante siglos no hubo en las aldeas más música que la de los gaiteros (gaita o dulzaina y tamboril), pero ya en pueblos pequeños surgieron en el siglo pasado, en unos sitios antes y en otros después, cuadrillas o grupitos de músicos que dirigidos por el joven más hábil y mejor dotado, con más aptitud para la música, lograba enseñar a otros. Ellos sustituían, aunque no del todo, a los gaiteros, que eran más baratos para los presupuestos de los Ayuntamientos.

Así ocurrió en San Vicente: gaiteros hasta los años 30; músicos de Santa Eulalia en los años 40 y después, Adolfo y sus músicos. Y nos escribe Adolfo Pellejero, nacido en San Vicente y residente en San Adrián de Navarra: «Por las noches, a la luz de un candil de petróleo, colgado en la chimenea

de la cocina, enseñaba yo solfeo a algunos jóvenes del pueblo. Con mucha paciencia y muchas noches de estudio y prácticas salieron adelante (cuanto ahorrarían para comprar los instrumentos).

- Ángel Gil tocaba el clarinete.
- Segundo Torre, el saxofón (tenor).
- Fidel Mazo, la trompeta.
- Mi hermano José, la batería y cuando faltaba él la tocaba mi hermano Marino.
- Adolfo tocaba el clarinete.

Entre todos formamos un grupo como una orquestina. En Munilla se formó y funcionó otra orquestina dirigida por Luis Fernández Aguirre que se disolvió en 1944.

En la década de los años 50 nos dedicamos a tocar en las fiestas de los pueblos más cercanos de nuestra comarca. Atravesando montes y barrancos, andando por caminos escabrosos, llevando los instrumentos a lomos de caballerías, aguantando los fríos de los inviernos y los calores de los veranos, íbamos contentos a las fiestas, porque las gentes nos recibían con gran alegría y nos apreciaban mucho y nosotros a ellos. También nos portábamos bien con la juventud. Siempre a la hora de terminar el baile nos pedían a gritos que tocáramos más ¡Otra más! ¡Otra más! Y así varias veces.

También yo (Adolfo) me dedicaba con un gaitero del pueblo de Yanguas, que se llamaba Félix, a tocar en las fiestas del Nuño en Grávalos, en los días de Navidad y Año Nuevo. Esto lo apreciaban allí mucho.

También solíamos tocar en las fiestas de San Juan, en la ciudad de Soria. Esto lo hacíamos acompañando a los mozos que iban en cuadrillas, formando Peñas. «Por tanto llevábamos una vida muy alegre». Y así, en las fiestas y en los bailes cuajaban y se consolidaban noviazgos, muchas veces entre jóvenes de localidades distintas, aunque geográficamente cercanas».

Vecinos que había en el año 1950

Es muy curioso el caso del matrimonio formado por Rufino Pellejero y Rita Benito que se bajaron a vivir a Munilla junto con sus hijos para que estos trabajaran en las fábricas de la Villa sin dejar por ello de subir a San Vicente con asiduidad para trabajar las fincas que allí tenían desde siempre con lo cual conocían muy bien a todas las personas que allí vivían. Ello ha permitido a su hija Matilde, dotada de una memoria prodigiosa, darnos la relación de los vecinos de San Vicente, la calle en la que vivían y los hijos que tenían, según exponemos a continuación:

CALLE DEL CANTÓN

Esteban y Martina (Corchetes)	1 hijo y 2 hijas	5 personas
Aniceto y Eulalia (Zoqueta)	2 hijos y 2 hijas	6 personas
Tomás y Estefanía (Mediarroba)	2 hijos y 1 hija	5 personas
Hilario y Justa (Carretón)	4 hijos y 1 hija	7 personas
Francisco y María	4 hijos y 2 hijas	8 personas
Rufino y Rita (El chato)	1 hijo y 3 hijas	6 personas
Tomás y Vicenta (Perico)	1 hijo y 1 hija	4 personas
Guillermo B. Y Matilde S. (Pato)	1 hija	3 personas
Eloy S. Y Mari Cruz Gil	1 hijo y 1 hija	4 personas

CASALITO BAJO EL CANTÓN

Ezequiel Ocón y Juana S.	1 hijo y 2 hijas	5 personas
Vitoriano y Paula (Zorrito)	2 hijas	4 personas

CALLE SALIENDO DEL CANTÓN HACIA LAS ERAS

Mateo Gil y Petra (Blanquilla)	3 hijos y 1 hija	6 personas
Nemesio y Milagros	1 hijo y 1 hija	4 personas

CALLE ESTRECHA

Vicente y Tomasa (Machito)	1 hijo	3 personas
Celedonio e Isidora	1 hijo	3 personas
Julio Mazo y María Gil (La Zurda)	1 hijo y 2 hijas	5 personas
Juanito e Isabel (Berris)	3 hijos y 1 hija	6 personas
Ignacio Gil y Ángela	1 hijo y 1 hija	4 personas
Eugenio e Isabel (Peluche)	2 hijos	4 personas
Tomasa Gil (soltera) Frente a la casa del cura	1 persona	

EN LA PLAZA

Fructoso y Ángela (Moquillo)	2 hijas	4 personas
Gregorio y Celestina	4 hijos y 1 hija	7 personas
Aurelio y Milagros	2 hijas	4 personas
Feliciano y Nicolasa	2 hijos y 1 hija	5 personas

CALLE ABAJO Y ESQUINA

Rufina (viuda) (Torrinos)	1 hijo y 2 hijas	4 personas
Juanito Gil y Emilia S.	2 hijos y 1 hija	5 personas
Esteban y María	2 hijos y 1 hija	5 personas
Ángel y Eugenia (La Mansa)	1 hijo y 5 hijas	8 personas



Un grupo de Amigos de la Asociación de San Vicente

DESDE EL CEMENTERIO HACIA ARRIBA

Adolfo y Eusebia	3 hijas	5 personas
Timoteo Ocón y Eulalia S.	1 hijo y 2 hijas	5 personas
José Gil y Matilde	2 hijos y 1 hija	5 personas
Bernardo (Petrón) y María	1 hijo y 1 hija	4 personas

Domingo y Joaquina (Ribote)	1 hijo y 1 hija	4 personas
Sergio y Crescencia	1 hija	3 personas
Guillermo y Petra (Forraje)	1 hijo y 1 hija	4 personas
Lorenzo y Fernanda (Buzarro)	2 hijas	4 personas
Rufino y María (la Petrona)	1 hijo	3 personas
Fructuoso y Alfonsa (Cojito)	1 hijo y 3 hijas	6 personas
Juana	2 hijos y 5 hijas	8 personas
Alejandro (Cabias) y Mariana	1 hijo y 2 hijas	5 personas
Basilisa (viuda) (Baturros)	3 hijos	4 personas
Miguel P. y Alejandra (Romanones)	1 hija	3 personas

CALLE DEL SOL

Pedro (Marinero) y Margarita	2 hijos y 3 hijas	7 personas
Tomás y María (Berrina)	3 hijos 1 y hija	6 personas
Faustina (viuda)	4 hijos y 1 hija	6 personas
Juan de Dios y Vitoriana (Perulo)	2 hijos y 2 hijas	6 personas
Manuel y María	1 hijo y 2 hijas	5 personas
Valeriano y Mariana (Cabrero)	2 hijos y 1 hija	5 personas
Francisco (Borde) y Anastasia	2 hijos y 2 hijas	6 personas
Rufino y Antonia (Fonsilla)	3 hijas	5 personas
Pedro y Engracia (Chechero)	1 hijo y 1 hija	4 personas
Benito y Tomasa	1 hijo y 1 hija	4 personas
Fructuoso e Ildefonsa (Mil hombres)	3 hijos	5 personas

En resumen había 48 matrimonios, 4 mujeres solas, 78 hijos y 76 hijas, lo que sumaba un total de 254 personas.

Suponiendo que los datos anteriores fuesen ciertos, ya que son similares a los aportados por otros vecinos del pueblo, es evidente que al compararlos con los conocidos del censo de 1874, se ha producido una sensible disminución de la población, en torno a los 52 habitantes. Dicha reducción demográfica estuvo motivada, sobre todo, por la emigración a los núcleos urbanos, más que por un aumento de la mortalidad.



Don Bernardo Fernández del Rincón

Nació en San Vicente de Munilla el día 20 de agosto de 1886 y murió en Calahorra el día 22 de mayo de 1956, a los 70 años.

Era hijo de Hilaria y de Norberto. Hombre de notable bondad, valía y religiosidad, carpintero y cartero del pueblo toda su vida, además de labrador.



En la fotografía lleva puesta la medalla de la Sociedad de los Previsores del Porvenir.

Éstos formaban una Asociación de Ayuda Mutua creada en Madrid el año 1904. Se extendió muchísimo por toda España. En Munilla y en San Vicente tuvo muchos afiliados.

En el año 1906, el señor Bernardo era el representante o gestor de los Previsores de San Vicente y tenía el número de afiliación 26.949.

Los Socios Previsores pagaban las cuotas mensuales que fijaba la Asociación y si no dejaban de cotizar, al llegar a cierta edad cobraban una pensión que provenía de las cuotas pagadas por todos y que gestionadas por los Previsores producían unos beneficios o ganancias.

La vida de esta asociación estuvo llena de reclamaciones y juicios, sobre todo en los años 1919 y 1920.

En 1946, con el Gobierno del General Franco, pasó a ser una Mutualidad de Trabajadores: «Mutualidad de Previsores Reunidos».

En 1956 dedicándose a más actividades que la Previsión, fue una Sociedad Anónima de Previsores Reunidos y al año siguiente se llamó de «Seguros Generales S. A.».

Con todos estos cambios, los Previsores del Porvenir quebraron como aseguradores de la vejez de la gente humilde y liquidada la Asociación muchos socios cobraron y otros muchos no recibieron nada.

Esto le causó al señor Bernardo un gran dolor. Hizo muchas gestiones y reclamaciones, pero no consiguió nada.

Este trauma y su enfermedad le produjeron la muerte.

Por desgracia para nosotros a su muerte no nos dejó ninguna documentación y sí muchas preguntas sin respuesta: ¿Cuántos afiliados a los previsores había en San Vicente? ¿Qué cuota pagaban? ¿Durante cuántos años? ¿A qué edad cobraban? ¿Y en qué cuantía? ¿Cuántos y quiénes fueron los que cobraron? ¿Y quiénes no recibieron nada?

Aún viven personas que aseguran haber visto al Sr. Bernardo cobrar por las casas de Munilla las cuotas de los afiliados a la Sociedad los Previsores del Porvenir.

La Emigración

Desde siempre y en todos los siglos este pueblo fue propicio a la emigración. La producía el aumento de población y la imposibilidad de alimentarla. La pobreza de las tierras cultivables, el clima tan duro y extremado, la escasez de viviendas y de pastizales. Todo incitaba a lo mismo: emigrar. El lugar más inmediato y accesible para hacerlo, si había ocasión, era la villa de Munilla de la cual San Vicente era su aldea más cercana. Todo dependía de que los emigrantes encontraran tierras de secano para sembrar cereales, de sí se podían colocar en la industria textil, o si conseguían viviendas para habitar. Constatamos la existencia en Munilla de tres familias procedentes de San Vicente.

Así lo comprobamos en el censo de población del año 1874. vemos instaladas en Munilla tres familias bajadas de San Vicente:

- Blas Pellejero Fernández, de 45 años, viudo, labrador, con su madre viuda Servanda y los tres hijos de Blas: Carlos (Pellejero Gil), Crisantos y Emilia.
- Tomás Andrés Miguel, de 35 años, jornalero. Y su esposa Eugenia Hernández del Río, con su hijo Manuel de 1 año, al que luego llamarían Manuel «el Manso».
- Saturnino Andrés Miguel, de 53 años, tejedor, apodado «Mochito» (Saturnino) con su esposa Aniceta Ocón Hernández, de 48 años, con sus hijos: Alejandro Andrés Ocón, de 14 años y su hermana Gabina, de 9 años. Este «Mochito» tenía en San Vicente un hermano apodado «Perulo».

No hemos podido probar documentalmente si desde 1874 hasta 1930 hubo más familias que desde San Vicente se bajaran a vivir a Munilla, pero seguro que las hubo, ya que en este período de tiempo las industrias de Munilla se desarrollaron muchísimo llegando a su mayor esplendor. Según el Censo Industrial del año 1915 esta Villa era la sexta localidad más importante de La Rioja por el número de industrias y la cuarta por el número de obreros.

En el año 1928 la empresa Fernández Hermanos trasladó obreros de Munilla a sus incipientes instalaciones de Logroño. También la empresa SEVILLAS hizo lo mismo en Arnedo en 1930. en 1944 los Fernández Hermanos abandonaron definitivamente Munilla. Cuando en el mes de agosto de 1950 se fue a Calahorra la industria de Justo Antonio Aguirre, con ella se fueron desde San Vicente Manuela Fernández y sus siete hijos y Félix Rabanera con su esposa Concha Iturriaga.

En locales abandonados por las industrias idas se formaron otras menos importantes: Andrés Martínez, Cándido Subirán, Textil Elgesa. Emiliano Forcen.

A partir de 1930 y hasta 1975 se fueron trasladando a Munilla desde San Vicente muchas personas:

- Manuel Sánchez y Petra Santolalla, con un hijo y una hija.
- Rufino Pellejero y Rita Benito (1950), con un hijo y tres hijas.
- Mateo Gil y Petra Gil, con tres hijos y una hija.
- Rufino Santolalla y Antonia (Fonsilla), con tres hijas.
- Vicente Miguel (Machito) y Tomasa, con un hijo.
- Basilisa, viuda, madre de Eloy y Rufino.
- Fernanda, viuda de Lorenzo, madre de dos hijas.
- Victoria y Candelas Mazo (Las Curas)
- Goya Martínez, Hilario Fernández (Carretón)
- Concha y su hermanastro Andrés, solteros.

Mientras unas personas emigraban a Munilla otras lo hacían a distintos puntos de España. Lo sabemos por datos que da el documento Crónica parroquial, aunque ésta no pretendiera registrar a todos los que se iban (sólo si marchaban a América)

- Pedro Santolalla Torre, que desde la ciudad de Tuy (Pontevedra) en la que era comerciante, envió a su pueblo el regalo de una capa y dos casullas para el párroco.
- Hilario Calvo Marín, desde Huesca, recuerda mucho a su pueblo y le mandó el regalo de un terno rojo de algodón bordado en seda.
- Isidora Miguel Ocón, residente en Bilbao, manda un regalo caro; un palio de seda y cuatro barras doradas.
- Blanca, hija de Federico Blanco, unas cortinillas de seda.

- Andrés Perea, desde Bilbao, le envió un buen donativo al cura, al que el gobierno republicano había dejado sin sueldo.

Y no contamos a los muchos que desde diferentes ciudades dieron donativos para entarimar la iglesia de su San Vicente.

La emigración no cesaba en los siglos xix y xx. Se fueron a América (Crónica parroquial) La relación no es exhaustiva. Faltan datos.

- Agapito García y su esposa Teresa emigraron a Chile. Teresa tenía tres hermanos: Hilario, Elías y Justo. Estos tres amasaron en Argentina una gran fortuna. UN HIJO DE HILARIO LLEGÓ A LO MÁS ALTO, FUE UN FAMOSO RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES.
- Hernán García, nieto de Teresa fue ingeniero en Chile y hoy reside con su esposa y tres hijos en Miami (EE.UU.)
- En 1924 se fue a San Felipe (Chile) el joven de 17 años José Gil Gil. Era hijo de Melchor y de Faustina.
- El mismo año, otro joven de 24 años, Pedro Martínez Pellejero, hijo de Raimundo y María emigró a Santiago del Estéreo (Argentina)
- A Brasil y Caracas se fueron en 1940 tres matrimonios: Pedro Fernández y Engracia Pellejero, Gregorio Gil y Benita Gil y Ángel Santolalla con María Santos.



*Torre de espadaña
reforzada y casa
de la Plaza*

En general podemos decir que entre los años 1950 y 1958 hubo en San Vicente un gran descenso de población. El censo, que era de 260 personas pasó a contar solamente con 125. Lo mismo ocurría en los pueblos de alrededor: Zarzosa, Larriba, La Santa, Santa Engracia, Lagunilla, etc...

En Munilla la empresa a SEVILLAS trasladó a Arnedo la fabricación de zapatillas, dejando en Munilla parte de la fabricación de paños, pero al morir en 1954 Don Cándido Sevilla cerraron del todo.

Entre 1930 y 1960 Munilla perdió 1.000 habitantes. Si tenía 1.645 se quedaron en 600. del 1960 al 1975 perdió otros 500, se quedó en 135. Esto era muy malo para los de San Vicente pues al despoblar la Villa los periódicos que los sanvicenteños ganaban en ella ya no los tenían. Tampoco había clientes que les compraran los productos que antes bajaban al mercado de los domingos, ni los corderos que bajaban a las carnicerías, porque éstas se habían cerrado.

En los 14 años siguientes 1958 al 1972 se generalizó la emigración, la diáspora de las 125 personas que quedaban. En 1971 en San Vicente ya no quedaba nadie. LOS ÚLTIMOS QUE DIJERON ADIOS A SU PUEBLO FUERON: VICTORIANO Y SU ESPOSA MANUELA.

¡Con qué pena se irían de San Vicente estas dos personas! Atrás dejaban su juventud, sus penas, alegrías y trabajos, sus mejores recuerdos, los muertos de sus familias. Y marchaban hacia un futuro incierto a una sociedad desconocida y a menudo hostil.

Carmelo y Adolfo hacen recuento de los emigrantes más recientes y señalan:

A Barcelona	11
A Arnedo	6
A Calahorra	32
A Logroño	63
A San Adrián	11

Recuerdan que fue en 1961 cuando nació y fue bautizada la última criatura nacida en el pueblo; era una niña llamada BEGOÑA PELLEJERO REINARES.

Leyendo todo lo anteriormente escrito en este artículo se puede entender bien las causas de la desbandada general y el despoblamiento total. Además añadimos:

1. El efecto psicológico que producía el ver marchar a otras familias, incitaba a hacer lo mismo a los que aún quedaban.
2. Al emigrar primero los jóvenes del pueblo arrastraban luego con ellos a sus familias.
3. En los años de 1960 se produjo en toda España un fenómeno demográfico y social por el cual tres millones de españoles dejaron las aldeas y tierras más miserables y se fueron a vivir a las ciudades donde se estaba produciendo una gran industrialización promovida por las remesas de dinero que enviaban a España los emigrantes españoles que trabajaban en otras naciones de Europa; por las capitales extranjeros que se invertían en España; y por el enorme incremento del turismo que aquí dejaba millones y divisas y originaba trabajo en ciudades y costas.

Al quedar San Vicente vacío, despoblado, quedó sumido en las ruinas, la desolación y el olvido. Era un pueblo «fantasma». Pronto las aves de rapiña en forma humana se abatieron sobre él: los saqueadores de todas clases, los ladrones de antigüedades, los turistas gamberros, los ocupas, los vaqueros aviesos y codiciosos. Todos a apoderarse de cosas y destruirlas.

Los peores han sido los ocupas que han llenado las eras del pueblo de vehículos chatarroso abandonados.

El Obispo mandó a sus agentes enseguida a llevarse los retablos, las imágenes, los ornamentos, los libros y vestiduras, documentos y hasta los bancos de la iglesia.

Todos los de San Vicente saben que la campana grande de su iglesia está repicando a diario en el monasterio de Valvanera gracias a un hijo del pueblo, el hermano Bernardo (Timoteo).



Ermita Virgen Dolorosa

La Asociación Cultural «Amigos de San Vicente de Munilla»

(Según datos facilitados por el Secretario D. José Pellejero Gil)

A principios del año 1988 varias personas nacidas en San Vicente de Munilla, tuvieron la inquietud de buscar la forma de retornar a su pueblo y recuperar allí unas tradiciones y vivencias que no olvidaban y que eran sus raíces históricas. Se entrevistaron con el que fue sacerdote del pueblo, D. Jesús Nalda Bretón, que les animó a hacerlo. Con fecha 25 de marzo se enviaron cartas a todos los conocidos del pueblo, convocándoles a una reunión en Logroño el día 16 de abril.

Efectuada ésta, acordaron celebrar la fiesta el 19 de junio de ese año, pues no se podía hacer el primer domingo de junio, como era tradición, puesto que tenían que recuperar la Ermita; pero en lo sucesivo se haría el primer domingo.

Otra tradición a recuperar era repartir en la fiesta un bollo de pan con chorizo a todos los asistentes, todo ello para conservar la tradición del bollo con chorizo que los de Munilla traían y se comían en la fiesta. Igualmente se acordó solicitar al Ayuntamiento de Munilla una cántara de vino para repartirlo. Se inició con esa cantidad y ahora se reparten tres cántaras: dos de zurracapote y una de vino.

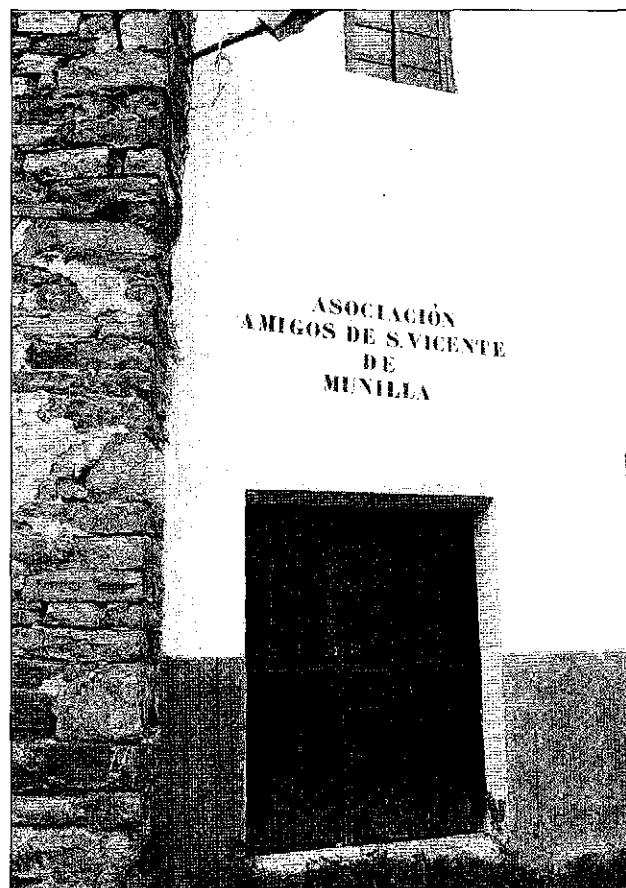
La ilusión de volver al pueblo, recuperar sus lugares más queridos y convivir juntos unas fechas suponía un esfuerzo enorme por parte de todos, hacer gratis muchos y duros trabajos, gastar mucho dinero, hacer engorrosas gestiones y, sobre todo, tener valor y constancia a toda prueba, porque el pueblo a recuperar llevaba casi veinte años abandonado, cubriéndose de ruinas y de maleza y sufriendo agresiones de la climatología, los animales y la maldad humana. Recuperar el pueblo era toda una gran aventura.

Lo primero era arreglar la ermita, que estaba convertida en un corral, con el suelo lleno de estiércol y las paredes llenas de letreros. Sacaron el ciembo y con pintura de cal, cubrieron las paredes y el techo, pusieron

puerta con cerradura, una baranda en el coro y una mesa en el altar. Como con el trabajo de todos, la mano de obra era toda «gratis et amore» pagaron solo el coste de los materiales por valor de 14.240 pesetas. Todo lo realizado era una recuperación elemental y en cierta forma provisional.

Volvieron en los días de otoño y arreglaron los desperfectos del tejado, las tejas rotas y los aleros inseguros. Con gran ilusión, voluntaria y desinteresadamente trabajaron los socios. Los materiales costaron 25.188 pesetas. También trabajaron limpiando la maleza del entorno de la Ermita y las calles por donde tenía que pasar la procesión.

Dos gestiones realizadas fueron: una con el Sr. Obispo, para que cada año les dejase sacar del Museo Diocesano la imagen de la Virgen del Amor Hermoso (conocida como la Virgen de Arriba) Patrona de San Vicente, y subirla al pueblo para la Fiesta. Y otra ante el Ayuntamiento de Munilla, para que cada año les pagara el vino de las fiestas (tres cántaras) como así continúa haciéndolo.



Creación de la Asociación

Fue el día 7 de julio de 1988 cuando quedó legalmente aprobada e inscrita la Asociación, con su Junta Directiva y sus Estatutos.

Un tema urgente era mejorar mucho la pista carretil, que desde la entrada de Munilla llegaba hasta las eras situadas debajo de San Vicente.

Hechos más destacables

Año 1989

Se colocaron tubos para el paso del agua en el arroyo de la Cárcara, por donde pasaba la pista a San Vicente, pues había que vadearlo. Los tubos, material y transporte fueron con cargo al Ayuntamiento de Munilla: 18.775 pesetas. La mano de obra la puso gratis la Asociación. Ésta también arreglo el Salón de Juntas del pueblo. Los materiales y su transporte costaron 46.575 pesetas. Se compraron y trajeron para la Ermita 4 bancos, por valor de 1980 pesetas. Y como el año anterior, una semana antes de la Fiesta, los vecinos limpian el entorno y las calles.

Año 1990

La Junta Directiva pidió al Ayuntamiento de Munilla, que como el Salón de Juntas de San Vicente era suyo, le abonara a la Asociación la factura del arreglo. Se lo denegaron. También pidieron que para la fiesta les trajera la música y les diera cohetes y dos cántaras de vino o, en su defecto, les diera una subvención de 50.000 pesetas. Sólo les concedieron el vino. Consiguió la Asociación que la pista del pueblo se prolongara desde las eras de abajo hasta debajo de la Ermita.

Presentaron al Alcalde una propuesta para restaurar la Ermita de la Virgen de Arriba, para que fuera aprobada por el Pleno del Ayuntamiento y que lo cursaran al Director General del Patrimonio Artístico Histórico de la Comunidad Autónoma de La Rioja. Pero el Pleno del Ayuntamiento no aprobó el presupuesto y por lo tanto quedó sin cursar; por ello, la Asociación se quedó sin poder recibir las ayudas económicas de la Dirección General. El edificio de la escuela estaba ocupado por unos «hippys». Había que realizar gestiones para que lo dejaran libre. Se expuso también la inquietud de la Junta y de los socios por cambiar el trazado de la pista por debajo de la higuera, para evitar el peligro por donde iba el camino. Había que reparar el camino que estaba en malas condiciones para antes de la fiesta.

Año 1991

La Asociación se vio desasistida en el esfuerzo económico de arreglar a fondo la Ermita que era el centro de la Fiesta, por lo tanto, procedió a arreglarla a su costa, picando las paredes interiores, siendo revocadas con masa de hormigón y luego pintadas, haciendo un arco ante el presbiterio, cerrado hasta el techo, que fue un trabajo muy laborioso, invirtiendo entre materiales, su transporte y la mano de obra del albañil, la cantidad de 106.237 pesetas, sin contar el trabajo de los socios.

Año 1992

Como el Ayuntamiento de Munilla no les arreglaba el camino (la pista) solicitaron hablar con el Señor Consejero de Obras Públicas y Urbanismo del Gobierno de La Rioja. La Junta Directiva le presentó una solicitud pidiéndole dicho arreglo. Les recibió y atendió muy bien y les concedió lo que pedían, no así el cambio de trazado de la pista, ni que se hiciera la carretera de Robres a Munilla, que también pedían. La buena noticia del año fue que se marcharon los hippys que ocupaban la escuela de San Vicente. Enseguida la Junta Directiva tomó este local y lo arregló retejándolo, echando suelo nuevo al portal, colocando ventanas y cerradura y pintando el portal, las escaleras y el aula. En materiales y transporte gastaron 69380 pesetas. La mano de obra gratuita fue de los socios. Compraron una cocina para el local que les costó 45.000 pesetas.



Al fondo la pista que representó uno de los logros de la Asociación.

Año 1993

El Ayuntamiento de Munilla y el Departamento de Estructuras Agrarias, arreglaron, por fin, el camino o pista desde Munilla hasta el monte de Periquillo, pero no el tramo de acceso a San Vicente.

En el local de la Escuela colocaron la cocina, caballetes y puertas-tableros para uso de los socios el día de la Fiesta o para cuando quieran ir al pueblo y entrar en la sede de la Asociación, pidiendo previamente las llaves a cualquiera de la Junta. En estas mejoras se invirtieron 78.880 pesetas. Una vez más la mano de obra fue gratuitamente aportada por los socios.

Año 1994

Sin gastos extraordinarios y con toda normalidad se celebró la fiesta el primer domingo de junio.

Año 1995

El socio Fortunato Gil Mazo, proporcionó dos caños para colocarlos en la Fuente de la Plaza. Los colocó en su sitio el socio Santiago Gil Ocón. Los gastos fueron los ordinarios de la fiesta.

Año 1996

El hippy que ocupaba la Ermita de los Dolores se marchó. Con este motivo la Junta Directiva pidió al Sr. Obispo que se la cediera a la Asociación, como así lo hizo por un tiempo de 30 años. Enseguida comenzaron los trabajos en ella: pusieron cerradura, repasaron el tejado, rehicieron la pared exterior, colocaron una alambrada defensiva y acabaron pintando todo el interior y el pórtico. Un buen trabajo, completo y bien hecho.

Año 1997

Los socios empezaron el año plantando dos acacias en el exterior de la Ermita de la Virgen de los Dolores y volvieron a pintar todo el interior y el pórtico. En el Presbiterio, a falta de la imagen de la Virgen, pusieron unos cuadros y la mesa del altar con su mantel correspondiente.

La fachada del edificio que fue Escuela y ya era sede de la Asociación estaba en malas condiciones. Socios y miembros de la Junta la picaron toda, revocándola con hormigón. Cuando estuvo seca la obra, pintaron. Entre todo gastaron 112.140 pesetas.

Año 1998

Por segunda vez consiguió la Asociación que la Consejería de Obras Públicas y Urbanismo del Gobierno Riojano arreglara la pista de acceso al pueblo para el día de la Fiesta.

En el nacimiento del manantial del agua que viene a la fuente del pueblo, había un tubo roto. Los socios descubrieron el punto de la avería, la repararon y en ese lugar pusieron una arqueta para poder limpiar y evitar que se obstruyera la tubería. Los trabajos fueron gratuitos.

Necesitaban tener luz en el local de la Asociación y fue el socio Juan Manuel Montolíu Préjano el que puso una instalación eléctrica acoplable a una batería. Sólo cobró el importe de los materiales: 28.000 pesetas.

Año 1999

Al fin triunfó la Asociación, que tras arduas gestiones y 11 años insistiendo, logró que la Consejería de Medio Ambiente arreglara la pista. Les hizo una pista nueva hasta las eras de arriba y el frontón, con alcantarillado y cunetas en toda la pista, todo eso para la Fiesta. Posteriormente se consiguió echar cemento y cascajo en la cuesta de acceso al pueblo (la esquina) y poner tubos para una nueva alcantarilla y recoger las aguas de la esquina y el frontón.

Se compraron 4 bancos para el local de la Asociación por valor de 20.000 pesetas. Pintaron las puertas del salón y escuela, las ventanas y las rejas.

Año 2000

A pesar de haber echado hormigón la mitad de la cuesta hasta de la Esquina, los de la Junta tuvieron que llevar un camión con cascajo y cemento para encauzar las aguas de las cunetas de ambas vertientes y llevarlas hasta la alcantarilla (subida a la Esquina y subida al frontón). El coste del material y los portes fue de 21.100 pesetas. El trabajo gratis. Otra mejora muy útil fue construir unas escaleras de piedra para tener fácil acceso desde el lugar «El Moral» hasta el «Casalito».

El socio José Ibáñez editó un calendario del año 2001 con fotos de San Vicente, para venderlos en beneficio de la Asociación, de cuya venta obtuvieron 29.800 pesetas.

Año 2001

En verano, la fuente del pueblo manaba poco agua. Había sequía. Para solucionar ésta, la Junta hizo gestiones con el Ayuntamiento de Munilla y

éste les pidió que presentaran un Estudio-Proyecto si querían traer a la Fuente de la Plaza agua del manantial de Fuente Zarza.

En la escalera de acceso al local de la Escuela se colocaron pasamanos a ambos lados. Esta mejora costó 6.600 pesetas.

El 1 de febrero de este año, un maleante asaltó la Ermita de la Virgen de Arriba rompiendo dos ventanas. No se llevó nada, no obstante la Junta puso el hecho en conocimiento de la Guardia Civil. Hubo que reparar el daño y para ello se colocaron dos ventanas nuevas con rejas, cuyos gastos ascendieron a 30.170 pesetas.

Para alumbrar el local y el salón compraron una placa solar por importe de 275.848 pesetas.

Año 2002

Ante el Ayuntamiento de Munilla presentó la Junta Directiva un Estudio-Proyecto para abastecer la fuente de San Vicente con agua traída del manantial de Fuente la Zarza. El presupuesto ascendía a 12.824 euros, o sea 2.133.734 pesetas. El Municipio rechazó el Proyecto dando como razones que el manantial era escaso, que el agua no subiría a la Plaza por su propia presión y que en San Vicente no había en el Censo ninguna persona viviendo.

El socio Jesús Ocón proporcionó al Salón de la sede asociativa, una cocina de butano de tres fuegos.

Año 2003

Se dotó al local de la Asociación de una cafetera y menaje de cocina por valor de 43,15 euros (7.159 pesetas). Para hacer limpieza y obras se compraron tres azadas por 33 euros (5.490 pesetas). En el lugar conocido por «El Valle», se plantaron cuatro ciruelos y dos cerezos, costando todos 21,60 euros (3594 pesetas).

Año 2004

Viendo la Junta directiva que una empresa había instalado postes aero-generadores de electricidad en la Sierra de Santa Ana y en terrenos de San Vicente y sabiendo que estas instalaciones dan buenos ingresos al Ayuntamiento, perteneciendo San Vicente al Municipio de Munilla, la Asociación cree que parte de los ingresos son de su pueblo y por tanto solicitó que el Ayuntamiento los emplee en arreglar el camino, dar agua y electricidad a San Vicente. No se dignó el Ayuntamiento en darles contestación.

A causa de las lluvias caídas se produjo un socavón en el recinto de la Ermita y se cayó una parte de un muro. Los socios arreglaron todo y en ello gastaron 79,21 euros (13.179 pesetas).

En el salón de la Asociación hubo que picar y levantar el suelo y las paredes que se habían ahuecado por la humedad. Los gastos fueron de 93,80 euros (15.607 pesetas). Se colocó una placa metálica en el recinto de la Ermita de la Virgen de Arriba, para que se mantenga limpio, cerrar la verja y que no entren animales, por importe de 77 euros (12.811 pesetas).

Año 2005

En la primavera se llevó al pueblo un camión de arena, cascajo, cemento y mallazo y se echó el suelo del Salón, que fue levantado el año anterior, se revocaron las paredes dándoles zócalo antihumedad. Posteriormente se les dio una mano de pintura, para antes de la Fiesta. En esta obra se invirtieron 842,90 euros (140.246 pesetas).

Actividades

Todos los años, para la celebración de los actos se adorna la Ermita, andas y altares con flores, se ofrecen velas y mientras permanece la imagen de la Virgen en la Ermita están encendidas, se ofrecen tartas, caramelos, galletas, roscos, espárragos, etc. que luego se subastan al acabar la misa. Los actos que se celebran son los siguientes: Procesión, Misa, subasta de ofrendas, rifa de un jamón y de un estuche de tres botellas de vino, reparto del bollo de pan con chorizo, vino y zurracapote para todos los asistentes, la comida la hace cada uno con su familia y amigos, al aire libre en las eras, en el local de la Escuela y en casas recuperadas por los socios.

Por la tarde se hacen juegos infantiles desde el año 1993; en la Ermita se reza el rosario y se hace la despedida de la Virgen de Arriba (Virgen del Amor Hermoso).

Cuando se creó la Asociación contaba con 118 socios. Actualmente cuenta con 155. Contribuyeron con la cuota de 3 euros los socios mayores de 18 años, con 1,50 euros los socios de 14 a 18 años y cuota de 0,60 euros los socios menores de 14 años.

Otro aspecto importante referente a la recuperación del pueblo

Los Amigos de San Vicente han procurado mantener 12 casas habitables en las cuáles han realizado algunas mejoras en estos últimos años.

Los llamados hippys u ocupas, tienen 5 casas y 3 pajares, pero nadie conoce cuantas personas forman este grupo ni a que actividad de subsistencia se dedican.

La Asociación Cultural "Amigos de San Vicente de Munilla" recuerda con todo cariño a los socios que han fallecido después de crearse la Asociación, que son:

En 1988 Justa Benito Mazo. En 1990 Ángela Gil y Gil, José Gil y Gil y Vicente Gil y Gil. En 1992 Rufino Vicario Blanco y Matilde Ocón Santolalla. En 1993 Emilia Santolalla Torre y Bruno Gil Moreno. En 1996 Hilario Robredo Rábano, María Cruz Gil Ocón y Concepción Iturriaga Lázaro. En 1998 Eloy Santolalla Sáenz y Gelasio Gil de Gómez Sáez. En 1999 Herminia Córdoba León, Ángel Martínez Pellejero, Marcos Fernández Blanco y Santiago Gil Ocón. En el 2000 Blanca Díez Martínez y Agapito Ibáñez López. En 2004 Concepción Blanco Reinares y Félix Rabanera Pellejero. Y en 2005 Julián Pellejero Gil.

Conclusión

Cuesta mucho rehabilitar en lo posible un pueblo abandonado. Esto pensaron los hombres y las mujeres que en estos últimos 17 años se han dejado la piel y el dinero en su noble empeño.

Los Amigos de la Asociación Cultural de San Vicente de Munilla son personas entrañables, de un gran mérito personal y que han dado a todo el mundo un alto ejemplo de valor, constancia y entrega. Les deseamos que tengan suerte de poder pasar la antorcha de sus nobles sentimientos y sus valores a jóvenes que continúen la empresa comenzada con tanto éxito.

Es un milagro de honrada administración y de generosidad el hecho de haber gastado casi un millón de pesetas (876.000 ptas.; 5.265 euros), con ingresos tan modestos como son sus cuotas, las ofrendas y las subastas. Si además contamos los más de 5.800 bollos con chorizo que llevan repartidos en fiestas y otros muchos gastos menores concluimos que los sanvicenteños «han pulido» más de un millón de «pelas».

La creación, la financiación y la marcha de la Asociación han sido un todo un éxito. Enhorabuena.



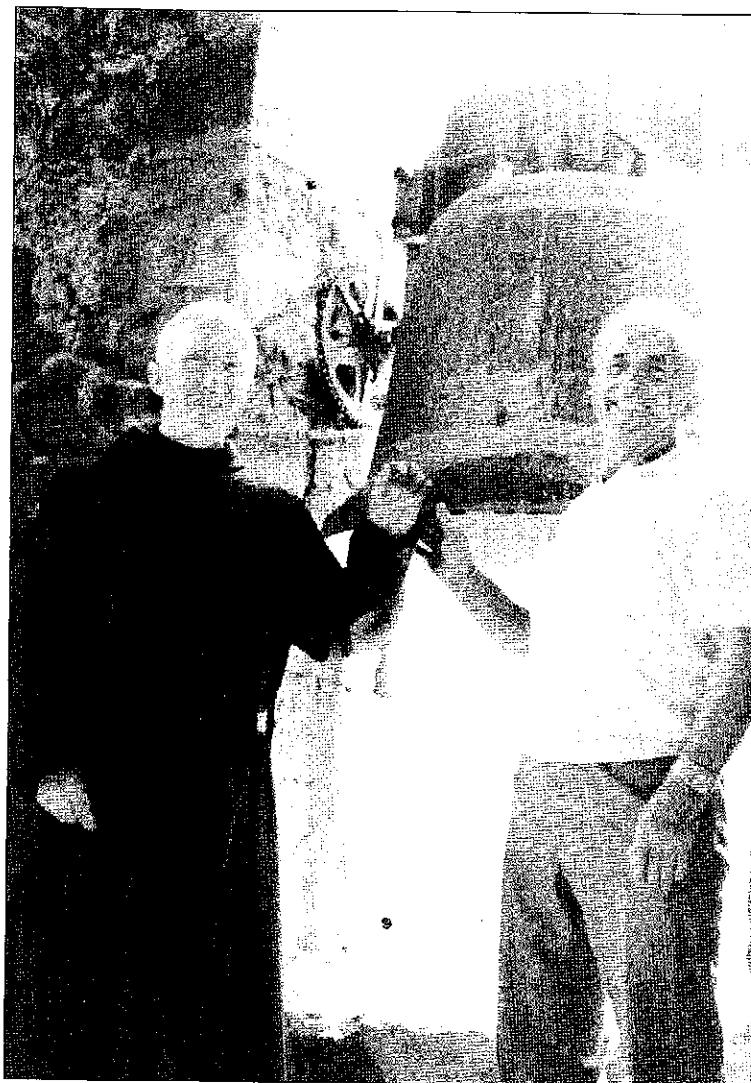
Recuerdos

Hablamos el día de la fiesta del año pasado (2005) con varias personas tratando de averiguar cuáles eran los recuerdos más queridos de su pasada vida en la aldea. Fueron desgranando sus querencias más entrañables: las emociones de las fiestas, los amoríos, las costumbres, los rudos inviernos, los duros trabajos del campo, anécdotas de personajes extraños, la loba hambrienta... De su iglesia, hoy en ruinas, sólo tenían confusos recuerdos con la excepción muy grabada del MONUMENTO A LA EUCHARISTÍA EL DÍA DEL JUEVES SANTO. «Había dos guardias grandes, tan grandes que parecían de verdad. El Sagrario cerrado y puesto en alto, rodeado de docenas de cirios encendidos y flores semejaba una escua de oro. Había un cuadro grande de Jesús en la Última Cena. Y lo más emocionante y más recordado era ver en lo alto AQUEL CORDERO BLANCO MANANDO SANGRE QUE CAÍA, CAÍA... Este cordero lo tenían grabado a fuego en el alma todos los que lo conocieron. Cada año el Sr. Pío y el Sr. Bernardo, dos hombres muy buenos se encargaban de montarlo y de retirarlo.

LA CAMPANA. La campana grande, la última de las varias campanas que se fundieron en San Vicente, ella con sus tañidos de duro bronce, potente voz sonora que llenaba los montes y los valles, estaba profundamente asociada a sus vidas, a sus alegrías y tristezas que no la podían olvidar. Y hoy, cada vez que miran a la torre y ven las cuencas vacías se acuerdan de su gran campana y les duele en el alma su recuerdo.

Tenía un gran yugo de madera con pesados herrajes y era tan pesada «que cuando la volteábamos nos teníamos que agarrar a ella con todas nuestras fuerzas dos o tres mozos a la vez, que si no, no le dábamos la vuelta. Se volteaba pocas veces, sólo en las fiestas o cuando había fuego.» El año que vaciaron la iglesia por quedar la aldea abandonada, para quitar la campana tuvieron que poner buenos andamios y pasar duros trabajos para bajarla al suelo y más esfuerzos aún para trasladarla hasta Munilla donde la cargaron en un camión. La llevaron a Miranda de Ebro para quitarle el yugo y los herrajes. Le pusieron un yugo metálico, badajo nuevo y motor eléctrico. Luego la llevaron al Monasterio de Valvanera y allí la colocaron en lo alto de la fachada sur. Esta campana se salvó gracias a la intervención del benedictino Hermano Bernardo (Timoteo), nacido en San Vicente, pero otras varias hermosas campanas no tuvieron esa suerte;

estaban colocadas en iglesias de pueblos abandonados y como era muy difícil llevarlas a pie de carretera optaron por tirarlas de la torre abajo y al violento choque con el suelo se rompieron.

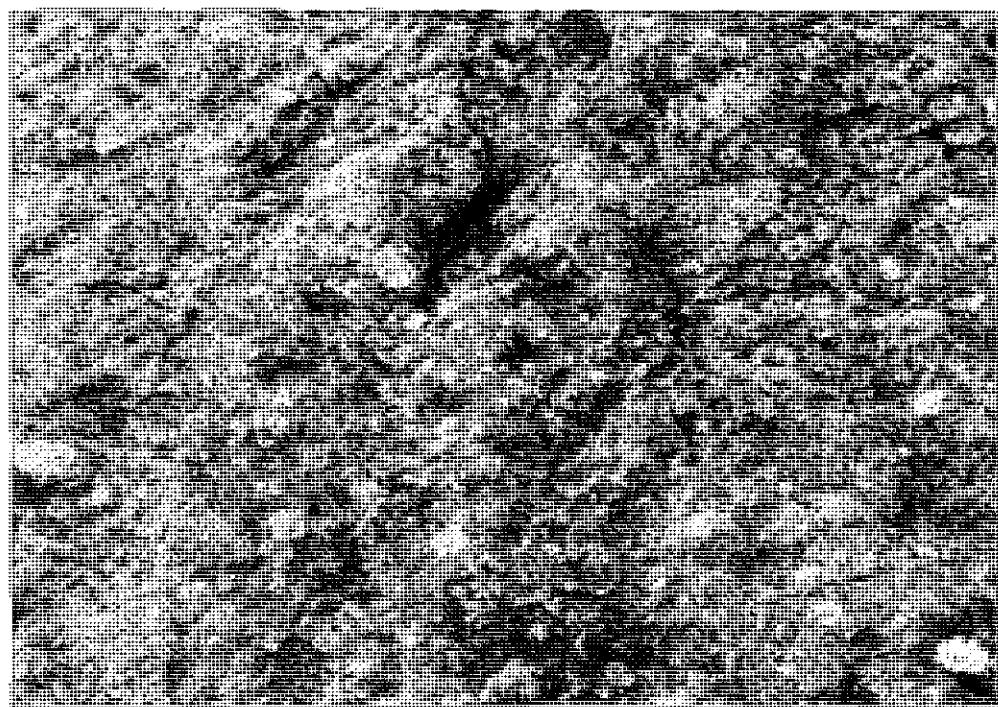


Campana de San Vicente en el Monasterio de Valvanera

En contraste con los hechos expuestos y muy conocidos de todos hay otros sucesos y personajes que nadie recuerda. Quizá porque duraron poco tiempo y pasaron sin dejar huella.

LA MAESTRA. Es el caso de la joven maestra Doña Gloria Esther Marrodán Bravo, nacida en Munilla, hija del mecánico y herrero Benjamín Marrodán Fernández y de Julia Bravo Ruiz. Doña Esther se hizo cargo de la escuela de San Vicente al morir Doña Isidora Sánchez que tantos años había estado enseñando en el pueblo. Tenía 20 años y cada día subía desde Munilla a dar clase a 30 alumnos (niños y niñas) Estuvo 4 años y 7 meses, desde 1944 hasta 1949. Dice ella que por aquellos años también subía a diario a San Vicente el coadjutor de la parroquia de Santa María, sacerdote Don Jesús Nalda Bretón, que daba las clases de religión.

Entre los dos preparaban a los niños para hacer teatro los domingos por la tarde en la escuela. A estas sesiones infantiles asistían padres y madres de los niños. Durante 6 meses Doña Esther dio dos horas de clases nocturnas de alfabetización y labores a mujeres del pueblo, sin cobrar nada por ello. Su sueldo más que pequeño era misero, pues cobraba 460 pesetas al mes.



Icnita de un tridáctilo

Recuerda con mucha emoción y agradecimiento que un día de invierno cayó tan gran nevada que los obreros de San Vicente no pudieron bajar a trabajar a las fábricas de Munilla.

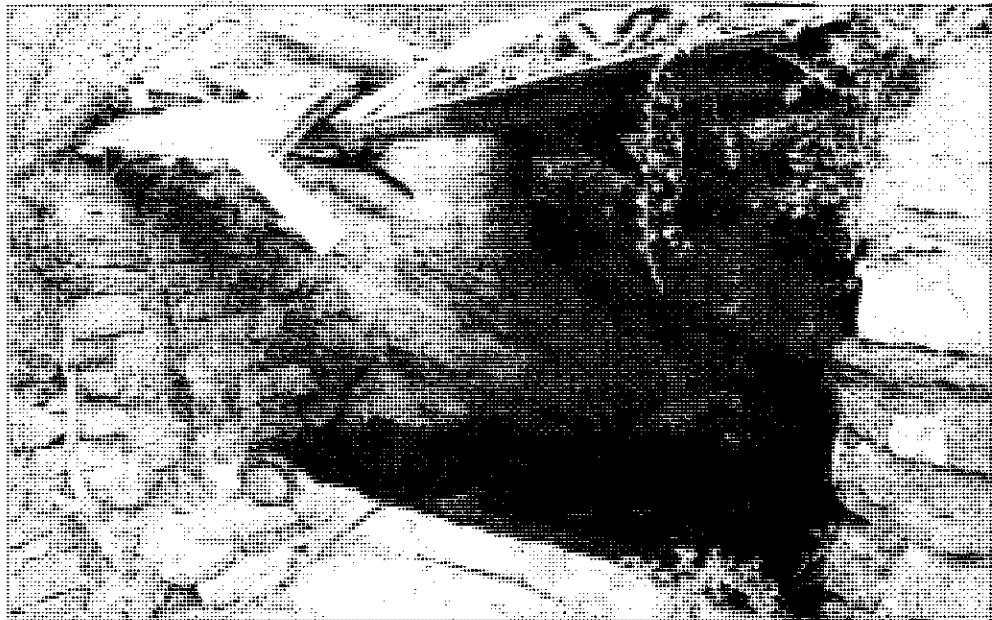
El Alcalde de San Vicente sabiendo lo cumplidora y decidida que era la maestra se molestó en bajar a Munilla a decirle que no se le ocurriera subir a dar clase. Fue un hermoso ejemplo de amor al prójimo. Ya no hay alcaldes así.

Doña Esther dejó la enseñanza para casarse con Don Juan Antonio Pérez que era médico forense de Arnedo. La inspectora de Enseñaza Primaria Doña Dolores Marijuán que conocía bien lo mucho y bien que esta maestra había trabajado en ese pueblo, el esfuerzo y el interés que había puesto en su trabajo le escribió dándole un VOTO DE GRACIAS.

TRES COSAS CURIOSAS. Una es el lavadero del pueblo, situado al Este, al final de la calle del Sol. Está dividido en tres partes: la poza, el abrevadero y el lavadero.

La poza es un depósito tallado en una gran roca, recoge el agua que llega del manantial y la pasa al abrevadero, de donde fluye al lugar de lavar la ropa.

Otra cosa notable son las tres huellas de dinosaurio (icnitas); dos son de animales herbívoros y una de carnívoro. Están cerca de la Ermita de la Virgen Dolorosa, sobre una lastra o peñasco que se asoma al barranco de la Cárcara, cuya agua cayendo produce una bella cascada (cuando hay agua). Se llama el Salto de Peñalén (tercera cosa notable).



Lavadero

ANEXOS

Anexo 1

Fechas y hechos

- 304 22 de enero. Martirio de San Vicente. Diácono.
- 1040 Don García, Rey de Navarra creó el Señorío de Cameros al que estuvieron sujetos Munilla y sus aldeas durante 800 años.
- 1040 El primer Señor fue Fortún Oxoiz y luego sus sucesores hasta 1334.
- 1189 La "Condesa" Doña Sancha dio sus tierras de Munilla al convento de San Prudencio del Monte Laturce (Clavijo)
- 1366 El Rey Enrique II da el Señorío a Don Juan Ramírez de Arellano. Sus sucesores gobernaron el Señorío hasta 1836, fin de los Señoríos.
- 1533 Reinando Carlos I (nieto de los Reyes Católicos) se hizo un censo de población. Munilla tenía 450 habitantes y San Vicente 70.
- 1588 Los de San Vicente construyeron el Hórreo, mientras hacían la iglesia.
- 1599 Construida su iglesia viene Martín Sebastián y levanta el retablo mayor por 36.311 maravedíes (97 ducados)
- 1600 Compraron una custodia por 1.462 maravedíes (está en Munilla)
- 1622 El Sr. Obispo visitó el pueblo, la Parroquia y sus cuentas. Ya existía la Ermita de San Pedro que luego sería de la Virgen de Arriba.
- 1648 Los del pueblo funden una campana para su iglesia.
- 1661 Hacen la cajonería de la sacristía.
- 1662 Aportando sus fincas, réditos y dinero Pedro Fernández Corral fundó una Capellanía de Áimas. La iglesia alquilaba sus fincas.

- 1668 Traen el cuadro de San Buenaventura, el de la suerte. 14 de julio.
- 1677 Milagro de la Virgen de Arriba. Un gran rayo destruyó la ermita.
- 1695 Compran el palio procesional por 34 ducados y 31 reales.
- 1700-1875 (Ciento setenta y cinco años). Tuvieron la costumbre de ir de casa en casa, en días de fiesta, rezando por los difuntos de cada familia.
- 1703 Compran unas andas para llevar a la Virgen en procesiones.
- 1711 Un hijo de San Vicente llegó a ser Abad del Monasterio de Santa María la Real de Nájera.
- 1717-1726 El pueblo reconstruyó la ermita de la Virgen de Arriba.
- 1728 Todo el pueblo hace voto solemne y perpetuo de AYUNAR cada año el día 7 de diciembre. Víspera de la Inmaculada Concepción.
- 1731 De una campana mediana ya rota funden dos campanas pequeñas.
- 1735 Ya tenían en la ermita de la Virgen de Arriba la imagen de Santa Catalina y la gran verja de hierro separando el Presbiterio (como en Canaleja)
- 1736 Traen un Sagrario para la iglesia. 46 ducados, hecho en Navarrete.
- 1753 Hacen el catastro del ministro Marques de la Ensenada. Munilla tenía 1.055 habitantes y San Vicente 205.
- 1797 Bautista Santolalla aporta sus fincas y funda un Aniversario.
- 1801 Del Arca de Misericordia de San Vicente sacan 920 Kg de trigo para remediar al hospital de los pobres de Munilla.
- 1808-1814 Fue la guerra de la Independencia de los españoles frente a los ejércitos de Napoleón.
- 1814 La parroquia de San Vicente vendió las fincas que tenía en Herce y todos los objetos de plata que poseía, reunió 11.000 reales y los dio en préstamo al Ayuntamiento para salvar los años de hambre posteriores a la Guerra de la Independencia. También ese año fundieron una campana grande por 75 ducados.

- 1815 Arreglaron la ermita de Santiago y San Felipe.
- 1821 Inauguraron y bendijeron el cementerio del pueblo.
- 1832 Construyeron el Pórtico de la iglesia por 1.050 reales.
- 1834 Ocurre la primera epidemia de cólera: Munilla 319 muertos y en San Vicente 54.
- 1837 El ministro J.A. Mendizábal arrebata a la iglesia todas sus fincas, tierras, casas, propiedades y objetos de oro y plata. De San Vicente se llevaron la cruz procesional de plata. También la casa parroquial y las fincas de las cofradías.
- 1848 Fundieron la campana grande poniéndole yugo y herrajes. Reforzaron la torre, hicieron el campanario (2.178 reales)
- 1855 Fue la Desamortización de P. Madoz que arrebató a los Ayuntamientos. Vino otra epidemia de cólera. Munilla 416 muertos y San Vicente 31.
- 1870 El gobierno del General Serrano impone el matrimonio civil.
- 1874 En Munilla hacen el censo de población, uno por uno.
- 1890 O no funcionan los Mayordomos o lo hacen irregularmente.
- 1906 Reforma del matrimonio civil de A. Maura.
- 1915 Toma posesión de la parroquia Don Enrique Calleja. Fue el último párroco que vivió en San Vicente. Estuvo 17 años, hasta 1932.
- 1917 Se hizo en la escuela la última subasta de alquiler de las piezas de la Capellanía de Ánimas.
- 1918 Don Enrique reconstruyó la Casa Parroquial en la calle Estrecha. También ese año hubo una epidemia mundial de gripe. En Munilla murieron 37 personas y en San Vicente 7. Gran carestía de vida.
- 1919 El 9 de octubre se impone por ley la jornada laboral de 8 horas.
- 1923 Con el importe de una suscripción popular entariman la iglesia.
- 1924 En pública subasta venden las fincas de la Capellanía por 3.720 pesetas, se las quedó Timoteo Ocón y otros.

- 1924 El 15 de noviembre trajeron por primera vez la luz eléctrica al pueblo de San Vicente
- 1924 Empezaron a emigrar personas hacia Sudamérica.
- 1929 El 7 de julio murió Eusebia Teruel, la madre del cura. Y el 16 de julio una gran tormenta de pedrisco arrasó las cosechas del campo.
- 1930 El 29 de agosto un rayo destruyó el pajar y la cina de meses de Pío Galilea en la era de Moticodiego. Le ayudaron sus convecinos.
- 1930 Llegó a San Vicente el Sr. Obispo para dar la Confirmación.
- 1931 El 14 de abril se proclama en Madrid la Segunda República española y al mes siguiente empezaba la persecución religiosa. El 13 de mayo los padres de los niños reunidos en la escuela rechazaron que se diera a sus hijos enseñanza religiosa.
- 1932 El 18 de septiembre se fue de San Vicente Don Enrique y su hermana Eugenia. Pasó a ser Párroco de Santa María de Munilla.
- 1935 Desde el 1 de enero hasta el 12 de febrero de 1940 sirvió la iglesia de San Vicente Don Sergio Olalquiaga.
- 1936 Inicio de la guerra civil española. Crónica Parroquial no da noticias. Desde 1932 hasta el 31 de diciembre de 1934 estuvo de cura en San Vicente Don Eladio Fernández que vivía en Munilla.
- 1940 En San Vicente vivían 260 personas.
- 1940-...? Fue párroco Don Germán Elías.
- 1940 25 de diciembre. Gran ola de frío con 16 grados bajo cero y una gran nevada.
- 1941 El 15 de febrero vino un fortísimo huracán que destruyó casas y tejados. Tocó a muchos pueblos de La Rioja y a más de 80 iglesias y ermitas.
- 1950-1960 Se fueron del pueblo 135 personas.
- 1960- 971 Se fueron todos los que quedaban.
- 1971 Cayó sobre el pueblo la plaga de invasores y destructores, vaqueros, saqueadores, gamberros y ocupas.

- 1986 La Consejería de Obras Pública construyó la pista carretil desde Munilla a las eras bajeras de San Vicente.
- 1988 El dia 19 de junio y después de 20 años de abandono se celebra en San Vicente la Fiesta de la Virgen de Arriba (del Amor Hermoso). El día 7 de julio de ese año quedó fundada legalmente la Asociación Cultural de Amigos de San Vicente de Munilla con 118 socios
- 1991 La Asociación restaura a su costa la Ermita de la Virgen de Arriba.
- 1992 La Asociación toma y restaura el edificio de la escuela
- 1993 El Ayuntamiento de Munilla hace la pista carretil que empalmando con la de San Vicente pasa por las Icnitas y baja a unirse a la carretera de Robres del Castillo.
- 1996 La Asociación recibe y reconstruye la Ermita de la Virgen de los Dolores (La Dolorosa).
- 1999 Después de once años de insistentes gestiones, la Consejería de Medio Ambiente hizo para San Vicente una pista nueva, variando la vieja y con dos terminales.
- 2001 La junta de la Asociación instaló en el edificio de su sede una placa solar.
- 2003 Una empresa instaló postes eólicos aerogeneradores desde los montes de Santa Ana hasta los de San Vicente.
- 2005 La Asociación sigue mejorando su pueblo y su fiesta. Cuenta hoy con la colaboración de 155 socios.

Anexo 2

Habitantes de San Vicente en el año 1874

Nº	NOMBRE Y APELLIDOS	EDAD	ESTADO CIVIL	PROFESIÓN U OFICIO
REGISTRO				
1769	Carlos Gil y Santolalla	52	Casado	Labrador
1770	Clara Benito y Ocón	44	Casada	Labradora
1771	Francisca Gil y Benito	16	Soltera	Labradora
1772	Simón Pellejero Torre	42	Casado	Labrador
1773	Valentina Gil Murillas	44	Casada	Labradora
1774	Victoriano Pellejero Gil	16	Soltero	Pastor
1775	Francisca Pellejero Gil	14	Soltera	Pastora
1776	Manuel Fernando Martínez	25	Casado	Jornalero
1777	Luisa Miguel Ocón	26	Casada	Jornalera
1778	Anselmo Fernando Miguel	2	Soltero	No
1779	Juan Fernando Miguel	2	Soltero	No
1780	Faustino García Lafuente	50	Viudo	Jornalero
1781	Juana García Fernández	11	Soltera	No
1782	Conrada García Fernández	9	Soltera	No
1783	Agapito García Fernández	7	Soltero	No
1784	Lino Gil y Torre	31	Casado	Empleado
1785	Nicanora Fernández Moreno	28	Casada	Empleada
1786	Felipe Gil y Fernández	3	Soltero	No
1787	María Gil y Fernández	3	Soltera	No
1788	Jacinto Martínez Ocón	32	Casado	Empleado
1789	Felipa Ocón y Jiménez	34	Casada	Empleada
1790	José Martínez y Ochoa	8	Soltero	No
1791	Celestina Martínez Ochoa	2	Soltera	No
1792	Ignacio Gil y Torre	43	Casado	Labrador
1793	Leona Santolalla y Martínez	44	Casada	Labradora
1794	Cipriano Santolalla y Santolaya	7	Soltero	No
1795	Bernardo Gil y Santolalla	3	Soltero	No
1796	Ambrosio Mazo y Benito	35	Casado	Jornalero
1797	Teodora Benito Santolalla	35	Casada	Jornalera
1798	Florentino Mazo Benito	3	Soltero	No
1799	Víctor Gil y Torre	30	Casado	Jornalero
1800	María Cruz Santolalla y Torre	25	Casada	Jornalera
1801	Gerbasio Gil y Santolalla	25	Casado	Jornalero
1802	Lucas Santolalla y Ocón	54	Casado	Labrador
1803	Josefa Tore Benito	56	Casada	Labradora

1804	Benita Santolalla y Torre	22	Soltera	Labradora
1805	Rufino Santolalla Pellejero	32	Casado	Labrador
1806	Martina Santolalla y Martínez	27	Casada	Labradora
1807	Lorenza Santolalla y Santolalla	5	Soltero	No
1808	Martina Santolalla y Santolalla	5	Soltera	No
1809	Manuel Pellejero y Ocón	31	Casado	Labrador
1810	Isabel Santolalla y Pellejero	31	Casada	Labradora
1811	Santiago Pellejero y Santolalla	4	Soltero	No
1812	Rufino Pellejero y Santolalla	1	Soltero	No
1813	Hilario Santolalla Pueyo	49	Casado	Labrador
1814	Lorenza Santolalla Martínez	28	Casada	Labradora
1815	Bruno Santolalla y Santolalla	14	Soltero	No
1816	Juana Santolalla y Santolalla	8	Soltera	No
1817	Lorenzo Santolalla y Santolalla	53	Casado	Labrador
1818	Juana Benito y Fernández	54	Casada	Labradora
1819	Bentura Santolalla y Benito	26	Soltera	Jornalera
1820	Felipe Torre y Ocón	24	Casado	Comerciante
1821	Teresa Ocón y Fernández	21	Casada	Comerciante
1822	Elisa Torre y Ocón	3	Soltera	No
1823	María Torre y Ocón	1	Soltera	No
1824	Victoriano Mazo Iñiguez	18	Soltero	Jornalero
1825	Eulalia Mazo Iñiguez	14	Soltera	No
1826	Margarita Galilea y Diez	49	Viuda	Pobre
1827	Lorenzo Miguel y Galilea	21	Soltero	Jornalero
1828	Gavina Miguel y Galilea	18	Soltera	Jornalera
1829	María Miguel y Galilea	14	Soltera	No
1830	Juan Miguel y Galilea	12	Soltero	No
1831	Cándido Miguel y Galilea	8	Soltero	No
1832	Pedro Gil y Gil	40	Casado	Labrador
1833	Andrea Solana y Reinares	42	Casada	Labradora
1834	Alejandra Gil Pellejero	17	Soltera	Labradora
1835	Josefa Gil Pellejero	13	Soltera	No
1836	Marcelino Gil Solano	11	Soltero	No
1837	Nicolasa Gil Solano	8	Soltera	No
1838	Longinos Gil Solano	6	Soltero	No
1839	Justina Gil Solano	3	Soltera	No
1840	Lucía Gil Solano	1	Soltera	No
1841	Luisa Ocón Santolalla	50	Viuda	Jornalera
1842	Juan Miguel Ocón	21	Soltero	Jornalero
1843	Nicolás Martínez Minguez	48	Casado	Labrador

1844	Ildefonsa Santolalla Ocón	46	Casada	Labradora
1845	Juan Bautista Hurtado Sáenz	61	Casado	Maestro
1846	Wenceslada Gil Martínez	50	Casada	Maestra
1847	María Hurtado Gil	20	Soltera	Maestra
1848	Higinio Hurtado Gil	10	Soltero	No
1849	Benancio Santolalla y Santolalla	30	Casado	Labrador
1850	Petra Gil Santolalla	26	Casada	Labradora
1851	Francisca Santolalla Gil	1	Soltera	No
1852	Santos Marrodán Sáenz	52	Casado	Herrero
1853	Catalina Sáenz Barrio	53	Casada	Herrera
1854	Venancio Ocón y Santolalla	36	Casado	Labrador
1855	Margarita Benito y Santolalla	26	Casada	Labradora
1856	Francisca Ocón y Benito	6	Soltera	No
1857	Francisco Benito y Ocón	49	Viuda	Pobre
1858	Luis Fernández y Benito	39	Casado	Sastre
1859	Anastasio Mazo Gil	32	Casado	Sastre
1860	Ramona Fernández Mazo	9	Soltera	No
1861	Isaac Fernández Mazo	4	Soltero	No
1862	Atanasio Fernández Santolalla	66	Viuda	Labrador
1863	Tirso Benito Ocón	43	Casado	Labrador
1864	Eleuteria Fernández Miguel	38	Casada	Labradora
1865	Juana Benito Fernández	14	Soltera	No
1866	Gregorio Benito Fernández	14	Soltero	No
1867	Isaac Miguel Ocón	31	Casado	Labrador
1868	Lucía Gil Torre	34	Casada	Labradora
1869	Tomasa Miguel Gil	3	Soltera	No
1870	Simón Santolalla Gil	60	Viudo	Propietario
1871	Pedro Ruiz Medrano	44	Casado	Jornalero
1872	Manuela Miguel Ocón	33	Casada	Jornalera
1873	Paulina Ruiz Mazo	14	Soltera	No
1874	Eladia Ruiz Mazo	10	Soltera	No
1875	Salvador Ocón Miguel	38	Casado	Labrador
1876	Estefanía Benito Santolalla	40	Casada	Labradora
1877	Martín Torre Ocón	38	Casado	Labrador
1878	Manuela Ocón Diez	32	Casada	Labradora
1879	María Torre Ocón	11	Soltera	No
1880	Rafaela Torre Ocón	10	Soltera	No
1881	Telesforo Miguel Diez	59	Casado	Jornalero
1882	Antonia Ocón Martínez	59	Casada	Jornalera
1883	Petronila Miguel Ocón	17	Soltera	Jornalera

1884	Hilario Sáenz Quemada	50	Casado	Pastor
1885	Feliciana Fernández Miguel	48	Casada	Pastora
1886	Florentino Sáenz Fernández	17	Soltero	Pastor
1887	Antonia Sáenz Fernández	13	Soltera	No
1888	Juan Mazo Santolalla	50	Casado	Pastor
1889	Romana Ocón y Santolalla	33	Casada	Pastora
1890	Venancio Mazo Ocón	6	Soltero	No
1891	Bernardo Torre Gil	60	Casado	Labrador
1892	Bernabea Reinares y Reinares	59	Casada	Labradora
1893	Mónica Torre y Benito	14	Soltera	No
1894	Canuto Pellejero y Mazo	39	Casado	Labrador
1895	Nicolasa Santolalla y Santolalla	27	Casada	Labradora
1896	Cipriana Pellejero y Santolalla	6	Soltera	No
1897	Pío Santolalla y Santolalla	35	Casado	Propietario
1898	Clara Gil Martínez	18	Casada	Propietaria
1899	Pío Santolalla Mazo	10	Soltera	No
1900	Ángel Santolalla Mazo	7	Soltera	No
1901	Ebarista Fernández	61	Viuda	Labradora
1902	Benita Ocón y Fernández	28	Soltera	Labradora
1903	Melitón Gil y Martínez	39	Casado	Labrador
1904	María Torre y Gil	36	Casada	Labradora
1905	Antolina Gil Torre	14	Soltera	No
1906	Petra Gil Torre	12	Soltera	No
1907	Manuel Gil Torre	7	Soltero	No
1908	Florentina Gil Torre	1	Soltera	No
1909	José Gil Santolallla	45	Casado	Labrador
1910	Mª Rosario Martínez Benito	40	Casada	Labradora
1911	Antonio Gil Martínez	14	Soltero	No
1912	Melchor Gil Martínez	3	Soltero	No
1913	Antonio Martínez Herrero	75	Viudo	Labrador
1914	Felipe Torre Martínez	26	Casado	Labrador
1915	Braultia Hurtado Gil	23	Casada	Labradora
1916	Estefanía Torre Hurtado	3	Soltera	No
1917	Escolástica Torre Hurtado	3	Soltera	No
1918	Eugenio Barrio Blanco	46	Casado	Jornalero
1919	Vicenta Benito Gil	43	Casada	Jornalera
1920	José Benito Barrio	7	Soltero	No
1921	José Benito Martínez	71	Viudo	Labrador
1922	Pedro Gil Murillas	50	Casado	Labrador
1923	Petra Ocón Martínez	38	Casada	Labradora

1924	Ángela Gil Pellejero	18	Soltera	Labradora
1925	Eleuteria Gil Pellejero	12	Soltera	No
1926	María Gil Ocón	6	Soltera	No
1927	Tomás Gil Ocón	4	Soltero	No
1928	Dionisio Gil Ocón	1	Soltera	No
1929	Ciriaco Gil Pellejero	21	Soltero	Labrador
1930	Ángel Martínez Santolalla	39	Casado	Propietario
1931	Francisca Javiera Santolalla Gil	50	Casada	Propietaria
1932	Eustaquia Martínez Gil	18	Soltera	Propietario
1933	Vidal Ochoa Martínez	26	Soltero	Pastor
1934	Fernando Torre Benito	45	Casado	Jornalero
1935	María Ocón Santolalla	45	Casada	Jornalera
1936	Baldomera Torre Ocón	16	Soltera	Jornalera
1937	Segundo Torre Ocón	18	Soltero	Jornalero
1938	Nicanora Torre Ocón	4	Soltera	No
1939	Celedonio Fernández Miguel	51	Casado	Labrador
1940	Estefanía Moreno Mazo	54	Casada	Labradora
1941	Pablo Fernández Moreno	13	Soltero	No
1942	Cayo Santolalla Fernández	37	Casado	Jornalero
1943	Estefanía Benito Fernández	30	Casada	Jornalera
1944	Antonia Santolalla Fernández	10	Soltera	No
1945	Serafina Santolalla Fernández	4	Soltera	No
1946	Paula Palacio	16	Soltera	Jornalera
1947	Manuel Gil Santolalla	58	Casado	Labrador
1948	Eustaquia Minguez Santolalla	58	Casada	Labradora
1949	Isidro Gil Minguez	20	Soltero	Jornalero
1950	Marcelino Pellejero Mazo	33	Casado	Labrador
1951	María Santolalla Pellejero	35	Casada	Labradora
1952	Juan Pellejero y Santolalla	9	Soltero	No
1953	María Pellejero y Santolalla	8	Soltera	No
1954	Rosa Pellejero y Santolalla	5	Soltera	No
1955	Mª Dolores Benito Santolalla	26	Soltera	Jornalera
1956	Francisco Javier Ocón Miguel	30	Casado	Jornalero
1957	Manuela Benito Fernández	29	Casada	Jornalera
1958	Juan Ocón y Benito	29	Casado	Jornalero
1959	Vicente Marrodán Barrio	26	Casado	Jornalero
1960	Carmen Pastor Gil	22	Casada	Jornalera
1961	Juana Marrodán Pastor	1	Soltera	No
1962	Telesforo Martínez Minguez	40	Casado	Labrador
1963	Felipa Gil y Gil	28	Casada	Labradora

1964	Rudesinda Martínez Gil	16	Soltera	Labradora
1965	Juana Martínez Gil	12	Soltera	No
1966	Sebastiana Martínez Gil	10	Soltera	No
1967	Inés Martínez Gil	4	Soltera	No
1968	Norberta Martínez Gil	4	Soltera	No
1969	Manuel De Torre Gil	56	Casado	Labrador
1970	Modesta Martínez Mínguez	58	Casada	Labradora
1971	Telesforo Torre y Martínez	18	Soltero	Labrador
1972	Prudencia Torre y Martínez	10	Soltera	No
1973	Vicente Mazo Miguel	26	Casado	Labrador
1974	Úrsula Torre y Benito	21	Casada	Labradora
1975	Manuel Mazo Torre	1	Soltero	No
1976	Florencio Mazo Miguel	18	Soltero	Labrador
1977	Juan Benito Torre	55	Casado	Labrador
1978	Manuela Gil Santolalla	55	Casada	Labradora
1979	María Benito y Gil	14	Soltera	No
1980	Luis Benito y Gil	39	Casado	Tabernero
1981	Juana Fernández Miguel	33	Casada	Tabernera
1982	Emiliano Benito Fernández	7	Soltero	No
1983	Bonifacio Torre Benito	49	Casado	Jornalero
1984	Francisca Martínez Ocón	40	Casada	Jornalera
1985	Josefa Torre Martínez	13	Soltera	No
1986	Manuel Torre Martínez	11	Soltero	No
1987	María Torre Martínez	9	Soltera	No
1988	Cayo Torre Martínez	7	Soltero	No
1989	Rafael Torre Martínez	1	Soltero	No
1990	Manuel Benito Santolalla	28	Casado	Labrador
1991	Jorge Benito Santolalla	23	Casado	Labrador
1992	Rosalía Benito y Benito	1	Soltera	No
1993	Vicente Pellejero Torre	52	Casado	Labrador
1994	Hilaria Gil Santolalla	49	Casada	Labradora
1995	José Martínez Gil	6	Soltero	No
1996	Eusebio Benito Santolalla	42	Casado	Labrador
1997	María Santolalla Ocón	44	Casada	Labradora
1998	Antonia Benito Santolalla	17	Soltera	Labradora
1999	Petra Benito Santolalla	14	Soltera	No
2000	Bonifacia Benito Santolalla	6	Soltera	No
2001	Dionisio Gil Mínguez	36	Viudo	Labrador
2002	María Gil Mazo	11	Soltera	No
2003	Félix Gil Mazo	6	Soltero	No

2004	Juliana Fernández Calleja	21	Soltera	Sirvienta
2005	Isidora Gil Santolalla	55	Viuda	Labradora
2006	Aquilina Ocón Gil	18	Soltera	Labradora
2007	Petra Ocón Gil	15	Soltera	Labradora
2008	Manuela Ocón Gil	10	Soltera	No
2009	Gerónimo Santolla Torre	70	Casado	Labrador
2010	Manuela Santolalla y Santolalla	68	Casada	Labradora
2011	María Martínez Rodrigo	16	Soltera	Sirvienta
2012	Manuela Ocón Torre	32	Casada	Jornalera
2013	Sinforosa Rodrigo Sáenz	28	Casada	Jornalera
2014	Saturnino Ocón Rodríguez	3	Soltero	No
2015	Vicenta Ocón Rodríguez	1	Soltera	No
2016	Leandro Martínez y Mínguez	31	Casado	Labrador
2017	Micaela Benito Íñiguez	25	Casada	Labradora
2018	Alfonso Martínez Benito	8	Soltero	No
2019	Cándida Martínez Benito	3	Soltera	No
2020	Blas Esquitino Tejada	34	Casado	Labrador
2021	Escolástica Fernández Benito	31	Casada	Labradora
2022	Juliana Esquitino Fernández	8	Soltera	No
2023	Florentina Esquitino Fernández	3	Soltera	No
2024	José Fernández Pueyo	38	Casado	Jornalero
2025	Epifanía Gil y Gil	34	Casada	Jornalera
2026	Hilario Fernández Gil	12	Soltero	No
2027	Teresa Fernández Gil	10	Soltera	No
2028	Elías Fernández Gil	8	Soltero	No
2029	Justo Fernández Gil	5	Soltero	No
2030	Simón Gil Torre	40	Casado	Labrador
2031	Raimunda Gil Mínguez	41	Casada	Labradora
2032	Julián Gil Benito	10	Soltero	No
2033	Esteban Gil Benito	8	Soltero	No
2034	Melchora Gil Benito	6	Soltera	No
2035	Benita Gil y Gil	1	Soltera	No
2036	Lorenzo Gil Pueyo	68	Viudo	Labrador
2037	Severiano Martínez Mazo	46	Soltero	Labrador
2038	Inés García Calleja	25	Soltera	Sirvienta
2039	Ángel Miguel Ocón	23	Casado	Jornalero
2040	María Santolalla y Santolalla	23	Casada	Jornalera
2041	Tomasa Gil Pueyo	60	Viuda	Pobre
2042	Dominica García y Gil	18	Soltera	Pobre
2043	Julián Torre Benito	58	Casado	Labrador

2044	Justina Gil Santolalla	62	Casada	Labradora
2045	Gregorio Ocón Martínez	57	Casado	Labrador
2046	Antonia Ocón Santolalla	60	Casada	Labradora
2047	Pedro Benito Martínez	57	Viudo	Labrador
2048	Simona Santo Tomás	18	Soltera	Sirvienta
2049	Ezequiel Martínez Mínguez	34	Casado	Labrador
2050	Dionisia Mazo Gil	29	Casada	Labradora
2051	José Martínez Gil	67	Casado	Labrador
2052	Isabel Gil Mínguez	68	Casada	Labradora
2053	Dionisio Martínez Pueyo	60	Casado	Jornalero
2054	Rufina Ocón Mazo	67	Casada	Jornalera
2055	Serafín Santolla Valle	47	Casado	Labrador
2056	Feliciiana Martínez Ocón	47	Casada	Labradora
2057	Félix Ocón Herrero	68	Viudo	Pobre
2058	Gabriel Mazo Miguel	30	Casado	Labrador
2059	Manuela Torre Martínez	21	Casada	Labradora
2060	Tirsia Ocón Santolalla	27	Viuda	Labradora
2061	Polonia Torre y Ocón	19	Soltera	Jornalera
2062	Trifón Pérez Calvo	46	Casado	Labrador
2063	Saturnina Torre Ocón	48	Casada	Labradora
2064	Manuel Rodríguez Martínez	51	Casado	Jornalero
2065	Juana Rodrigo y Ocón	63	Casada	Jornalera
2066	Francisco Gil Santolalla	60	Casado	Jornalero
2067	Andrés Benito Fernández	63	Casado	Jornalero
2068	Ulpiano Ocón Santolalla	49	Casado	Jornalero
2069	Idelfonsa Benito Fernández	36	Casada	Jornalera
2070	Casimiro Torre Benito	24	Casado	Labrador
2071	Dolores Santolalla y Santolalla	24	Casada	Labradora
2072	Guillermo Benito y Santolalla	25	Casado	Labrador
2073	Leona Santolalla y Santolalla	20	Casada	Labradora
2074	Dionisio Benito Martínez	49	Casado	Labrador
2075	Manuela Íñiguez Anderica	60	Casada	Labradora

Anexo 3

Léxico. Voces y palabras usadas por las gentes de este pueblo.

A anjón:	Llevar a una persona cargada encima, a la espalda.
A fe que:	Expresión ¡PUES VAYA! (incredulidad).
Abanto:	Ser un pasmado, tonto, alelado.
Acemar:	Echar ciemo, echar estiércol en el campo. Ciemo = Fiembo.
Acicuaco:	Darle a uno un ataque, cólico, mal súbito.
Alorín:	Depósito de trigo aprovechando el hueco de la escalera.
Apocar:	Apocado, tímido. Apocar... apagar, asfixiar.
Apoquinar:	Pagar dinero (a la fuerza).
Apretar a correr:	Huir corriendo.
Artolas:	Armazón de madera, como silla sobre el lomo del caballo.
Ascla:	Astilla pequeña que se clava en la carne.
Astro, hace mal:	amenaza mal tiempo.
Atán:	Uno que es muy egoísta.
Atusar:	Azuzar al perro para que ataque.
Aunecer:	Parece que crece, que la cosa da mucho de sí.
Azumbre:	Medida de capacidad igual a 2'043 litros.
Bayarte:	Andas, parihuelas.
Boche:	Ser un asno, un pollino.
Borro:	Coño, borro lacio, mujer vieja o muy tonta.
Ca:	Apócope de casa (en ca de mi tía).
Cabuche:	Agujero en el muro, nicho.
Cagarreta:	Cagalera, colitis.
Cagurrias:	Excremento de oveja y cabra en forma de bolit-as.
Cajilla:	Mandíbula, quijada.
Calar a uno:	Adivinar a uno cómo es o qué piensa hacer.
Calzorras:	Bragas.
Candonguear:	Adular a alguien.
Canear:	Masturbar.
Canilla:	Grifo del agua.
Canillas:	Piernas muy delgadas.
Canso, estar:	Estar muy cansado.
Canso:	Ser un canso, un pesado.
Cántara:	Medida de capacidad igual a 16 litros.
Cantarilla:	Cántaro pequeño hecho de chapa de cinc, con capacidad de 8 litros.
Cantillo de pan:	Rebanada o trozo de pan, tamaño grueso.
Caparra:	Garrapata, insecto parásito.

Carranca:	Carraca.
Cenaco:	Barro oscuro y maloliente de los sumideros.
Ceneque:	Cenutrio, persona bruta y tonta.
Cenutrio:	Fato, ñaco, zopenco.
Ceomo:	Persona que después de un accidente queda muy herida.
Cernícalo:	Es un ave. Dícese de la persona torpe, que no entiende.
Chafla:	Cosa pequeña, vacía, sin valor.
Chiribita:	Planta pequeñita, margarita.
Chisquero:	Mechero, encendedor.
Chochín:	Pajarillo pequeño.
Chorroborro:	Ser un tonto.
Choto:	Cría de la cabra si es macho.
Chozo:	Refugio sin techo del cazador al acecho.
Cina:	Pirámide de mieses amontonadas en la era para la trilla.
Cisco, armar un:	Alborotar.
Cisco:	Carbón vegetal para braseros
Coles, echar a:	Tirar al aire cosas por lo alto.
Colleta:	Plantita que se hará col o berza.
Comistrajos:	Hacer comidas pobres y mal arregladas.
Correndida:	Corridilla.
Corroncho:	Círculo de cualquier tipo.
Cosque:	Pequeño golpe o herida en la cabeza.
Cuajo:	Cuajar de la oveja que una vez seco y molido cuaja la leche.
Cuartal:	Cuarta parte de una hogaza.
Cuca, ser una:	Persona lista, astuta, calculadora.
Cucazo:	Golpe dado en la cabeza con los nudillos de la mano.
Cuchareta:	Renacuajo con rabo y sin patas.
Cuco, ser un:	Persona lista, astuta, calculadora.
Cuco:	Sapillo que croa en verano. También es un pajarillo.
Culeca:	Gallina clueca, con fiebre, que va a empollar.
Culetazo:	Caerse de culo haciéndose daño. Golpe en el culo.
Cunacho:	Cesto o espuerta hecha de láminas de madera entretejidas.
Embeleco, hombre:	Zopenco, abanto.
Embeleco:	Mentira graciosa
Enguilar:	Enganchar (perro o perra enguilados o enligados).
Entecar:	Sobar tanto al niño o al gato que se vuelven enfermizos.
Escapao, ir:	Ir muy corriendo a hacer algo.
Escarranclado.	Despatarrado, desmadejado, débil y suelto de miembros.
Escuerzo	Decían del sapo.
Escullar:	Echar la sopa en los platos. Viene de escudillar, echar en escudillas.

Esnarigar:	Desnarigar, sangrar por la nariz.
Esparapizar:	Destruir, deshacer algo en pedazos pequeños.
Estrapalucio:	Desorden, desastre hecho por alguien o por algo.
Estrapuchar:	Aplastar, cascar huevos. En sentido figurado contar secretos.
Estrepa:	Planta, arbusto silvestre de madera dura y resinosa (jara).
Fato:	Chulo, coqueto, presumido, corto y sin sustancia.
Gañote:	Garganta. Parte alta del esófago.
Garrotillo:	Difteria. Obstrucción de la laringe. Muerte por asfixia.
Gramática, parda:	Que es listo y sabe mucho de astucias del mundo.
Guaje:	Chaval listo, pillo y revoltoso.
Guizque:	Aguijón o pincho. Lengua bífida de las serpientes.
Gusa:	Hambre.
Gusarapos:	Así llamaban a las larvas, gusanos e insectos feos.
Hardacho:	Escondibija, lagarto.
Hinque:	Paló aguzado o hierro con punta, para el juego del hinque.
Hocete:	Pájaro, vencejo negro y chillón diferente a la golondrina.
Hogaza:	Pan grande de 2 - 3 Kg
Huero:	Güero, algo que tiene cáscara pero vacío en su interior.
Irmar:	Arrimar. Apoyar una cosa sobre otra más sólida y firme.
Jebo:	Hombre poco culto y mal vestido.
Jeta, tener mucha:	Ser un caradura.
Jeta:	En Munilla era el coño. En Castilla era el morro del cerdo
Lagotear:	Hacer la pelota, adulzar.
Lagotero:	Adulador, pelota, lameculos.
Laminero:	Goloso, chupón.
Lechecinos-lechocinos	Planta herbácea, alimento de los conejos.
Lechigada:	Camada de cerditos.
Legua, la:	5'572 Km
Libra:	Medida de peso. Una libra = 0'460 Kg
Lita-tangano:	Palo corto y cilíndrico sobre el que se ponían monedas para jugar tirándole desde lejos con discos planos de metal.
Liza:	Campo de lucha y también era una cuerda fina y fuerte. Hilo bala.
Machucazo:	Golpe dado con la machuca, bufanda arrollada y doblada.
Majuelo:	Era el espino albar.
Marañón:	Planta espinosa, arbusto que da las endrinas.
Mastuerzo:	Hombre abanto, cenutrio, chorroborro.
Mixto:	Así llamaban a las cerillas.
Mocha:	Cabra sin cuernos. Muneca.
Mocho:	Romo que no tiene punta.
Molondrón:	Hombre de mucha cabeza y tozudo.

Morcazo:	Mezcla de trigo y centeno. Cómida semisólida espesa.
Muzar:	Era atacar con la cabeza; distinto de cornear.
Nocedal:	Bosque de nogales.
Nocedo:	Nogal, noguera.
Ñaco:	Novato, torpe, simple, inútil.
Ñarras:	Flujo menstrual.
Ñeque:	Cosque, piquera
Onza:	Medida de peso = 14 Gr
Pajudero:	Estercolero, vertedero. Se echaban aguas fecales tapando con paja.
Pámpanos:	Brotes de las parras en espiral. Brotes nuevos de zarzamoras.
Parias:	La placenta de las cabras paridas. En Castilla era pago de tributos al poder militar dominador.
Pelo, en las mamas:	Que cogían frío en las ubres, se endurecían y no daban leche. También podía pasarle a las mujeres.
Peñazo:	En Munilla recibir un tiro de piedra en la cabeza.
Perdigacho:	Macho de la perdiz. Reclamo de caza.
Peruco:	Perito.
Picachón:	Herramienta. Pico muy grande y pesado.
Picú:	Tocadiscos que no era de dar cuerda
Pino:	Árbol resinoso. También camino pino, pendiente. Estar pino, tieso.
Piquera:	Herida en la cabeza producida por peñazo o accidente.
Pizarrín:	Barrita corta y delgada de piedra grasa para escribir en pizarra.
Porrete:	Estar en porrete, desnudo del todo. Porretón.
Porretones:	Juego de azar lanzando una taba a carne o culo.
Puga:	Pincho, púa, astilla.
¡Qué vida!:	Saludo que equivalía a ¡Qué tal estás! ¡Qué tal te val!.
Quera:	Carcoma.
Querado:	Carcomido.
Quesitos:	Frutos comestibles de las malvas, muy pequeñitos. Nacían en las eras.
Rabias:	Dolores de posparto al ir disminuyendo el útero.
Raneras:	Hilos verdes en las aguas estancadas.
Rateras:	Cepos de alambre para cazar pájaros.
Retucar:	Revivir, resucitar, rebrotar.
Regalarse la nieve:	Derretirse.
Regüeldo:	Eructo.
Remostar:	En Munilla era espachurrar, aplastar fruta o algo.
Resplantos:	Llamaban a las piritas.
Revilla:	Recocho de una montaña, vuelta de un camino, cambio de paisaje.

Revuelta:	De revolver. Curva o recondo del camino.
Ringado:	Cansado, deslomado, derrengado.
Romana:	Balanza típica para pesos pequeños.
Roseta:	Hacer el lazo de las cintas de las alpargatas.
Rular:	“esto no rula” no funciona.
Sabuco:	Sáuco, arbusto con poca madera y mucha médula.
Saladilla:	Almendra sin piel, tostada y salada.
Salchuchos:	Destrozos, chapuzas, cosas mal hechas.
Saúquera:	Lugar de saúcos.
Sincranza:	Grosero, maleducado, egoísta y dañino.
Sobaquillo:	Piedras tiradas a sobaquillo, de forma especial.
Soliador - soleador:	Desván bajo el tejado abierto al sol. Tendedero.
Sustanciero:	Hueso del jamón que da sustancia a la sopa.
Tapaculos:	Bayas o frutos del rosal silvestre, rojizas, muy astringentes.
Tarje:	Plumilla de metal para escribir puesta en la punta de un palillo.
Tarria:	Cosa inútil o sin valor. Le gustan las cosas pasadas de moda.
Tarrioso:	Que colecciona tarrias.
Tejeringues:	Insectos alargados nadando sobre las aguas.
Terraplen:	Ladera con mucha pendiente o cortada de mayor o menor altura.
Tintiano:	Era el juego de meter una pelota rodándola para meterla en una serie de hoyos, tantos como jugadores.
Tipa - Tiparraca:	Voz de Munilla. Decían de la mujer despreciable.
Tiragomas:	En otros sitios decían tirachinas con dos gomas. Horquilla, etc...
Torda:	Pájaro llamado mirlo. En otros sitios era una moza.
Tordo:	Caballo de color rojizo. En Munilla eran pájaros estorninos.
Tormo:	Pedazo de barro duro y seco. Terrón.
Tozolazo:	Golpe dado en el tozuelo.
Tozuelo:	Parte trasera del cuello bajo el cogote.
Tragaldabas:	Hombre o mujer desaseado y astroso. Que devora todo sin tino.
Tralla:	Látigo compuesto por una vara que en la punta lleva larga tira de cuero.
Traza:	Tener traza era tener modo, aspecto o forma de algo.
Trompa:	Peonza, juguete en forma de pera invertida. Se le arrollaba un cordón.
Ulaga:	Decían así en San Vicente, pero era aulaga o aliaga. Arbusto muy espinoso.
Vetapeña:	Roca plana y muy alargada, más o menos gruesa. Estrato rocoso. Bancos de roca que cruzan los montes en capas paralelas.
Viso:	Combinación o saya, prenda de vestir femenina.
Vizcoba:	Bayo o fruto del majuelo.

Zaguán:	Entrada de una casa. En Munilla hombre desastrado, pasota.
Zangarrián:	Persona desastrada, desaseada, dejada.
Zarabastras:	Igual que zangarrián, zanguan y zangüengo.
Zopenco:	Persona, hombre bruto, tonto y torpe.
Zoquete:	Persona dura de mollera, torpe para entender explicaciones. Trozo de pan pequeño.
Zorroclós:	Mujer, chica o moza "sueltilla de cascós", locuela o...
Zumba:	Dar o recibir una paliza.
Zurriagazo:	Golpe dado con el zurriago.
Zurriago, mujer:	Mujer sucia, guarra y algo putilla.
Zurriago:	Látigo, tralla.

Otras voces y expresiones más propias de San Vicente

A estrincote:	Llevar a uno a empujones.
Basales:	Paredes, rocas.
Brincias:	Minucias.
Burreño:	Cría de burra y caballo.
Caniguera:	Hierba seca.
Castaña de chocolate:	Cuadradito de la tableta de chocolate.
Celemín de tierra:	175 metros cuadrados.
Celemín de trigo:	3'86 kilos.
Cornisco:	Con cuernos.
Chirgos:	Fechorías.
Chumarro:	Trozo o pieza de panceta.
Descabalados:	Destrozados.
Dominguillo:	Aprendiz.
El obre:	Los pechos.
Embanderar:	Ensalzar, ponderar.
Escaminizas:	Cortezas de estrepa.
Estar en la conseja:	Charlar, cortejar.
Fanega de tierra:	1096 metros cuadrados.
Fanega:	46 kilos de trigo.
Furriela:	Merendola.
Jarupios:	Manejar líquidos o caldos.
La gavillara:	Almacenar estrepas.
Mantancenas:	Matanzas de cutos.
Menuceles:	Entrañas del cerdo.
Pasadas:	Caminos de ovejas.
Pasarlo como mal-ajos:	Como locos.
Postillar:	Presumir.

Somero:	Soleador, desván o trastero bajo el tejado.
Telada:	De la misma edad.
Tocata:	Patiza.
Tornear:	Voltear la parva.
Torronteras:	Torrentes.
Venajos:	Vencejos.
Zateón	Sacudión al árbol.
Zurrir la isla:	Recorrer la isla.

BIBLIOGRAFÍA:

- A.A.V.V. (2005) *Atlas de Patrimonio de la Rioja*. Logroño: Fundación Caja-Rioja.
- AGUIRRE FERNÁNDEZ, M. A. (2004) *Léxico munillense*. Obra sin editar.
- CALLEJA TERUEL, E. (1916) Crónica parroquial. Obra sin editar.
- GIRO MIRANDA, J. (2003) *Familia burguesa y capitalismo industrial*. Santander: Fundación CDESC.
- MARRODÁN PELLEJERO, A. (2001) «*Munilla, su pasado histórico e industrial*». Logroño: Gráficas Quintana.
- MAZO GIL, Carmelo. (2004) «*La memoria de un pastor de San Vicente de Munilla*». San Adrián (Navarra). Obra sin editar.
- REINARES MARTÍNEZ, E. (2002) «*Las Alpujarras y Cameros*». Logroño: Colegio Oficial de Arquitectos y Aparejadores Técnicos de La Rioja.

FUENTES DOCUMENTALES:

ARCHIVO DIOCESANO DE LOGROÑO

- Parroquia de San Vicente de Munilla. Libro de Finados 1, 2, 3, 4 (1549 - 1854) Libro de Finados 5 (1855 - 1942)
- Crónica Parroquial. Dos libros. (1915 - 1942) Don Enrique Calleja Teruel y otros.

ARCHIVO MUNICIPAL DE MUNILLA

Censo municipal de Munilla y sus aldeas. Año 1874.

OTROS DOCUMENTOS

- Carta de Carmelo Mazo Gil. San Adrián 17-10-2005.
- Carta de Adolfo Pellejero. San Adrián. 2005.
- Relato oral de Matilde Pellejero. Agostos 2005.

